

MISIÓN RIESGOSA

UN THRILLER DE ACCIÓN Y ROMANCE; MISTERIO Y SUSPENSE

A movie poster for 'Misión Riesgosa'. The background is a fiery, orange and yellow explosion. In the foreground, a woman with long, dark, wavy hair is shown from the chest up, holding a handgun in her right hand, pointing it towards the right. She has a serious expression. In the lower-left quadrant, there is a silhouette of a tactical team of three people in a combat stance, holding rifles. At the bottom, the name 'RAÚL GARBANTES' is written in large, white, serif capital letters.

RAÚL
GARBANTES

Misión riesgosa

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2018 Raúl Garbantes Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing Lama Jabr y José Higa
Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de “La Maldición de los Montreal” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUI](#)

Últimas publicaciones del autor:

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Prólogo

Noroeste de Montana, Estados Unidos

La carretera se extendía imponente hasta confundirse con el impecable cielo. El sol estaba en su máximo punto y se sentía con fuerza el calor a pesar del aire acondicionado puesto al límite dentro del automóvil. Para los agentes del FBI que iban conduciendo el vehículo el paisaje se les antojaba tan impresionante como sofocante. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a lugares tan agrestes en los que debías conducir muchas millas para llegar finalmente a un pueblo. Hace diez minutos dejaron atrás la última estación de gasolina en el medio de la nada. Según los cálculos de sus teléfonos no conseguirían detenerse hasta dentro de tres horas, cuando finalmente llegaran a su destino; teniendo como primera parada un rancho remoto en las afueras de Kalispell. Se trataba de un domicilio emplazado en una zona de acceso entre la carretera y el resto del pueblo. En dicho lugar vivía la familia Kimble.

—Esta es la primera vez que vengo a Montana —confesó Paul, el agente que iba conduciendo—. Es peor de lo que imaginé.

—Es un hermoso lugar —contestó Charlotte, su compañera—. He tenido la oportunidad de visitar el estado. Hace muchos años mi padre nos trajo a mis hermanos y a mí para visitar a nuestro abuelo. Supongo que es mucho más agradable el recorrido cuando vienes de visita y no obligado por asuntos de trabajo.

—Ni mucho menos cuando vas manejando —añadió Paul—. Da la impresión de que la carretera nunca se acaba.

Charlotte comprobó por enésima vez la pantalla de su teléfono móvil para medir la distancia recorrida y calcular cuánto les faltaba. Mientras su compañero manejaba, ella se encargaba de estar pendiente de la posición en el mapa virtual, así como de dictar las indicaciones que proveía la aplicación. A ambos no les gustaba escuchar la voz que procedía de esta.

—Y aún falta demasiado —subrayó Charlotte—. Aún podemos disfrutar del paisaje. Quizá deberíamos abrir las ventanas. Siempre me ha gustado sentir el viento soplando con fuerza en mi cara cuando viajo por la carretera.

—Eso sería una mala idea —se negó Paul—. Este calor acabaría por volverme loco.

—Eres demasiado chico ciudadano —se burló Charlotte—. Las ventajas de haber sido una chica del campo es que disfruto esta clase de misiones. Quizá debí haber solicitado otro compañero.

—No sería lo mismo sin mis quejas —bromeó Paul—. Además, no te

asignarían un caso si no supieran que cuentas con mi apoyo.

—Soy experta en este tipo de misiones —se defendió Charlotte con un tono autosuficiente—. Pero estoy de acuerdo en que tus quejas son mucho más tolerables que las de cualquier otro en tu lugar. De cualquier manera, el largo recorrido nos permitirá compartir impresiones.

La camaradería de ambos agentes aligeraba el agotamiento del viaje. Ambos solían trabajar juntos en misiones de campo desde hace varios años y la mayoría de ellas fueron cumplidas con éxito. Charlotte era quien tenía mayor tiempo de experiencia. Por lo tanto, la actual misión la asignaron especialmente para que ella llevara a cabo la investigación. Sin embargo, aceptaron su solicitud de trabajar con Paul como su compañero. Se trataba de un caso de células terroristas en zonas rurales sobre las cuales se sabía poco y de las que necesitaban recolectar más datos que los proporcionados por la policía local. Si bien era la primera vez en mucho tiempo que le encargaban este tipo de misiones, debido a su experiencia consideraron que ella era la mejor agente para realizar un acercamiento preliminar al problema antes de tomar una decisión. El objetivo era realizar preguntas entre los lugareños y constatar la magnitud de esa supuesta organización secreta, al mismo tiempo que descubrir si existían algunos crímenes en el lugar atribuidos directamente a sus posibles miembros. No existían mayores órdenes que esa, por lo pronto. No habría detenciones, persecuciones o alguna otra acción que representara un gran peligro.

—Entonces se trata de un grupo terrorista —dijo Paul repitiendo lo que ya sabía—. ¿Será un fenómeno exclusivamente local o responden a una organización más grande?

—Eso es precisamente lo que debemos tratar de comprobar —puntualizó Charlotte—. Han ocurrido varios atentados de presunta naturaleza terrorista en los alrededores de Kalispell. Se cree que quienes los cometieron viven en esa ciudad o sus cercanías. Y si no, al menos hay cómplices del grupo entre quienes habitan allí.

—Siento que perderemos nuestro tiempo —dijo Paul—. Quizá solo se traten de coincidencias y simplemente intentan buscar una justificación para explicar el hecho de que no hayan atrapado ningún culpable para esos ataques.

—Podría tratarse de un caso de delincuencia organizada —aceptó Charlotte—. A ciencia cierta no hay ninguna prueba concluyente. Son meras conjeturas. Pese a ello, los pocos indicios con los que contamos apuntan a la posibilidad de una célula terrorista con una base de operaciones en Montana.

Por eso nuestra visita se basará exclusivamente en la recolección de datos y entrevistas con potenciales testigos. Si descartamos esa hipótesis, entonces la competencia recaerá solo en las autoridades locales.

—Espero que no pasemos más de un día en ese lugar —expresó Paul—. Aunque de solo pensar en el viaje de regreso necesitaré una semana para hacerme a la idea.

—Yo conduciré en el viaje de retorno al aeropuerto —recordó Charlotte—. Eso fue lo que acordamos. ¿En serio te molestan tanto las zonas rurales? Es probable que cambies de opinión cuando experimentes la calma que se respira en el ambiente de los pequeños pueblos. He conocido personas de grandes ciudades que no han dudado ni por un segundo en mudarse a lugares como ese para escapar del bullicio y la contaminación.

—No creo que sea uno de esos sujetos —contradijo Paul—. Nunca he considerado creíble esas visiones idealizadas de la vida campestre. Las estadísticas dicen otra cosa, como bien sabes. A menudo son lugares hostiles y hay una mayor normalización de la intolerancia.

—Te concedo la razón en ese punto —aceptó Charlotte—. Lo que le resta encanto a estos lugares es la forma en que se naturaliza la violencia por asuntos de raza, sexualidad o incluso ideas políticas. Hay personas obstinadas que no comprenden que el mundo ha cambiado y que su intolerancia es inaceptable.

—Tampoco parece un lugar ideal para ser mujer —observó Paul—. ¿O de verdad te gustaría pasar tus días en un sitio así?

—Actualmente no —aclaró Charlotte—. Sin embargo, no niego que me seduce la idea de vivir en el campo cuando me retire. No me gustaría morir en la ciudad.

—Yo detestaría tener que morir en un sitio así —replicó Paul—. Me complace que los niveles de amenaza en esta misión no sean altos.

—Por ahora —refirió Charlotte—. Si conseguimos pruebas que avalen la actuación de terroristas, entonces nos veremos obligados a regresar con refuerzos.

—Insisto en no dar como ciertas esas conjeturas —observó Paul—. Aunque si eso ocurre, no esperes que te acompañe.

—Como quieras —se burló Charlotte—. Pediré otro compañero.

Los agentes continuaron discutiendo con el agudo ingenio y humor que caracterizaban sus conversaciones. A pesar de los años de compañerismo y trabajo en equipo, conocían muy poco sobre sus respectivas vidas personales.

La relación entre ellos jamás trascendió el espacio laboral y en escasas oportunidades comentaban temas de índole privada, a menos que fuera estrictamente necesario. De cierta manera, gracias a ello el trabajo se convertía en un escape que ambos agradecían. A su vez la confianza entre ambos se fortalecía mucho más, ya que se cuidaban las espaldas ante cualquier amenaza que se presentara en los casos que juntos habían resuelto.

—¿Por qué comenzaremos con ese rancho en específico? —preguntó Paul—. ¿Vive allí alguien importante?

—Ya veo que no te has tomado la molestia de revisar la documentación —lo reprendió Charlotte—. Digamos que ese rancho funciona como una zona fronteriza entre Kalispell y la carretera hacia otras ciudades de Montana. Si los terroristas tienen una base en el pueblo es probable que la familia que vive en ese rancho haya sido testigo de algo, por la posición en que se encuentra.

—Entiendo —contestó Paul—. ¿Así que solo interrogaremos a quienes viven en ese rancho o nos adentraremos en la ciudad?

—El rancho en la frontera es la prioridad —reiteró Charlotte—. Dependiendo de las dudas que aclaremos con esos testimonios estableceremos un mejor patrón para realizar otras entrevistas en Kalispell. Sin embargo, la distancia entre ese rancho y el pueblo es considerable. Lo ideal es que inspeccionemos ese camino dependiendo de lo que confirmemos.

—Más carretera por delante —se quejó Paul—. ¿Y si los testimonios no apuntan a nada concreto?

—Igual debemos ir a Kalispell luego —sentenció Charlotte—. Para compartir impresiones con las autoridades locales y visitar al agente encargado de las operaciones en la región. Además debemos reservar habitaciones en algún hostel para pasar la noche.

—Cada vez me gusta menos este viaje —murmuró Paul—. ¿Cuánto falta para llegar al rancho?

—En menos de quince minutos estaremos allí —dijo Charlotte verificando la aplicación—. No te desespere.

Paul frunció el entrecejo y continuó conduciendo. A pesar del aire acondicionado, algunas gotas de sudor se asomaban en su frente. Charlotte fijaba la mirada alternativamente en su teléfono y en la carretera, comprobando cómo se acortaban las distancias. Por poco pasaron por alto la intersección a un costado de la vía principal que los conduciría al rancho.

—¡A la derecha! —exclamó Charlotte sobresaltando a su compañero—. Por aquí se llega al rancho.

La advertencia de su compañera le hizo frenar para luego retroceder. Paul agradeció que fuera una carretera poco concurrida porque un viraje como ese probablemente habría ocasionado una colisión si algún otro conductor hubiera venido detrás de ellos. Con presteza se introdujo en la vía secundaria, manteniéndose atento a las indicaciones de Charlotte. No tardaron en divisar el rancho cinco minutos después.

—¡Ahí está! —reconoció Paul—. En el medio de la nada.

Entre la carretera y el rancho en cuestión mediaba una larga extensión de campo no apto para el tránsito de vehículos. Desde esa distancia el rancho aparecía con claridad, pero requería una caminata a través del campo para alcanzarlo.

—Estaciónate aquí —sugirió Charlotte señalando un punto al lado de la carretera donde comenzaba a extenderse el campo—. No creo que haya ningún peligro de dejar ahí el auto mientras estamos en el rancho.

—Quizá alguno de los dos deba quedarse cuidándolo —propuso Paul—. Detestaría verme obligado a caminar hasta el pueblo.

—No seas fatalista —se rio Charlotte—. Los asaltantes de caminos atacan de noche. Y no hay reportes recientes de que existan estos en la entrada de Kalispell. Agradece que, a diferencia de ti, me encargara de hacer todas esas averiguaciones antes de venir.

—De acuerdo —aceptó Paul a regañadientes—. Salgamos de esto cuanto antes.

El sol estaba en su máximo punto, así que los agentes dejaron las chaquetas dentro del auto y desabotonaron parcialmente sus camisas para refrescarse un poco. Cuando se introdujeron en el campo para atravesarlo comenzaron a sudar copiosamente.

—Ojalá nos dejen entrar —dijo Charlotte—. Creo que al menos necesitaremos un vaso de agua.

—Dudo que sean hospitalarios —contradijo Paul—. Las personas de estos lugares no se caracterizan por ser buenos anfitriones con quienes consideran como amenazas externas.

—Pon tus prejuicios a un lado —recomendó Charlotte—. Ya verás cómo acabarás siendo sorprendido.

—Sorprendido ya comienzo a estar —dijo Paul pisando un inesperado charco de tierra mojada a mitad del recorrido—. Y no en el buen sentido. ¿Por qué a alguien le gustaría vivir en un lodazal como este?

Charlotte hizo un gesto de mofa y siguieron caminando rumbo al rancho.

Cuando comenzaron a vislumbrar con claridad el porche delantero y la entrada de la casa principal se detuvieron un momento para comprobar que sus ojos no los estaban engañando. Ambos confirmaron haber visto lo mismo: a un anciano dormitando, sentado en un banco y con los ojos cerrados. Charlotte le hizo un gesto a Paul para que tuviera a la mano su carné del FBI. Temían asustar al viejo cuando lo despertaran, y les convenía identificarse de inmediato para evitar cualquier confusión.

Los agentes siguieron avanzando a través del campo hasta que consiguieron estar en las inmediaciones del porche. Allí se detuvieron cautelosamente, percatándose de que el viejo seguía en la misma posición. Parecía realmente dormido, ya que se mantuvo indiferente a los ruidos de pasos acercándose. Paul compartió con Charlotte una mirada llena de interrogantes. ¿Debían despertarlo? Desconocían si había otras personas dentro de la casa que pudieran salir a atenderlos si tocaban la puerta. Sin embargo, estando el anciano allí, no parecía prudente hacerlo sin antes alertar al ocupante que de hecho estaba presente.

—Yo me encargo —se adelantó Charlotte—. Mantén visible tu identificación. Por su edad debe ser Joe Kimble.

Tras esta sugerencia Charlotte caminó en dirección al anciano y, cuando estuvo a una distancia lo suficientemente cercana para hablarle, aunque todavía prudencialmente lejos para no abrumarlo, se atrevió a despertarlo.

—Disculpe, señor —saludó Charlotte alzando su voz—. ¿Es este el rancho Kimble?

No hubo reacción de su parte. A la agente le pareció escuchar sus ronquidos así como la respiración agitada en su pecho. El viejo estaba realmente dormido y la voz de ella no estaba siendo lo suficientemente fuerte para conseguir despertarlo. Charlotte decidió dar unos pasos más para finalmente estar a su alcance. Al principio vaciló, pero luego se aventuró a extender su mano para sacudir al anciano ligeramente tocando uno de sus brazos. El hombre reaccionó con violencia, ya que se despertó sobresaltado, con el cuerpo tembloroso y una mirada furibunda que la hizo retroceder.

—Soy agente del FBI, señor Kimble —se presentó Charlotte extendiendo su identificación—. No tiene nada de qué preocuparse.

Al ver la reacción del anciano, Paul acudió veloz para asistir a su compañera con el objetivo de apoyarla en su intento de lograr que el anciano mantuviera la calma.

—Están invadiendo mi propiedad —replicó el señor Kimble

mostrándose molesto—. ¿Quién les ha autorizado esta visita?

—Solo venimos a hacer unas preguntas —intervino Paul—. Luego iremos al pueblo. Esta es simplemente nuestra primera parada.

—Nuestra visita aquí es completamente legal —sostuvo Charlotte—. ¿Es usted Joe Kimble?

—Sí, soy yo —confirmó Joe—. Les pido que salgan de mi porche. Esto es propiedad privada.

Charlotte y Paul obedecieron parcialmente la petición del señor Kimble. Se alejaron del porche, aunque continuaron a la vista para continuar la conversación con la esperanza de que se calmaran los ánimos. Joe era un hombre blanco de setenta y un años que, a pesar de su baja estatura y su pronunciada delgadez, agitaba sus brazos con autoridad cada vez que hablaba. En él se adivinaba la huella de un hombre que había trabajado incansablemente como ganadero y que sabía defenderse ante cualquier circunstancia adversa. Si bien cuando estaba dormido parecía frágil y vulnerable, ahora, de pie y firme, su aspecto era robusto. Estaban ante un hombre saludable que a pesar de su edad no se dejaba intimidar por nadie más joven, ni aunque ostentara la autoridad que los agentes representaban.

—¿Hay alguien más en su casa? —preguntó Charlotte mostrándose confiada—. Queremos hacerle preguntas sobre los niveles de seguridad en la carretera. La posición de su rancho lo convierte en un testigo útil para la investigación que estamos llevando a cabo.

—No entiendo nada de lo que están hablando —repuso Joe demostrando su testarudez a prueba de cualquier argumento—. Yo soy el único presente en este momento. Nuevamente les pido que se vayan. En mi familia no somos delincuentes, ni tampoco tenemos nada que ocultar.

Tanto a Charlotte como a Paul les pareció graciosa la terquedad del viejo. Enseguida supusieron que debido a su edad probablemente le costaba lidiar con desconocidos. Por lo tanto actuarían con sumo cuidado para hacerle comprender que su visita no representaba ningún peligro. Al mismo tiempo era fundamental que aceptara la autoridad incuestionable que representaban. Sin importar cuán incómodo se sintiera al respecto, ni él ni su familia escaparían de la entrevista si querían evitar mayores molestias o consecuencias perjudiciales.

—Usted no tiene nada que temer —recalcó Paul—. Tampoco pretendemos perjudicar a su familia. Al contrario, nuestro objetivo es garantizar la seguridad de los suyos y el resto de las personas en el pueblo.

—Exactamente —apoyó Charlotte—. Nos preocupa que su rancho se encuentre bajo la amenaza de unos grupos criminales cuya naturaleza estamos obligados a definir antes de tomar acciones. Con la ayuda suya y la de su familia conseguiremos tomar acciones que garanticen una total protección para usted y sus tierras.

—Aquí nos sabemos proteger —se defendió Joe con orgullo—. No necesitamos que el Gobierno nos asista solo cuando vienen motivados por intereses ocultos. Están colmando mi paciencia. ¡Les doy cinco minutos para que se vayan!

El anciano se escabulló por la puerta principal sin darles oportunidad a los agentes de seguir hablando con él. No solo fueron inútiles los intentos para convencerlo, sino que ahora estaban desorientados sin saber qué acción tomar. ¿En qué consistía su amenaza?

—Te dije que no sería fácil lidiar con estas personas —refirió Paul—. Si regresa querrá apuntarnos con una escopeta en mano, ya verás. Así son estos pueblerinos.

—No seas tonto —se burló Charlotte—. Es un pobre anciano. Sin embargo, es evidente que por el momento no conseguiremos hablar cordialmente con él o con su familia. Mejor vayamos hasta Kalispell en el auto y hablemos con las autoridades locales. Quizá si regresamos acompañados por rostros que les resulten familiares, entonces se mostrarán más dispuestos a colaborar con la investigación.

—Me parece una decisión sensata —apoyó Paul—. Creo que debemos hacer eso desde un principio.

Charlotte se encogió de hombros, desestimando la observación de su compañero, y le dio la espalda al rancho, iniciando la caminata de regreso al automóvil. Paul la imitó no sin antes dedicarle una última mirada al porche, esperando ver al viejo Joe saliendo de la puerta en cualquier momento para comprobar que los visitantes indeseables obedecieron su advertencia. Ante este pensamiento se sintió incómodo porque no le gustaba la idea de hacerle creer al anciano que había ganado. Su retirada sería interpretada como un signo de debilidad y así lo contaría a sus familiares. Aunque regresaran pronto acompañados por las autoridades locales, la familia Kimble no confiaría en ellos como agentes capaces de enfrentar los problemas que se les presentaban sin acobardarse.

Paul estuvo tentado de expresar sus pensamientos y de pedirle a su compañera que reconsiderara la idea de permanecer allí hasta que Joe se

dignara a aceptar el interrogatorio. Sin embargo, el insoportable calor y su predisposición general en contra de aquel lugar se impusieron sobre su voluntad, así que marchó en silencio detrás de su compañera. Charlotte le llevaba la delantera y no dedicó ninguna mirada a sus espaldas. Paul se sentía ligeramente fatigado y sediento, por lo cual llevaba un ritmo más pausado a la hora de caminar. De pronto escuchó un ruido que le resultó familiar y se detuvo.

—Escuchaste eso —exclamó Paul—. Detente un momento.

—¿Qué pasó? —preguntó Charlotte volteando en dirección a su compañero—. No perdamos más tiempo. Nos tomará media hora llegar al pueblo.

Otra vez sonó el ruido que inquietó a Paul. Se trataba de un sonido metálico, propio de las armas cuando están siendo cargadas.

—¡Ahí está otra vez! —indicó Paul sobresaltado—. ¿Lo escuchaste?

—¿Qué estás hablando? —preguntó Charlotte—. Creo que el calor te está haciendo alucinar.

Antes de que Paul pudiera responderle sonaron dos disparos. El agente quedó atónito al ver cómo su compañera caía derribada en el suelo con dos chorros de sangre emanando de su pecho. Cuando intentó desenfundar su pistola recibió un disparo en el hombro que impidió su acción. Reaccionando con rapidez se lanzó al suelo y puso su mano sobre la herida. Lanzó una mirada de soslayo para verificar el estado de Charlotte. Su compañera se estaba desangrando y le temblaban las manos. Paul trató de arrastrarse para llegar hasta ella. A pesar de sus intentos, no le dio tiempo de hacer nada más para poder salvarse. De repente, varios tiradores camuflados salen de sus escondites en las inmediaciones del rancho y acribillan a balazos a los agentes. Para cerciorarse de que están muertos, los hombres les dan sendos balazos en la frente a cada uno. Seguidamente, con la mayor presteza y cuidado, se llevan los cuerpos y desaparecen, justo antes de que el viejo Joe regrese al porche con su rifle viejísimo.

—Esos agentes son unos cobardes —se burló Joe escupiendo en el suelo para acentuar su insulto—. Si le tienen miedo a un viejo armado, ¿cómo pretenden atrapar a los delincuentes? ¡Malditos sean esos mercenarios del Gobierno!

Capítulo 1

Oficina del FBI, Salt Lake City

Asa Clark siente que la cabeza le retumba mientras conduce, tratando de abrirse paso en el medio del tráfico. Cada vez que verifica la hora se da cuenta de que llegará tarde a la reunión, a la cual fue convocada nada más y nada menos que por Jennifer Shepherd, subdirectora de la División Antiterrorista. Por la urgencia del correo que recibió la noche anterior era evidente que se trataba de un asunto extremadamente importante.

Con veintinueve años recién cumplidos el mes anterior, la agente Clark era una socióloga graduada en la universidad que luego tomó la decisión de unirse a la Academia del FBI. Había conseguido sus dos sueños de formar parte de dos profesiones que le apasionaban, y además pretendía que ambas disciplinas se complementaran para desempeñar con éxito sus labores como agente federal. Apenas llevaba dos años trabajando como agente y en ese tiempo supo compensar su inexperiencia gracias a su pensamiento analítico y su ánimo adaptable a cualquier entorno o circunstancia. Ella creció en una ciudad al oeste de Estados Unidos y en su sangre corrían genes tanto blancos como indígenas. En parte, gracias a ello era una mujer atlética y enérgica, de una contextura ideal para responder con naturalidad a las exigencias físicas que se esperarían de su labor.

La agente era plenamente consciente de que llegar tarde no solo crearía una mala impresión, sino que le restaría méritos como agente calificada para asumir un caso importante. Lo cierto era que no tendría una excusa válida para justificar su tardanza. No haber escuchado el despertador a tiempo, a pesar de haberse dormido temprano, no sería un alegato adecuado. Por supuesto, no contaba con quedar atrapada en un embotellamiento, acostumbraba a conducir por esas mismas vías y llegar a la oficina en un tiempo menor a la media hora. Durante una de las esperas producto del tráfico, mediante la conexión de sus datos móviles, averiguó que la congestión se debía a un choque entre dos vehículos. Aunque se trataba de una razón legítima para su tardanza, recordaba que la subdirectora se distinguía por su severidad y mal genio a la hora de lidiar con los agentes más jóvenes. Según la reputación que la precedía, cualquier mínimo error bastaba para desestimar o incluso sancionar a los agentes más inexpertos.

En ese momento se sentía muy molesta consigo misma. Desde hacía varios meses Asa insistía en que le asignaran una misión de campo porque ya estaba cansada del trabajo de oficina, que se resumía en actualizar

expedientes, verificar registros y corregir perfiles. Debido a su juventud y su experiencia como socióloga, quería aplicar sus conocimientos en el trabajo real, al mismo tiempo que disfrutar de la verdadera acción. Aunque desconocía la naturaleza exacta del llamado, para la impetuosa agente un caso de terrorismo implicaba un reto perfecto para demostrar al máximo sus cualidades físicas e intelectuales.

Si bien nunca antes había participado en una investigación sobre terrorismo comandada por el FBI, durante sus estudios universitarios realizó múltiples trabajos sobre ese tema. Estos escritos no solo fueron bien calificados, sino también reconocidos como referencia para futuros investigadores. Asa estaba segura de que el llamado de Shepherd se debía al conocimiento que seguramente le hicieron llegar sobre sus escritos académicos. Si con ello había conseguido impresionarla, no quería darle motivos para una rápida decepción.

La agente respiró aliviada cuando entró al estacionamiento de las oficinas del FBI, con veinte minutos de retraso respecto a la hora de la reunión fijada en el correo. Tras estacionar su vehículo, Asa corrió rápidamente hasta las escaleras que la conducían a la primera planta, donde tomó el primer ascensor disponible. La cabina estaba ligeramente abarrotada, pero consiguió abrirse un espacio para no tener que esperar el siguiente. Cuando finalmente llegó a la oficina de la subdirectora, la encontró de brazos cruzados, dedicándole una mirada reprobatoria. No necesitaba traducir su silencio para adivinar los pensamientos que pasaban por su mente.

—Me siento apenada por haber llegado tarde —se disculpó Asa—. Aparentemente ocurrió un choque en las inmediaciones y las calles andan congestionadas.

—Ahórrate las excusas, agente Clark —desestimó Jennifer con un gesto de fastidio—. Por hoy te lo dejaré pasar. No quisiera empezar con mal pie la reunión contigo. Tenemos asuntos más importantes que discutir. Cierra la puerta y siéntate.

La autoridad de Shepherd no dejaba lugar para las objeciones. Asa hizo caso de sus requerimientos ocupando uno de los asientos libres frente al escritorio. Jennifer alzó la mano dándole a entender que aguardara un momento, mientras ponía en orden la documentación repartida en su escritorio. La agente Clark asintió echando un vistazo a la oficina y sintió deseos de tener una así para ella, donde no la obligaran a compartirla con otros agentes. Admiraba a las mujeres con autoridad porque veía en ellas un reflejo de lo

que quería ser en el futuro. En ese sentido, estaba ante uno de los máximos ejemplos a seguir dentro de la institución.

Jennifer Shepherd era una referencia para todas las mujeres que aspiraban a tener una carrera brillante en el FBI. Incluso contemplarla con esa expresión de suma concentración que ponía cuando leía inspiraba un profundo respeto. Era una mujer blanca y menuda de cincuenta y dos años, cuya mirada intensa y verbo franco ajeno a los rodeos le granjeaban partidarios y adversarios por igual. Algunos la consideraban excesivamente ruda, mientras otros la defendían asegurando que merecía llegar aún más lejos. Sea cuales fueran las opiniones en torno a ella, todos coincidían en dos cosas: era una mujer elegante a la hora de vestirse, y cuando daba un cumplido era porque realmente creía en ti; lo cual representaba un inmenso honor.

—Te explico por qué te he mandado a llamar —introdujo Jennifer apoyándose en su asiento y quitándose las gafas para leer que llevaba puestas—. Tenemos un problema en Montana. La gravedad de este ha aumentado con el paso de las horas. Dos agentes de campo han desaparecido mientras realizaban una investigación sobre una posible organización terrorista nacional en el área.

—Esa es una mala noticia —opinó Asa—. ¿Temen que hayan muerto? ¿O solo han sido secuestrados?

—No lo sabemos —reveló Jennifer pasándole un par de documentos—. Las autoridades locales de Kalispell nos informaron que los agentes nunca llegaron a presentarse. A su vez, sus últimos registros telefónicos apuntan a que llegaron a Montana, pero no sabemos con exactitud cuándo ni dónde se perdieron. En tus manos tienes los expedientes del caso que estaban trabajando y los perfiles de los agentes desaparecidos: Charlotte Garrison y Paul Rogers.

—¡Conozco a Charlotte! —exclamó Asa—. Ella me ayudó con mi entrenamiento cuando comencé a trabajar en la oficina. Lamento mucho que esto haya sucedido.

—En lo personal, no creo que estén vivos —auguró Jennifer tajantemente—. Según el reporte del *sheriff* de la zona, él y sus hombres pasaron por el rancho donde los agentes efectuarían su primera parada. Afirmaron no encontrar rastros del vehículo, y la familia que allí vive aseguró no haber recibido la visita de los agentes, tal y como se les encargó. Los informes detallados de ellos los recibirás cuando llegues a Kalispell y contactes a nuestro agente local de servicio.

—Comprendo —aseguró Asa mientras hojeaba los documentos en sus manos—. Entonces, cualquier hipotético accidente debió haber sucedido antes de que comenzaran la investigación.

—Eso es lo que pretendemos confirmar —indicó Jennifer—. No confíes por completo en el informe que recibas en Montana.

—¿Cree que las autoridades locales mienten? —preguntó Asa—. Eso los convertiría en cómplices.

—Eso es lo que debemos corroborar —explicó Jennifer—. Mi preocupación respecto a la veracidad de las autoridades es que suelen ser muy protectores con sus comunidades. No les gusta la intromisión de federales. Y tomarán por cierta la palabra de sus habitantes sin hacer las necesarias comprobaciones. Por eso he decidido que te encargues oficialmente de la investigación para descubrir el paradero de los agentes y saber exactamente lo que ocurrió. Espero que no tengas problemas para viajar a Montana esta misma semana.

—En absoluto —aceptó Asa tratando de disimular el entusiasmo—. Me siento muy honrada por la misión. Aun así me desconcierta un poco la asignación, ya que sería mi primer caso sobre desapariciones.

—Digamos que tienes dos casos en tus manos —aclaró Jennifer—. En vista de cómo resultaron las cosas para los agentes, creo que estamos enfrentando una amenaza mucho más peligrosa de la que creíamos. Si de verdad existen grupos terroristas obrando en Kalispell debemos disimular el verdadero propósito de la investigación.

—No consigo entender —vaciló Asa—. ¿Cuál sería ese propósito?

—Contribuir a la misión original con tu experiencia —puntualizó Jennifer—. Me recomendaron la lectura de tus escritos sobre terrorismo y confieso que quedé impresionada. Eso es algo que no suele sucederme. Tus supervisores me han dicho que desde hace un buen tiempo andabas pidiendo una oportunidad para desarrollar trabajo de campo. Pues te la estoy ofreciendo con creces. Así que oficialmente estarás investigando a los agentes desaparecidos, pero en realidad estarás continuando la investigación iniciada por ellos.

—Ahora lo veo mucho más claro —afirmó Asa—. Supongo que la idea es que tanto las autoridades locales como los habitantes de Kalispell no sospechen las intenciones de seguir investigando las pruebas de que grupos terroristas obran en Montana.

—Bien lo has resumido —confirmó Jennifer complacida—. No es tarde

para enmendar el error que cometimos la primera vez al enviar a los otros agentes. En esos lugares no les gusta que nos metamos en sus asuntos. Sin embargo, los agentes desaparecidos son una responsabilidad que nos atañe directamente y es algo que no podrán contradecir. Cabe la posibilidad de que estos aparezcan pronto para conseguir que te vayas.

—¿Qué haré si eso sucede? —preguntó Asa—. Será difícil seguir con la otra parte de la investigación si cumplo mi presunto objetivo de estar allí.

—No dejes que te intimiden. Actúa con prudencia y concéntrate en tu misión. Pide refuerzos cuando consigas una pista o si los agentes aparecen. En Kalispell te estará esperando un agente del FBI, quien deberá prestarte toda la ayuda que necesites. En caso de emergencia, otros oficiales acudirán a tu llamado cuando así lo solicites. Revisa los documentos y llámame cuando tengas preguntas al respecto. Tienes tres días para preparar tu viaje.

—Comenzaré de inmediato —prometió Asa—. Y no dudaré en llamar para hacerle consultas cuando haya revisado todos los documentos. Agradezco inmensamente esta oportunidad. No les fallaré.

—Considéralo una prueba para que te asignemos otros casos en el futuro. Como prioridad, espero que este caso se maneje con la máxima precaución, profesionalismo y cuidado. No quiero predisponerte con comentarios innecesarios. Solo te recuerdo que vas a una tierra hostil y se aprovecharán de cualquier debilidad. Usa eso a tu favor. No hay nada que relaje más los ánimos de muchos hombres que la certeza de estar ante una mujer a la cual consideran vulnerable. Sorpréndelos cuando menos se lo esperen.

—Le aseguro que tendrán esa sorpresa —replicó Asa con una sonrisa confiada—. Sé lo que es criarse en un pueblo como esos y contradecir las expectativas que tienen sobre las mujeres. Daré lo mejor de mí.

—Me agrada tu actitud —celebró Jennifer—. Nunca pierdas ese entusiasmo.

Asa correspondió las palabras de la subdirectora sintiéndose apoyada y reconocida por uno de sus ídolos. Consciente de que la reunión había llegado a su fin, se despidió y salió de la oficina con una sonrisa de oreja a oreja que nadie pudo borrar de su rostro el resto del día. Se sentía triunfante por los cumplidos obtenidos. Jennifer Shepherd no solo había apreciado sus investigaciones teóricas, sino que además hizo observaciones positivas sobre su personalidad. La jornada resultó ser mucho mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta que comenzó el día llena de preocupaciones e inseguridades respecto a la reunión. Era grato descubrir que sus temores

fueron en vano. Al fin desempeñaría la clase de labor para la cual estaba hecha según sus talentos.

Capítulo 2

Los preparativos del viaje no presentaron ningún problema durante su desarrollo. El único detalle significativo fue que no consiguieron vuelos disponibles para aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Kalispell. La extrema urgencia de la misión no daba tiempo a reservar un vuelo para el día siguiente. Por lo tanto, optaron por comprarle un pasaje para aterrizar en la ciudad más cercana. Tres días después, cuando Asa Clark abordó su vuelo rumbo al Aeropuerto Whitefish de Montana, todo parecía estar dispuesto para llegar luego a Kalispell sin contradicciones a sus planes. La agente invirtió su tiempo de vuelo en repasar los informes proporcionados por Shepherd, en releer las anotaciones que ella misma había hecho hasta el momento, añadiendo nuevas observaciones y sintiéndose motivada por el cumplimiento de un deber que la satisfacía. La última vez que habló con la subdirectora fue a través de una llamada telefónica en la que le reiteró todas las recomendaciones hechas en la primera reunión, y también le dio instrucciones específicas en relación con su llegada. Tras la desaparición de los agentes, se estaban tomando medidas que evitaran otro suceso similar producto de la misma investigación.

Confiando en la palabra de su jefa, Asa no esperaba mayores contratiempos, además del largo viaje por carretera que le deparaba una vez que aterrizará el avión. Se suponía que allí la esperaba alguien expresamente asignado para conducirla desde Whitefish hasta el centro de Kalispell, donde se hallaba la oficina de campo del FBI. Allí se encontraría con el agente Todd Gibson, quien sería su compañero oficial durante el desempeño de la misión. Conforme a los planes, seguirían una ruta terrestre ligeramente distinta a la tomada por Charlotte y Paul con el objetivo de llegar de frente a la ciudad y evitar el rancho de los Kimble. Por el momento era conveniente no contactar a dicha familia y, en cambio, contar primero con el apoyo de las autoridades locales para cuando se dispusieran a visitarlos formalmente.

El cambio de ambiente no se hizo esperar cuando el avión llegó a su destino. Asa se sintió ahogada por el calor y enseguida recordó por qué odiaba tanto ese tipo de lugares en donde ella misma había crecido. Al bajarse del avión confrontó el paisaje montañoso que de niña la abrumaba, pero que ahora le inspiraba una mezcla de apatía y asco ante la perspectiva de tener que aguantar el transporte hasta la ciudad. Lo que le reconfortaba de ese pensamiento era la seguridad de que no tendría que manejar, porque se suponía que todo estaba dispuesto para un traslado seguro proporcionado por los

oficiales de Kalispell.

A pesar de la cuidadosa planificación, la realidad reveló otras circunstancias. Asa caminó fuera de la pista de aterrizaje hasta llegar a la salida del aeropuerto, pero no vio señas del oficial de enlace contratado para recogerla. No le quedó más remedio que llamar a las oficinas del FBI para verificar la información que inicialmente le proporcionaron. La recepción en el lugar era pésima y no consiguió comunicarse. No le quedó otro remedio que resignarse a esperar que apareciera el oficial correspondiente, asumiendo que algún contratiempo causó su retraso.

Aunque Asa solía ser paciente, en especial cuando se trataba de su trabajo, al cabo de una hora y media no pudo contener la exasperación que la embargaba. Se sentía embaucada y sin saber qué hacer. No le parecía aconsejable seguir esperando más horas ahí, ya que si caía la noche, entonces sería imposible realizar el viaje hasta Kalispell ese mismo día. Así que tomó la resolución de entrar al aeropuerto nuevamente e informarse de las opciones de transporte disponibles para los turistas. De este modo supo que contaba con la posibilidad de pedir un taxi que la llevara hasta Kalispell o pedir un automóvil de alquiler. El problema con los taxis era que necesitaba contar con suficiente efectivo para cancelar el monto que indicara el parquímetro al final del recorrido. Como desconocía cuál sería la tarifa exacta, no se quiso arriesgar. A pesar de sus pocos deseos de conducir, la mejor alternativa fue rentar un auto y pagarlo con la tarjeta de crédito. La ventaja de eso radicaba en que conservaría una factura que luego le serviría para exigir un reembolso al FBI por los gastos imprevistos.

El vehículo era pequeño, pero ideal para un viaje sosegado por la ruta prevista. Mientras no contara con el amparo y reconocimiento de las autoridades regionales le convenía parecer una turista haciendo uno de esos usuales viajes de exploración personal, en lugar de una representante del Gobierno federal investigando las huellas de grupos terroristas. Así que pasó las siguientes dos horas conduciendo sin ninguna interrupción en el camino. Tenía un plan concreto de lo que quería hacer ese día una vez que llegara a Kalispell y se reuniera con el agente Gibson. No obstante, ya enfrentaba un retraso por circunstancias ajenas a su control. Debido a ello consideró pertinente mantener al margen sus expectativas y dejar que las cosas siguieran su propio ritmo, aunque sin perder de vista sus objetivos. Ya la subdirectora le había advertido que en Kalispell el trato con las mujeres dejaba mucho que desear. Era probable que la falta de un vehículo oficial para conducirla a la

ciudad fuera una forma de poner a prueba su paciencia.

Asa llegó al centro de Kalispell poco antes del mediodía, sintiendo que el estómago le retumbaba. Apenas desayunó un sándwich pequeño a bordo del avión y la noche anterior se fue a dormir sin comer nada, debido a los nervios. Ahora su cuerpo resentía la falta de alimento y el calor solo contribuía a incrementarlo. Aun así, Asa se concentró en las razones por las cuales estaba allí y decidió ignorar el hambre. La prioridad era pasar por la oficina local del FBI para dar comienzo oficial a su investigación. Ya habría tiempo para encargarse de los detalles propios de su estadía mientras tuviera que permanecer en la ciudad.

Cuando se estacionó en la acera frente a la sede local del FBI se detuvo a contemplar la edificación de dos pisos que la conformaba. Parecía más la casa en donde residía una familia que un edificio de carácter gubernamental. Al entrar encontró una recepción, que consistía en un escritorio deteriorado de madera detrás del cual estaba una recepcionista: una señora gorda que rondaba los cincuenta años. Al verla entrar le dedicó una mirada suspicaz, como si se tratara de una intrusa. Asa se presentó enseguida y solicitó audiencia con Todd Gibson, el agente que presidía la sede.

—Sube a la segunda planta —indicó la recepcionista—. Asegúrate de tocar la puerta antes de entrar.

El tono de la mujer sonaba molesto, pero Asa decidió comportarse con amabilidad a la hora de agradecerle. No había ninguna otra persona trabajando allí a excepción de la recepcionista. A lo largo del piso estaban distribuidos varios bancos de espera, un cuarto de baño y una sala de reuniones. Para acceder a la segunda planta debía subir por una escalera de caracol. Al final de esta se topaba con un pasillo corto que conducía a una puerta con el nombre del agente en una placa. Enseguida imaginó que la segunda planta en su totalidad funcionaba como el despacho de Gibson.

—Pase adelante —invitó Gibson cuando Asa tocó la puerta—. Está abierta.

El agente estaba de pie al momento en que Asa entró a su despacho. Se trataba de un amplio espacio flanqueado por libreros y otra clase de muebles. Más que una oficina, lucía como el salón barroco de un excéntrico. Todd Gibson estaba fumando un cigarrillo parado frente a una ventana. Era un hombre de estatura mediana y un cabello canoso que descubría sus cincuenta y dos años de edad. Se conducía con la seguridad propia de los veteranos. Con un gesto de las manos animó a Asa para que se acercara, notándola dubitativa

y sorprendida por el peculiar ambiente que presentaba la oficina.

—No es un despacho típico, lo sé —refirió Todd a modo de excusa, adivinando los pensamientos de su visitante—. En un lugar poco convencional hay que adaptarse al trabajo de formas poco usuales.

—Es una oficina agradable —alabó Asa—. Debe sentirse muy bien disponer de tanto espacio.

—También se siente solitario —observó Todd—. Supongo que usted es Asa Clark. Pensé que llegaría más temprano.

El comentario del agente Todd fue hecho con cinismo, lo cual causó un ligero enojo en Asa. Esto la ayudó a recordar las advertencias de Jennifer, así como sus propias experiencias con otros hombres cuya autoridad les hacía creerse con el derecho de minimizar las aspiraciones de una mujer ambiciosa y con ganas de sobresalir.

—Yo también esperaba llegar antes —respondió Asa—. El supuesto oficial de enlace que me traería hasta acá nunca apareció. Me vi obligada a rentar un automóvil en Whitefish y conducir yo misma.

—Entonces es mi culpa —dijo Todd sin inmutarse—. Usted misma ya habrá comprobado que no cuento con el suficiente personal como para enviarle un chofer. La Policía local no mantiene un trato amable con lo que represento como agente del FBI, a pesar de los años que llevo trabajando en este hoyo. Mientras tanto ustedes creen que las cosas aquí funcionan igual de bien que en la ciudad. Pues ya tiene una probada de la clase de realidad que enfrento a diario.

—Ya me doy cuenta —expresó Asa con firmeza—. La agencia central dispone de una oficina de quejas donde podrán atender sus peticiones. Como bien debe saber, yo estoy aquí para asuntos más importantes.

—Así que es otro gallito de pelea como su jefa —se burló Todd—. Conocí muy bien a la agente Shepherd. Sus ideas feministas solo han conseguido fortalecer malas actitudes por donde quiera que ella pasa. Debe ser otra de sus compinches con pretensiones de sacudir la pequeña ciudad para demostrar que son mejores y más fuertes que cualquier hombre.

—Veo que tiene ideas preconcebidas sobre mis intenciones —repuso Asa—. Sea cuales sean sus frustraciones con la subdirectora Shepherd, o con las mujeres en general, confío en que actúe profesionalmente. Usted sabe muy bien las razones por las cuales me ha enviado. ¿Acaso pretende sabotear el trabajo de la propia institución que pone la comida en su plato?

El comentario cáustico de Asa puso en su lugar a Todd, quien quedó

atónito al escuchar su apasionada defensa. Se mantuvo en silencio un largo rato antes de responder.

—Ahórrese las altanerías, agente Clark —reprendió Todd—. Estoy aquí para prestarle total colaboración a su investigación. No por ello le permitiré que pase por encima de mi autoridad.

—Mi intención no será perjudicar su posición —declaró Asa—. Esto no es una competencia. Le recuerdo que hay dos agentes desaparecidos. Probablemente han perdido la vida en el ejercicio de su misión. Antes de venir para acá usted ya era considerado el primer responsable de que no se encontrara ninguna evidencia que explique lo sucedido. Permítame demostrarles lo contrario dando buena fe de su colaboración.

—Usted no está aquí para supervisar mi trabajo —acusó Todd—. Ya por hoy no creo que adelantemos mucho. Lo más conveniente en este momento es decidir los detalles de su hospedaje mientras permanezca en Kalispell.

—Como prefiera, agente Todd —dijo Asa—. Aun así le pido que me proporcione los expedientes que la Policía local abrió con relación a las desapariciones de los agentes. Tengo entendido que una copia le fue enviada. Me gustaría revisarlos hoy, especialmente si daremos comienzo a la investigación a partir de mañana. Quiero estar tan preparada e informada como usted.

—Están desperdigados en mi escritorio —confesó Todd ligeramente avergonzado—. Se los haré llegar al hotel donde se hospede. Es el único de la ciudad y mi secretaria ya reservó una habitación esta mañana. Acuerde con ella los detalles.

Capítulo 3

La habitación reservada para la agente Clark resultó siendo más cómoda de lo que ella hubiera podido esperar. Teniendo en cuenta los numerosos inconvenientes que enfrentó desde su llegada, Asa estaba preparada para una estadía incómoda en un cuartucho de poca monta. Sin embargo, el hotel de Kalispell le ofreció una habitación espaciosa, con aire acondicionado y una buena conexión a Internet. No necesitaba nada extra para sentirse a gusto, especialmente cuando a los pocos minutos de su llegada el gerente del hotel le envió un almuerzo cortesía de la casa. Ese gesto era una demostración de que no recibían muchas visitas en el lugar y que complacer a los escasos clientes se convertía en una prioridad. Su estómago agradeció el regalo y pocos minutos más tarde llegaron los informes que le había solicitado a Todd Gibson.

La agente invirtió el resto de la tarde en revisar los informes sobre la desaparición de sus colegas, realizados por los detectives oficiales de Kalispell. Le llamó la atención las incongruencias que presentaban dichos informes, donde incluso los nombres de los agentes estaban mal escritos y los testimonios eran poco esclarecedores. En lo referente a la familia Kimble, se nombraban a los miembros de la casa, pero se anotaba el testimonio de todos como si fuera una sola declaración. El reporte simplemente establecía que los Kimble no recibieron ninguna visita en su rancho, a pesar de que Charlotte y Paul tenían previsto estacionar allí antes de ir a Kalispell. Aparentemente, todos dieron las mismas respuestas o el encargado de redactar el informe no se preocupó en hacer ninguna distinción. No aclaraban si todos estaban presentes en el rancho ese día o si un representante de la familia habló en nombre del resto. Tales errores invalidaban esos interrogatorios. Por lo cual era necesario realizarlos de nuevo.

A Asa le pareció curioso que el agente Gibson le pasara esos informes sin adjuntar sus propias correcciones. Si los revisó como ella lo estaba haciendo, entonces de seguro reparó en los mismos detalles que la obligaban a escribir sus propias anotaciones al margen de las copias. Hablaba en contra de su profesionalismo que no estuvieran adjuntas esas observaciones, porque le daba a entender que ni siquiera se tomó la molestia de echarles un vistazo antes de mandárselos. Incluso si estaba preocupado de que la agente representara una amenaza para él, con mayor razón debía ser cuidadoso en esos detalles significativos. Si de verdad ella quisiera dañar su posición, ya comenzaba a tener pruebas de su falta de compromiso con la investigación. Sin

embargo, opuesto a lo que Todd pudiera pensar basándose en sus prejuicios, Asa no tenía intenciones de ir en su contra.

Conforme iba revisando, crecían los apuntes llenos de preguntas y dudas pendientes por resolver. Lo único interesante de la documentación eran los perfiles generales de la familia Kimble, ya que, a pesar de ser muy escuetos en la información contenida, descubrió una coincidencia que le llamó la atención. Todos ellos pertenecían a una asociación política local, parcialmente adscrita al Partido Republicano, y sus nombres figuraban como militantes y donadores. Asa buscó mayor información en su computadora portátil y descubrió que se trataba de un grupo de extrema derecha con ideas bastante radicales, según los postulados de su página web oficial. Este hallazgo la inspiró a ahondar con especial énfasis en torno al grupo demográfico de la derecha local.

Aparentemente la mayoría de los habitantes de Kalispell tenían filiaciones políticas conservadoras, aunque independientes de las conexiones partidistas o estatales. Se trataba del tipo de congregaciones locales afianzadas en un nacionalismo radical que desconfiaba de las instituciones gubernamentales. Con esta revelación Asa hizo otra anotación a modo de reflexión: si los agentes desaparecidos estaban investigando una posible célula local de terroristas nacionales, ¿cuál era la posición de esos grupos oficialmente registrados ante dichas amenazas? La agente tuvo el pálpito de que la respuesta a esa pregunta sería clave para llegar al fondo de la verdad sobre la investigación que sus compañeros desaparecidos no fueron capaces de completar.

Otra característica destacada de los informes que tenía en las manos radicaba en que a su llegada a Kalispell los agentes no contarían con suficiente apoyo tecnológico por parte de las autoridades locales, ya que estos carecían de los equipos que los policías de las grandes ciudades usaban en sus investigaciones. Asa reparó también en que había un escaso uso de cámaras en las áreas remotas al centro de la ciudad. En ese sentido, sus compañeros habrían tenido que realizar entrevistas en toda la región contando con muy pocos recursos. Los policías locales, e incluso el agente Gibson, tan solo podrían haberles acompañado en esos lugares donde las conexiones a Internet fallaban constantemente y era mayor el desamparo tecnológico. Si pasaron primero por el rancho Kimble, con toda seguridad debieron enfrentar esas limitaciones. Saber esto se traducía en desventajas a tener en cuenta cuando ella continuara ese mismo trabajo.

Ajena al tiempo transcurrido desde que comenzó a revisar los

documentos para organizarlos y escribir un reporte propio de observaciones preliminares, Asa pasó toda la tarde sin salir de la habitación. Aunque el gerente del hotel había insistido en que pidiera cualquier cosa que necesitara. Hasta que a las 6:00 p. m. tocaron la puerta. La sorpresa de Asa fue grande cuando descubrió a Todd Gibson esperando en el umbral.

—Buenas noches, agente Gibson —saludó Asa sorprendida—. No esperaba verlo hasta mañana.

—Siento que le debo una disculpa —declaró Todd—. Empezamos con mal pie. Admito que a veces me comporto como un idiota. Como suelo ser torpe con las palabras, prefiero resarcirme con gestos. ¿Está ocupada?

—Un poco —respondió Asa sin bajar la guardia—. He estado trabajando toda la tarde. No quiero pasar nada por alto para cuando comencemos las pesquisas.

—Tómese un descanso —sugirió Todd—. Le propongo que vayamos a cenar. Así aprovecha para conocer un poco mejor la ciudad antes de que el trabajo no nos conceda mucho tiempo para apreciarla. Acepta mi invitación, como una bandera blanca. ¿Le gustaría?

El agente Gibson se mostró galante, aunque parecía incómodo por su propia invitación. Asa admiró su intención de enmendar el encontronazo inicial que tuvieron, pese a no estar plenamente convencida de que fuera buena idea la propuesta. Temía que esto diera lugar a otro tipo de malinterpretaciones. Por otro lado, su mente estaba agotada con toda la información procesada. Le haría bien alejarse por un momento del trabajo y aprovechar la oportunidad de tener una mirada de la ciudad que no estuviera empañada por la experiencia del caso.

—Muy bien —aceptó Asa tras meditarlo—. Estaré lista en cinco minutos. Espéreme en la recepción.

Capítulo 4

La zona comercial de Kalispell presentaba un aspecto ligeramente urbano que contrastaba con las carreteras áridas y zonas rurales para el cultivo o la ganadería que la circundaban. Daba la impresión de ser un pintoresco pueblo con aspiraciones de ser una pequeña ciudad. Todd condujo a su invitada en su auto y apenas compartieron conversación durante el recorrido. El roce del primer encuentro seguía presente y ambas partes lo resentían. Sin embargo, no hicieron mención alguna de ello, así como tampoco hablaron sobre el trabajo. Esto era una decisión sensata, ya que les convenía mantener la mente despejada en ese breve rato de esparcimiento que compartirían. Los días posteriores prometían ser ajetreados y con pocas probabilidades de hallar resoluciones rápidas.

El agente Gibson decidió llevar a Asa a un bar-restaurante *country* que aportaba el sabor local necesario. Cuando entraron fueron conducidos a una mesa apartada en el área de fumadores, ya que al agente le resultaba imposible desprenderse de su vicio. Sin embargo, le prometió a Asa que solo fumaría un cigarrillo mientras ordenaban.

—Descuide —lo excusó Asa—. Mis padres y hermanos suelen fumar. Siempre he estado acostumbrada a estar rodeada de humo, aunque yo no lo haga.

—Pésimo para su salud si ni siquiera lo disfruta —bromeó Todd, aunque el chiste no causó ninguna gracia en su interlocutora—. Le recomiendo la carne en brasas. Es jugosa y de primera. Todo lo que aquí se cocina se hace con productos propios de los ranchos de la zona.

—Me convenció —afirmó Asa—. Pediré eso y una copa de vino.

—Excelente elección —celebró Todd—. Yo solo cambiaré el vino por una cerveza. Del resto será la misma orden.

El mesero prometió a los agentes que recibirían el pedido en los próximos diez minutos. Entretanto, Asa se tomó un tiempo para apreciar el lugar. La zona de la barra estaba mucho más concurrida que la del restaurante. Hombres jóvenes y de mediana y edad lucían su indumentaria vaquera, alzando cervezas y vociferando ante un partido de fútbol americano proyectado en la pantalla de un televisor.

—Hoy juega el equipo del condado —explicó Todd—. Esos hombres de ahí probablemente son empleados o hijos de vaqueros que prefieren vivir en la ciudad o visitarla siempre que pueden. No son una representación legítima de los habitantes locales que conocerá cuando visite los ranchos.

Cumpliendo con su promesa, el mesero llevo las órdenes antes de que comenzaran a resentir el vacío en la mesa. En efecto, la recomendación de Todd se quedó corta. La carne que les sirvieron lucía provocativa. Asa supo de inmediato que no sería capaz de terminársela debido al tamaño. Aun así, prefería sentirse llena antes que quedar con hambre. Sin preámbulos, el agente comenzó a cortar su filete y a saborearlo.

—Sin embargo, a veces los viejos visitan la ciudad —describió Todd continuando sus explicaciones sobre la región—. La mayoría de la gente trabaja como rancheros o granjeros en el área periférica y viven su vida aislados. Irónicamente, sigue siendo una ciudad donde todos se conocen. Sitios como este son perfectos para reencuentros con amigos o que los socios concreten negocios. En otros casos, verá incluso reuniones entre ranchos rivales para establecer treguas cordiales.

—Mi padre es rancharo —confesó Asa—. No me cuesta identificar a los verdaderos vaqueros. Conozco un poco el área porque mi madre es *salish*, que como bien sabe es una tribu característica de la región. Mi padre se casó con ella cuando algo así era mal visto. Y gracias a ello nacimos mis hermanos y yo. No fuimos una familia convencional para los estándares de estas regiones.

—¡Vaya escándalo debe haber sido! —exclamó Todd—. Su padre es un hombre valiente. ¿Suele visitarlo?

—No realmente —reveló Asa—. Cuando mi madre se separó de él, se fue a vivir con uno de mis hermanos. Yo fui enviada con unos tíos de la ciudad para completar mis estudios de secundaria y luego los universitarios. Se han acentuado las distancias entre todos nosotros. Aun así, suelo llamarlo. No obstante, es a mi madre a quien visito un par de veces al año.

—La sangre no es tan fuerte como dicen —reflexionó Todd con un reflejo triste en su mirada—. A pesar de nuestras mejores intenciones, el tiempo contradice la convicción de que las familias permanecerán siempre unidas.

—Eso es cierto —apoyó Asa sintiéndose intrigada por la melancolía de sus palabras—. ¿Cuál es su historia, agente Gibson?

—Estoy divorciado —explicó Todd—. No tuve hijos, lo cual es algo que a veces lamento. Luego, cuando escucho historias como la suya, me siento un poco aliviado. Me entristecería que mis hijos no quisieran hablarme o me vieran como un extraño. No me lo perdonaría.

—No tendría por qué ocurrir eso —repuso Asa—. Todo depende de que los padres sean buenos y justos con sus hijos. Todavía está a tiempo de formar una familia.

—He perdido diez años en este pueblo —se lamentó Todd—. Y he decidido no involucrarme con nadie. Aquí suelen ser muy reticentes para relacionarse con personas de la ciudad. Honestamente, quisiera pedir mi jubilación y regresar a la vida urbana.

—Pensé que le gustaba Montana —dijo Asa—. ¿Por qué nunca pidió un traslado?

—¿Cree que no lo he hecho? —replicó Todd con una sonrisa amarga—. Me la han negado dos veces. Aseguran que mi experiencia me convierte en el mejor candidato para servir de enlace con las regiones. Además, por el tiempo que he pasado viviendo acá, no les conviene trasladarme. He desarrollado vínculos de confianza con organismos locales que resultan útiles para la oficina central. La cercanía de mi retiro, cuando sea legalmente viable, es otro factor en mi contra. Mi cansancio no les importa.

—Lamento que no tomen en cuenta su solicitud —lo apoyó Asa con genuina honestidad—. Nadie debería estar obligado a permanecer en un lugar donde no se siente a gusto. Incluso la responsabilidad de cumplir un deber tiene sus límites.

—Creo que me dejé llevar por mis prejuicios con usted —reflexionó Todd—. Imaginaba que era una de las discípulas de Shepherd que se jactan de humillar a otros agentes. Veo que me equivoqué.

—¿Por qué lo dice? —interrogó Asa—. ¿Acaso la subdirectora es la responsable de que no aprueben su traslado?

—Veo que ser perspicaz es otra de sus cualidades —afirmó Todd guiñándole un ojo y dándole una larga probada a su cerveza—. Shepherd y yo tenemos nuestra propia historia. Creo que no es prudente que hable sobre eso, sobre todo si ella lo ha omitido cuando hablaron. De cualquier manera, le pareceré que soy un viejo chismoso y amargado, si no es lo que piensa ya.

—No he hecho ningún veredicto —aclaró Asa y sonrió a medida que degustaba su carne—. A diferencia de la mayoría de las personas, no permito que una primera impresión se convierta en una conclusión definitiva.

—Me agrada ese pensamiento —concedió Todd—. Sé que establecimos no hablar sobre el trabajo esta noche. Aun así le reitero que mi colaboración con su investigación es total. Yo también estoy preocupado por la desaparición de esos agentes.

—Llegaremos al fondo del asunto —aseveró Asa—. Agradezco contar con su apoyo.

El resto de la velada evitaron hacer nuevas menciones sobre el caso, ni

mucho menos sobre la relación de Gibson con Shepherd. Asa prefería no ahondar en esa historia, ya que se trataba de un asunto personal que no le aportaría nada a sus objetivos. Pero igual no pudo dejar de compadecer al agente por lo poco que confesó sobre su propia vida y las frustraciones que se adivinaban a partir de sus declaraciones. A pesar de este sentimiento, seguía sin considerar a Todd plenamente digno de su confianza. Ahora, con el conocimiento de que existía una enemistad entre él y Jennifer, cobraban mayor fuerza las advertencias que esta le hiciera de no compartir con otras personas sus intenciones de completar la investigación sobre las células terroristas. Por lo tanto, cuando Todd se enterara de que a ella le fue encargada la resolución de ambos casos, ¿seguiría comportándose como un aliado o en cambio sabotearía su trabajo para evitar las repercusiones negativas que pudiera traerle? Estas preguntas que Asa se hacía silenciosamente durante la cena convertían la confianza hacia el agente en una duda constante.

—La noto pensativa —señaló Todd ya con su plato vacío—. ¿Algo le preocupa?

—Estoy bien —dijo Asa con ganas de desviar la conversación—. Me asombra haberme podido comer toda esta carne. Pensé que no podría.

En efecto, Asa estaba masticando el último bocado acompañándolo con el vino rojo. Todd le dedicó una sonrisa de complacencia al comprobar que su recomendación había sido del total agrado de su invitada. El agente le propuso pedir un postre, pero ella se negó. Así que estaban listos para partir y regresar a sus respectivos lugares para descansar. Sin embargo, cuando ya iban a traspasar la salida, Asa se detuvo en la barra porque le llamó la atención algo que estaba ocurriendo en una esquina. Un grupo de hombres coreaban a otros dos sentados en una mesa, el uno frente al otro. Cada uno de ellos bebía los distintos tragos que les servían mientras sus amigos aplaudían o les gritaban.

—Es un juego —explicó Todd—. Quien resista sin caerse o negándose a seguir bebiendo se gana una botella del licor de su preferencia. La verdadera recompensa es humillar al contrincante y demostrar que eres el más fuerte.

—Interesante —opinó Asa—. ¿Ha jugado antes?

—Sí, hace tiempo solía participar —admitió Todd algo avergonzado—. Ahora solo bebo sin inventarme excusas. ¿Quiere apreciar la contienda de cerca?

Asa accedió a la sugerencia y ambos se abrieron paso hasta las mesas donde los hombres celebraban su competencia. Al cabo de cinco minutos uno de ellos salió corriendo con ganas de vomitar, quedando como vencedor

indiscutible su contrincante, quien respiró aliviado apoyándose en el espaldar. Su aspecto pálido denunciaba que de haber tenido que beber otro trago probablemente no lo habría logrado.

—¿Hay otro par dispuesto a jugar? —preguntó uno de los hombres que coreaba—. No tengan miedo.

—¡Yo quiero! —exclamó Asa para sorpresa de todos los presentes—. ¿Acepta el reto, agente Gibson?

La inesperada movida de Asa terminó de romper el hielo entre ambos agentes. Todd puso una expresión vacilante, pero terminó asintiendo a la propuesta. Los hombres a su alrededor aplaudieron entusiasmados. Esta vez se trataba de una competencia mucho más interesante que las anteriores: un hombre maduro y una mujer enfrentados y obligados a cumplir las mismas condiciones que el resto de los participantes. El público hizo enseguida sus apuestas. La mayoría asumió que Asa sería la primera en rendirse. De esta forma, los tragos fueron servidos para que ambos comenzaran con la primera ronda. Quienes conocían a Todd no dudaron en apoyarlo y celebrar cada vez que vaciaba su vaso.

Poco a poco, Asa fue conquistando al público. Se bebió cada uno de los tragos que le servían sin demostrar ninguna queja o señal alguna de que le afectarían. En cambio, el agente Gibson comenzaba a tambalearse después de la cuarta ronda. Los aplausos se hacían más fuertes y algunos de los presentes se animaron a celebrar los tragos de Asa con el mismo entusiasmo que antes le dedicaban solo a Todd. Al cabo de la sexta ronda, Gibson dio una arcada y apoyó su cabeza en la mesa. Le tomó unos segundos alzarla de nuevo y con un gesto de las manos indicar que no estaba en capacidad de seguir bebiendo. Para ponerle punto final a la partida, Asa se sirvió un último trago y se lo bebió hasta el fondo. Con esto ratificaba su triunfo, acabando por conquistar hasta a los hombres más escépticos de la audiencia.

—¡Invicta! —la celebraron a coro—. ¡Denle un aplauso a una auténtica vaquera!

Asa no dudó en reclamar su premio, pidiendo una botella de vino para llevar. Entretanto, asumiendo la responsabilidad de haber emborrachado completamente a Todd Gibson, le pidió ayuda a los hombres para conducirlo al taxi que mandó a llamar. El automóvil de Gibson se quedaría estacionado frente al bar por el resto de la noche, ya que tampoco era conveniente que ella manejara considerando lo mucho que bebió. El taxi dejó al agente en su domicilio, quien se recuperó lo suficiente para salir del coche y entrar a su

casa. Luego se dirigió al hotel donde Asa se hospedaba. Un profundo sueño conseguía que los párpados le pesaran. Una vez en su habitación, ella ni siquiera se concedió el tiempo de desvestirse. Simplemente cayó rendida, con la satisfacción de haber pasado una noche agradable y libre de los problemas que la ocuparían al día siguiente.

Capítulo 5

Al día siguiente Asa se presentó en el despacho de Todd Gibson a primera hora de la mañana. El agente la recibió con una amplia sonrisa, demostrando que tenía buenos recuerdos de la noche anterior a pesar de haber terminado casi inconsciente. Por el contrario, la agente Clark se mantuvo con un rostro neutral, demostrando su seriedad y profesionalismo. Estaba allí para comenzar a trabajar y no quería dar pie a distracciones innecesarias.

—¡Vaya noche! —la saludó Todd—. Espero no haberle dado muchos problemas. No recuerdo mucho después de que me venció. ¿Me ayudó a llegar hasta mi habitación?

—Pudo entrar solo a su casa, se lo aseguro —afirmó Asa sin corresponder la sonrisa—. Me complace ver que se encuentra bien. Por un momento me asusté.

—Ya ve que me encuentro en perfecto estado —bromeó Todd—. Sin lugar a dudas, la sorpresa de la noche fue usted. ¿Dónde aprendió a resistir la bebida de esa manera? He conocido muchos vaqueros que no tendrían ni la mitad de la resistencia que usted demostró anoche.

Asa sintió que las felicitaciones del agente Gibson fueron honestas y no distinguió ningún matiz de burla en su observación. Al haberse destacado en un campo social eminentemente masculino se ganó parte de la admiración y respeto que parecía negado a darle cuando se conocieron. Pese a ello, la agente se sintió incómoda por el hecho de obtener su consideración a partir de una actividad tan vulgar como una competencia de tragos. No era el tipo de situación por la que le gustaría ser reconocida. Lo fundamental era comprobar si ese respeto que le manifestaba seguiría presente cuando trabajaran como compañeros.

—¿Cuál es la agenda para el día de hoy? —preguntó Asa cambiando de tema tajantemente—. Me gustaría ponerme manos a la obra de inmediato.

—No le gusta perder tiempo, agente Clark —refirió Todd—. Pues hoy tenemos suerte. Justamente estaba ocupado atendiendo una llamada de la comisaría antes de que usted llegara. Parece que hay novedades.

—¿Consiguieron alguna pista de los agentes desaparecidos? —preguntó Asa entusiasmada—. Ya pasaron cinco días.

—No, ningún indicio de los agentes o sus cuerpos —repuso Todd con frialdad, adaptándose finalmente al tono formal de su interlocutora—. Lo que sí hallaron fue el automóvil desaparecido.

—A buena hora —observó Asa despectivamente—. ¿Dónde lo

encontraron?

—Lejos de la carretera —explicó Todd—. Cerca del Bosque Nacional Kootenai. Puede que los agentes no alcanzaron a llegar al lugar, tal como tenían previsto.

—Bastante lejos del rancho Kimble —observó Asa—. Más bien creo que el automóvil fue puesto allí días más tarde con la intención de que lo encontráramos.

—Es solo una hipótesis —desestimó Todd—. Le aconsejo que evite manifestar conclusiones apresuradas cuando hable con cualquier oficial de Kalispell. Podrían sentir que estás criticando el trabajo que hacen o que estás acusando a personas sin tener pruebas.

—Sospecho que no son los únicos que se sentirán criticados con mis opiniones —manifestó Asa mirando al agente fijamente—. Me gustaría ver el vehículo y revisarlo hoy mismo. ¿Lo trasladaron?

—No, seguirá en el bosque —aclaró Todd—. Quieren que nosotros nos encarguemos para evitar confusiones. Ni siquiera lo han abierto. Solo dejaron a un par de oficiales para que lo custodiaran.

—Entonces vayamos para allá —exigió Asa—. Queda de su parte indicarme el camino.

El agente asintió ante los requerimientos de Asa sin oponer objeciones. Le explicó que antes de que ella llegara le había pagado a un civil para que condujera hasta Whitefish y devuelva el vehículo rentado. Ella agradeció el gesto, ya que había olvidado por completo ese detalle. Entretanto, salieron de la oficina con el propósito de caminar unas cuadras para llegar hasta la acera frente al bar donde Todd dejó estacionado la noche anterior su coche. La caminata les tomó unos quince minutos bajo los efectos de un sol cruel. Asa se preguntó internamente si el agente Gibson la estaba torturando por verse obligado a obedecer sus exigencias. Igual ella evitó emitir cualquier queja que tuviera respecto al calor. Había ido preparada para enfrentar el tipo de clima que se esperaba en esa época del año.

A la luz del día la fachada del bar-restaurant lucía decadente. Asa le dedicó una breve mirada y luego se introdujo en el automóvil de Todd de inmediato. Quería evitar esa imagen que le recordaría la noche anterior, y con ello no traer a colación renovadas conversaciones sobre la cena que tuvieron. Si bien consideraba que fue una oportunidad para conocerse mejor, le parecía inapropiado que hablaran sobre ello durante sus horas de trabajo. El agente pareció adivinar sus pensamientos, ya que no volvió a hacer referencia alguna

a la competencia ni a la cena.

—Tenemos que agarrar un rodeo largo para alcanzar el bosque —explicó Todd cuando arrancó el auto—. Será un viaje de veinte minutos aproximadamente. Por fortuna aquí nunca hay tráfico.

—Eso se agradece —afirmó Asa—. Me agrada la idea de visitar ese bosque. Tengo entendido que es un atractivo turístico.

—Podría decirse que sí —dijo Todd con un tono vacilante—. Se promociona como tal, pero la verdad es que no hay muchos visitantes interesados en venir hasta acá si pueden hacerlo a otras regiones que ofrezcan mayores atractivos.

—Será entonces un lugar apto para el turismo accidental —bromeó Asa demostrando su lado amable—. A mí me vendrá bien. No todos los días tienes la oportunidad de visitar una reserva natural como parte del trabajo.

—Viva una década aquí y no pensará lo mismo —aseguró Todd con una sonrisa—. Aunque admito que ese bosque es un lugar que merece la visita, así vayamos por obligación.

El resto del recorrido lo pasaron compartiendo impresiones sobre la falta de promoción turística en ciudades como Kalispell y la forma en que eso ayudaría a mejorar la economía de dichos lugares. La charla fue lo suficientemente amena para los dos agentes, quienes apenas resintieron el paso por la carretera cuando al fin llegaron al bosque. Asa se bajó enseguida para contemplar la hermosa vista que se le presentaba. El paisaje montañoso convivía armónicamente con las extensas lagunas flanqueadas por árboles altos y delgados. Maravillada por la impresión que le produjo, la agente sacó su móvil y tomó varias fotos.

—Siento interrumpirla, agente Clark —se excusó Todd—. Debemos seguir por este camino a pie para llegar a la zona donde encontraron el vehículo.

—Disculpe —dijo Asa volviendo en sí—. Es un lugar verdaderamente hermoso.

Todd la guio por un camino entre los árboles, a cierta distancia de un pequeño lago, hasta que desembocaron en una parte que conectaba el bosque con varios caminos habilitados para dirigirse a distintos lugares del parque natural. Justo allí encontraron el automóvil de los agentes desaparecidos. Los oficiales que estaban cuidando el vehículo salieron a su encuentro para saludarlos. Parecían aliviados de verlos, ya que eso significaba que podrían desentenderse de la vigilancia.

—Así como lo ven fue encontrado —explicó el oficial—. No hemos manipulado el vehículo de ninguna manera, tal como nos lo ordenaron.

—Perfecto —agradeció Todd—. A partir de ahora es responsabilidad nuestra.

—¿Revisaron en los alrededores? —intervino Asa—. Podría haber rastro de los agentes en alguna parte del bosque.

—Hicimos la debida inspección —aseguró el oficial de mala gana—. Por supuesto, es un lugar muy grande. En realidad esperamos que ustedes determinen los pasos a seguir. ¿No es eso lo que querían?

—Sí, esas son las instrucciones —repuso Todd—. La agente Clark solo quería saber los detalles de su pesquisa. Todo lo que sepamos será útil para avanzar en la investigación. Muchas gracias por la colaboración. Les estaremos informando lo que decidamos.

Los oficiales correspondieron el agradecimiento del agente Gibson, aunque ignoraron a Asa. Cuando se fueron, Todd le explicó que no estaban acostumbrados a lidiar con agentes mujeres, ya que incluso todos los policías del lugar eran hombres.

—Pobres de sus hijas y esposas —lamentó Asa—. Sus oportunidades están limitadas solo por vivir aquí.

—No creo que les moleste tanto —refutó Todd—. De lo contrario se habrían ido. A usted le cuesta comprenderlo porque ha tenido contacto con una realidad distinta. Pero la mayoría de esas mujeres están satisfechas con ser esposas y madres. Tienen la responsabilidad de cuidar las casas mientras sus hombres hacen el trabajo duro, y les complace ser útiles de esa manera.

—Suenan a resignación —argumentó Asa—. Mejor ocupémonos de lo que nos ha traído hasta acá.

Aunque Asa no era el tipo de persona que se retirara de una discusión a favor de la autonomía de las mujeres cuando se presentaba la oportunidad, comprendía que el contexto no era el más apropiado. El agente Gibson simplemente hizo eco del pensamiento de los lugareños, no era uno de los promotores de esa concepción sobre el papel que una mujer de la región solía cumplir. Por otra parte, la presencia del vehículo de sus colegas representaba la primera pista importante del caso y merecía toda su atención.

La agente se puso manos a la obra ante la actitud indiferente de Todd, quien se limitó a rodear el vehículo mientras la observaba. En cambio, Asa miró varios puntos claves en el automóvil para precisar si existían signos de colisión con otro vehículo o algún otro objeto. A primera vista estaba en

perfectas condiciones, excepto por la falta de gasolina y los neumáticos sin aire. El cuidado de la posición en que fue encontrado hacía pensar que era poco probable que el accidente que ocasionó la desaparición de los agentes hubiera ocurrido allí. Asa evitó manifestar estas opiniones y permaneció en silencio, tomando impresiones de las huellas de los neumáticos, levantando huellas dactilares de los agentes de varios lugares dentro de la cabina y tomando muestras del material de los asientos.

—Ni un rastro de violencia —opinó Todd—. Todo luce en perfecto estado allí dentro. La suposición más lógica es que los agentes desaparecieron cuando estaban fuera del vehículo.

—Así lo creo —apoyó Asa al corroborar que el agente no contradecía sus conjeturas—. Dudo mucho que se hayan estacionado en este bosque. Está considerablemente lejos de la ruta que ellos tenían prevista.

—Diría que este encubrimiento no es la obra de una sola persona —aseveró Todd—. Debemos andarnos con cuidado en lo sucesivo. Los culpables deben saber que estamos aquí recogiendo las pistas que ellos han dejado por voluntad propia.

—Si las cosas se complican, tendremos que solicitar refuerzos —replicó Asa—. Mientras tanto, llamemos una grúa para que ponga a buen resguardo el vehículo. Ya he recolectado todo lo necesario para analizarlo con los forenses.

—De acuerdo, vayamos a la morgue —aceptó Todd—. No se haga muchas expectativas respecto a los forenses. Acá no cuentan con los equipos a los que está acostumbrada.

—Puedo suponerlo —respondió Asa resignada—. No por ello haremos el trabajo a medias.

Asa y Todd solicitaron la grúa antes de irse. Contrario a las peores expectativas de la agente, esta llegó mucho más rápido de lo anticipado. Con la seguridad de que dejarían el vehículo a salvo, visitaron la morgue. Asa tenía muy pocas esperanzas de que conseguirían alguna evidencia esclarecedora. La aparición del vehículo fue un descubrimiento suspicaz. Hasta ahora solo obtuvieron como evidencia lo que los responsables de la desaparición de los agentes les permitieron descubrir. Por lo tanto, solo estaban actuando como peones de los intereses ocultos de unos enemigos que permanecían anónimos e invisibles.

Capítulo 6

Con las muestras de huellas y tejidos debidamente guardados, Asa estaba preparada para trasladar la investigación a la morgue municipal. El retrato que le hizo Todd a modo de advertencia se mantuvo fiel a la realidad del laboratorio, donde fue recibida por los forenses, quienes se encargaron de las muestras. El equipo disponible era rudimentario y por lo general caduco, comparado con los usados en oficinas centrales de las grandes ciudades. En nada ayudaba que las conexiones a Internet fueran tan pobres, ya que al entrar les avisaron que desde esa mañana presentaron fallas que todavía no habían sido reparadas.

—Haremos las comprobaciones de rigor —aseguró el forense—. Ya que disponemos de las huellas de los agentes, podremos determinar si son las únicas presentes en el vehículo.

—Estupendo —dijo Asa—. Asegúrense de enviar los resultados a la central de Quantico. Comprendo que no contamos acá con suficiente tecnología. Así que el resto del trabajo podrán completarlo nuestros forenses del FBI.

—Si tuviéramos los mismos recursos, no haría falta —se quejó el forense—. Como verá, hacemos lo que podemos.

—Lo comprendo, y agradezco el esfuerzo —aseguró Asa sin tratar de sonar demasiado condescendiente—. ¿Han ingresado nuevos cuerpos en los últimos días?

—Pregunte abajo —respondió el forense—. Yo solo me ocupo del laboratorio.

Para la agente, no tenía caso seguir allí importunando al forense mientras evaluaba las muestras que le proporcionó. Animada por su interés en conseguir novedades, fue hasta el sótano, donde eran depositados los cadáveres. Allí encontró a Todd conversando con el gerente de la morgue. Al verla, la integraron en la conversación, respondiendo a las preguntas que ella se estaba haciendo.

—Ningún cadáver ha sido ingresado recientemente —confirmó el gerente—. De hecho, no hemos tenido ninguno desde hace meses. No tenemos mucho trabajo. Desde hace un buen tiempo solo nos hemos encargado de hacer autopsias cuando los familiares de un fallecido lo han solicitado. Este es un pueblo tranquilo.

—No es la información que manejo —debió Asa—. Tengo entendido que hubo actividad delictiva en el área. Por esa razón los agentes del FBI

vinieron hasta acá. En un lugar tranquilo no los habrían secuestrado ni asesinado, como probablemente ocurrió.

—Eso no ha sido competencia de esta morgue —respondió el gerente secamente—. He escuchado algunos rumores, pero la Policía local se ha encargado. Si hubo cadáveres producto de esas actividades, no han sido traídos aquí.

—Nos encontramos muy preocupados —dijo Todd tratando de conciliar la situación—. Comprendan que cuando algo malo le ocurre a un colega, nos afecta como si fuera un miembro de la familia, aun cuando no lo hayamos conocido. Nos hace sentir expuestos y menos seguros de lo que usualmente nos creemos debido al oficio que representamos.

Por segunda vez en el mismo día el agente Todd se interpuso en la conversación entre ella y alguien del pueblo. Para Asa, tal comportamiento, en lugar de considerarlo como apoyo de compañero, parecía más bien un trato condescendiente que minaba su autoridad frente al resto. Debido a ello se sintió sumamente enojada, y así lo demostró saliendo impulsivamente del sótano para regresar al exterior. El agente no tardó en unírsele para interpellarla.

—¿Algo le molestó? —le preguntó Todd—. Recuerde que le advertí que en esta ciudad no serían amables con usted de buenas a primeras. Tampoco ayudará a que reciba un mejor trato si reacciona con ira por las respuestas que le dan.

—Ellos no son el problema —puntualizó Asa—. Es la forma en que usted interviene, pretendiendo que me defiende. En realidad lo que consigue es invalidar mi autoridad. Yo soy capaz de defenderme sola.

—Soy consciente de ello —aseguró Todd—. No lo he hecho porque la crea incapaz de manejar la situación, sino porque temo que se exceda. Podría ser contraproducente para ambos.

—Solo estaba debatiendo las afirmaciones engañosas con las que se escudan —repuso Asa—. Esta ciudad y sus alrededores distan mucho de ser el paraíso tranquilo que aseguran.

—Tenía entendido que solo ha venido a investigar la desaparición de los agentes —acusó Todd—. Sus preguntas me hacen sospechar que se trae otra agenda entre manos. ¿Acaso Shepherd le encargó continuar la investigación de sus compañeros?

—Ambos casos están relacionados —sostuvo Asa—. Sería imposible buscar a los agentes si no tenemos en cuenta la razón que los trajo hasta acá.

Sin embargo, mi responsabilidad principal es encontrarlos. El resto depende de las órdenes de mis superiores.

—Sabía que me estaba ocultando parte de sus verdaderas intenciones —denunció Todd—. Si realmente su objetivo consiste en seguir investigando a las células terroristas, entonces necesito saberlo. De lo contrario me estará exponiendo a un peligro que no estoy seguro que quiera asumir.

—Usted trabaja para el FBI —le recordó Asa—. Esto no se trata de engaños o agendas ocultas. Su propósito en este lugar es asistir las investigaciones federales, más allá del riesgo que representen. Si tiene problemas con eso, entonces debería presentar su renuncia.

—Simplemente quiero que confíe en mí —pidió Todd—. No me oculte información. No deje que su lealtad a Jennifer nos esponga. Ella no conoce este lugar tanto como yo.

—Solo le debo lealtad a mi trabajo —sentenció Asa—. La subdirectora no me prohibió compartir información con usted. Será mi entera responsabilidad depositarle mi confianza si decido hacerlo.

—¿Y qué le impide confiar en mí? —inquirió Todd—. Hasta ahora le he prestado absoluta colaboración en todo lo que ha solicitado.

—Así es —admitió Asa—. Lo que pido a cambio es que demuestre si de verdad merece esa confianza. Confieso que a veces creo que usted prefiere estar de buenas con las autoridades de Kalispell por encima de cualquier otro interés.

—Le demostraré que se equivoca —prometió Todd—. Sin embargo, comprendo sus reservas. Independientemente de si confía o no en mí, tengo la responsabilidad de seguirla apoyando. Por eso reitero mi preocupación. Si pretende llegar más lejos que Charlotte y Paul, le aconsejo que actúe con cuidado.

—Así lo haremos —afirmó Asa—. Por lo pronto, sigamos concentrados en la búsqueda de los agentes. Si fueron asesinados no tardaremos en conseguir sus cuerpos. Me temo que la aparición del vehículo fue apenas la antesala.

A pesar de la tensa discusión, los agentes consiguieron reconciliar sus diferencias. Al menos lo suficiente como para concederse una tregua y seguir trabajando en equipo por el bien de la investigación. Asa sintió que fue apropiado desahogarse y manifestarle a Todd las dudas que tenía sobre él. Al mismo tiempo comprendía perfectamente los temores del agente, ante la posibilidad de explorar a fondo el caso interrumpido en relación a los grupos

terroristas. Ella misma temía que dos simples agentes excesivamente preocupados en desconfiar el uno del otro terminaran siendo insuficientes para derrotar una amenaza mucho más grande de lo que querían reconocer.

Capítulo 7

Después de la visita a la morgue, la agenda del día parecía darse por concluida. El hallazgo del vehículo los limitaba a decidir qué harían a continuación. Buscar los cuerpos de los detectives en un lugar como el bosque de Kootenai equivalía a pretender encontrar una aguja en un pajar. Apresurar la investigación no parecía conveniente hasta no organizar un buen plan de acción. Por lo que Asa decidió regresar al hotel para comer algo y redactar un informe preliminar en su habitación, y enviárselo a Shepherd en cuanto mejoraran las conexiones de Internet. Entretanto, la agente comenzó a sentirse frustrada por la falta de pruebas y lo remoto del área. Ha comprobado por sí misma que en toda la región apenas puede encontrar actividad digital. Esa deficiencia jugaría en su contra si se encontrara en una situación de emergencia y necesitara la asistencia de refuerzos inmediatos. Después de escribir durante un par de horas, no tardó en quedarse dormida a pesar de los numerosos pensamientos que la agobiaban.

A la mañana siguiente, la agente Clark despertó con la mente despejada. El descanso ayudó a darle mayor seguridad sobre lo que debía hacer, a pesar de la incertidumbre que la embargó la noche anterior. Con la determinación de que aquel sería un mejor día para avanzar en la investigación, Asa se presentó al despacho del agente Gibson y le expuso sus planes:

—Volvamos al bosque de Kootenai —propuso Asa—. Intuyo que podríamos conseguir algo más que el automóvil recuperado. Creo que será mejor rentar un vehículo mucho más grande para explorar a fondo el lugar.

El tono autoritario y confiado de Asa no dejaba espacio para las objeciones. Así que Todd aceptó el plan de acción expuesto por su compañera.

—Pediré una camioneta —resolvió Todd—. Esta vez iremos mejor equipados, con suficiente bebida y alimentos para el resto de la jornada.

—Llevaré una grabadora de pila para los interrogatorios —añadió Asa—. Tengo un buen presentimiento.

Todd le dedicó una sonrisa discreta y procedió a hacer las llamadas necesarias para conseguir el vehículo adecuado. A su vez, le pidió a su secretaria que se encargara de tener todo preparado para cuando los salieran dentro de una hora. Al cabo de ese tiempo ya estaban recorriendo la carretera conforme a los planes de Asa.

—¿Suelen ser acertados sus presentimientos? —preguntó Todd mientras manejaba—. Acostumbraba a tenerlos cuando era un agente joven como usted.

—Suelen conducirme a alguna respuesta, incluso cuando al principio lo

dudo —aseguró Asa—. Supongo que todos los agentes tenemos esos presentimientos. Por eso nos dedicamos a esta profesión. ¿Acaso siente que ha perdido esa facultad?

—Ya no confío en mis presentimientos —indicó Todd—. Me volví más reflexivo con el tiempo, y eso ha jugado en contra del hombre de acción que solía ser. A veces extraño la adrenalina que seguramente usted siente en este momento, esa certeza de que solo basta con querer resolver un caso para lograrlo. Pues ya ve, me he dejado contaminar por la burocracia.

Todd se rio con una carcajada que contagió a su interlocutora, quien también se rio con su chiste.

—Yo aprecio la sensatez de su experiencia —reconoció Asa—. Me comporto temeraria frente a situaciones peligrosas. Agradezco tener alguien a mi lado que me recuerde que no soy invencible.

—Yo, en cambio, quisiera contagiarme de su atracción por el peligro —confesó Todd—. Así sabría lo que es sentirse joven y vital de nuevo.

—Habla como si fuera un anciano —reprobó Asa—. Estoy segura de que esa vitalidad sigue dentro de usted.

—Por favor, no nos sigamos tratando de usted —propuso Todd—. Supongo que vamos a trabajar juntos durante varios días.

—Estoy de acuerdo —aceptó Asa—. Me sentiré mucho más cómoda.

Las discusiones de la tarde anterior no habían hecho mella en la interacción entre ambos agentes. Por el contrario, hacerse consciente de las diferencias que tenían contribuyó a crear una dinámica de trabajo más honesta. Mientras Todd seguía conduciendo rumbo al bosque, Asa formuló más preguntas relacionadas con los lugareños y los aspectos socioculturales de la región. La agente quería aprovechar la experiencia de años de Todd a su favor.

—Hay muchas deficiencias en la parte judicial —reconoció Todd—. Las autoridades políticas no toman decisiones por el bien de la comunidad, sino que velan por los intereses de los rancheros más poderosos. Son ellos quienes deciden lo que mejor le conviene a Kalispell.

—Lo cual se traduce en lo que mejor les favorece a ellos —replicó Asa—. ¿Las personas no manifiestan su descontento ante esas irregularidades?

—Se quejan todo el tiempo —explicó Todd—. Las autoridades locales alegan que no reciben suficiente apoyo por parte del Gobierno. Sin embargo, los rancheros tienen el tipo de comodidades que el resto envidia. El desbalance social es tremendo. Aun así, son quienes les dan trabajo al resto.

—Es lamentable —se compadeció Asa—. Y los más desfavorecidos no

querrán perjudicar sus oportunidades de trabajo con quienes tienen el control. Así y todo, siempre hay alguien dispuesto a alzarse por encima del resto y acusar lo que está mal.

—Quienes lo hacen son tildados de comunistas —refirió Todd—. Los desestiman fácilmente y se ganan el rechazo universal. Aquí solo son aplaudidos los candidatos conservadores. Las ideas liberales son mal vistas. A los más pobres se les ha enseñado a tenerle miedo al cambio. En su ignorancia manifiestan ese rechazo por quienes podrían ayudarlos.

Los agentes siguieron discutiendo las particularidades políticas de la región y las coincidencias en otros estados similares, hasta que finalmente llegaron al punto de recuperación que visitaron el día anterior. No había rastro alguno de cordón policial, ni nada que advirtiera que aquello era una escena del crimen. La evidencia de tal descuido enfureció a Asa.

—Esto es inaceptable —acusó la agente—. Son unos irresponsables. En todo este tiempo pudieron pasar otras personas y contaminar la escena.

—No hay muchas autoridades locales en el área —argumentó Todd—. Ellos se desentendieron cuando nosotros nos hicimos cargo, ¿recuerdas? Dirán que fue culpa nuestra por no solicitar que se hiciera un perímetro después que nos fuimos.

—Solo debían cumplir con su trabajo y atender al sentido común —insistió Asa—. El caso nos pertenece, es cierto. Pero igual sigue siendo un problema que le afecta a Kalispell y a la seguridad de sus ciudadanos. Si dos agentes pueden desaparecer como si nada, ¿quién amparará al ciudadano común frente a los peligros que asolan la región?

—Primero tendrían que admitir la existencia de tales peligros —respondió Todd—. Las autoridades se sienten mejor pensando que somos los agentes del FBI quienes traemos esos problemas con nosotros.

Asa lanzó un suspiro de resignación. Todd le recordaba constantemente que cualquier batalla contra la ineficiencia y apatía de las autoridades locales estaba perdida de antemano. Sin embargo, ella no se dejaría vencer por pensamientos derrotistas. Aunque no contara con el apoyo de los oficiales de la región, seguiría adelante con los planes que trazó para aquella jornada.

—Guíame hasta los guardabosques —pidió Asa cuando se calmó—. Quizá ellos vieron algo la noche en que dejaron el vehículo.

El agente Gibson la condujo hasta el puesto de vigilancia central, donde los guardabosques regresaban luego de hacer los recorridos de rutina alrededor del parque. Todd le explicó que dos de ellos solían trabajar desde

la noche hasta las primeras horas de la mañana, ya que eran las horas cuando el bosque se encontraba más expuesto a actos vandálicos. El resto del día un guardabosque suplente cubría las horas de mayor actividad para las visitas de locales y turistas. Todavía era muy temprano, y con suerte llegaron a tiempo antes de que los guardabosques hicieran el relevo.

Todd les presentó a Asa, explicándoles que necesitaban hacerle varias preguntas respecto a la velada de hace dos noches. Los guardabosques lucían cansados y con ganas de irse a sus casas para descansar. Pese a ello, las identificaciones del FBI que les mostraron bastaron para evitar cualquier negativa.

—No les quitaré mucho tiempo —prometió Asa encendiendo la grabadora—. Simplemente quería saber si antes de que apareciera el vehículo notaron alguna actividad sospechosa.

—La verdad, nos sorprendimos mucho cuando descubrimos el automóvil —respondió uno de los guardabosques—. No fue hasta la penúltima ronda previa a la salida del sol que nos percatamos de que estaba allí.

El otro guardabosques intervino para explicarle que realizaban rondas en torno al parque cada tres horas. En las rondas anteriores no se percataron de si el vehículo ya estaba allí. El perímetro de vigilancia era muy grande y en las horas de completa oscuridad solo contaban con la asistencia de sus linternas.

—No han arreglado el sistema de iluminación —se excusó—. Lo descubrimos prácticamente gracias a las primeras luces de la mañana. Antes de eso no notamos ninguna irregularidad. Bien pudieron haberlo dejado cuando completábamos la ronda en un extremo opuesto. Como verán, es un lugar inmenso. Sería imposible escuchar lo que ocurre en cada sector.

—¿Cuentan con algún tipo de equipo en su trabajo? —preguntó Asa, aunque suponía las respuestas que le darían—. Me refiero a cámaras de vigilancia, sensores o algo similar.

—Nada de eso —se burló uno de los guardabosques mientras el otro se reía—. Solo contamos con una línea telefónica en comunicación directa con la estación de Policía y la de bomberos. No son las mejores condiciones posibles para un parque de esta magnitud.

—Comprendo —aceptó Asa—. Gracias por tomarse la molestia de responder. No quiero privarlos de su merecido descanso.

Asa salió del puesto de vigilancia con una expresión hastiada. La falta de información que condujera a alguna evidencia la hacía sentirse de manos atadas. Detestaba tener que depender de que apareciera deliberadamente otra

pista solo cuando así lo quisieran los verdaderos culpables. Todd se mantuvo en silencio detrás de ella, siguiendo sus pasos. La agente decidió regresar de nuevo al sitio donde abandonaron el coche. Al llegar estuvo de pie sobre el punto donde anteriormente fue emplazado el vehículo, contemplando la escena con una expresión meditabunda. Mientras tanto, Gibson se apoyó en un árbol, observándola desde la distancia.

—Debe haber algo más en este lugar —reflexionó Asa en voz alta, analizando el entorno—. Especialmente si no fue el trabajo de una sola persona.

—Ayer revisamos el lugar —le recordó Todd—. Si hemos pasado algo por alto, será difícil que lo encontremos ahora. En especial si la escena no fue clausurada con un perímetro.

La agente ignoró las opiniones de su compañero y caminó con la mirada fija en el suelo, sacando la cámara de su bolsillo. Sin ninguna razón aparente comenzó a tomar fotos en rincones aleatorios. A menudo se agachaba y pasaba la mano sobre la tierra, apreciando su textura. Seguidamente avanzaba otro trecho y repetía la acción. Todd la miraba confundido, sin saber si quedarse allí o asistirle en su dinámica incomprensible. Antes de que tomara una decisión fue alertado por el llamado que ella le hizo.

—¡Ven a ver esto! —solicitó Asa—. Curiosas huellas. ¿A qué te recuerdan?

Todd se acercó para visualizar las huellas que su compañera le estaba señalando. Para poder apreciarla mejor, se puso de cuclillas al lado de ella y tardó unos segundos en sacar sus propias conclusiones.

—Parecen cascos de caballo —concluyó Todd—. Están casi ocultas, así que no son de hoy.

—Por lo que vi, los guardabosques no andan a caballo en sus rondas —indicó Asa—. Y este camino no luce como el más ideal para cabalgar.

—No es la parte del parque donde usualmente cabalgarían —admitió Todd—. Sin embargo, tampoco es descabellado que algún jinete hubiera pasado por accidente o por mera curiosidad. No es suficiente evidencia para pensar que esas huellas se relacionan con quienes trajeron el vehículo.

—Eso no lo sabemos —acordó Asa—. Aun así tomaré muestras para analizarlas. No se pierde nada con intentarlo.

Aunque Todd desestimara como inútil sus acciones, Asa tomó muestras de las huellas y les tomó fotos detalladas desde distintos ángulos. Avanzó un poco más con la esperanza de determinar la dirección exacta que siguieron las

huellas, pero se topó con que el terreno comenzaba a bordear una pequeña laguna. Por lo tanto, la tierra era cada vez más húmeda y ninguna huella se afianzaba. Cuando finalmente sintió que estaba lista para dar por terminada su exhaustiva pesquisa, estiró su cuerpo y se detuvo a contemplar por un minuto la extensión del parque. Ante tamaña visión, se cuestionó: ¿cuántos secretos estarían ocultos entre los árboles y riachuelos? En efecto, los perpetradores del secuestro de los agentes fueron muy listos a la hora de dejar allí el vehículo. Con ello sembrarían la duda de si realmente no habría otras pistas ocultas, y así desviarían la atención del verdadero lugar donde seguro sucedió la desaparición real.

—Esos miserables son astutos —musitó Asa sin que Todd la escuchara—. Algún error tienen que haber cometido.

—¿Qué haremos a continuación, agente Clark? —preguntó Todd desde su posición—. ¿Quieres entrar más a fondo en el bosque?

—No creo que haga falta —respondió Asa—. Volvamos a la ciudad.

El camino de regreso fue mucho más tedioso y lleno de silencios. Ninguno de los dos agentes quiso dar pie a una conversación para compartir sus respectivas impresiones. No se sintieron con ánimos de debatir argumentos. Por un lado, Asa confiaba en que las huellas le permitirían conseguir una pista. En cambio, Todd consideraba sus sospechas una pérdida de tiempo, aunque no contasen con nada mejor. Cuando Asa se da cuenta de que está conduciendo rumbo a la oficina del FBI, le recuerda a Gibson con brusquedad que deben analizar e identificar las huellas de cascos inmediatamente. Por lo tanto, el agente corrige el curso enseguida, dando un giro en la siguiente calle para ir directo al laboratorio forense. Su cansancio comienza a transformarse en molestia, ya que resiente la forma en que la agente le da órdenes, como si fuera un subalterno.

Una vez en la morgue, Asa le pide que lleve las huellas al laboratorio, mostrándose apurada y ansiosa. Mientras tanto, regresa al garaje donde han guardado el vehículo de sus colegas para desmontar los pedales de freno y el acelerador, con el propósito de descubrir una posible impresión de bota o zapato. Si bien Todd Gibson está sorprendido por su ética de trabajo, reacciona negativamente cuando regresa del laboratorio y la encuentra en plena faena:

—Voy a decirlo ahora antes de que mi reacción sea peor —dijo Todd—. No me gusta la actitud mandona que asumes cuando las cosas no salen al ritmo que esperas. Debes relajarte un poco. Aquí las cosas van mucho más lentas

que en Quantico.

—Pues hace falta que alguien las acelere —repuso Asa bajándole los humos—. Las cosas van a cambiar. Si queremos triunfar en esta investigación, no podemos contagiarnos de la desidia del resto. De tu parte queda decidir si quieres trabajar a mi ritmo o sentarte a esperar que las pistas vengan solas, a conveniencia de los terroristas.

—Haz lo que consideres mejor —respondió Todd tras un largo silencio—. No parece que necesites mi ayuda para terminar tu tarea. Te esperaré afuera. Vuelve al auto cuando acabes.

Capítulo 8

Con la llegada del nuevo día, Asa despertó una vez más rodeada de papeles en torno a la cama. No recordaba en qué momento acabó derrotada por el sueño, aunque agradeció que su reloj biológico nunca le fallara. Apenas eran las 6:30 a. m., y supuso que el agente Gibson apenas estaría alistándose para llegar a su oficina dentro de una hora. El día anterior la dejó en el hotel cuando salieron de la morgue, y casi ni hablaron. Aparentemente habían creado una dinámica repetitiva, según la cual conciliaban sus diferencias para luego volver a enemistarse. Debido a ello, Asa no estaba segura de cuáles eran los pensamientos de Todd respecto a la investigación y si su apoyo se vería influenciado por su actual descontento hacia ella.

Por lo pronto, la agente Clark tomó una ducha fría para desperezarse y luego bajó a la cocina del hotel para reclamar el desayuno, que formaba parte de la tarifa diaria durante su estancia. Aquella mañana tuvo suerte porque la conexión a Internet funcionaba a la perfección. Así que aprovechó para conectarse a su *laptop* y mandarle a la subdirectora un reporte preliminar sobre sus avances desde que llegó a Kalispell. En vista de lo poco conseguido hasta el momento, el documento lucía considerablemente corto. No obstante, la agente nunca cometía la desfachatez de alargar sus informes con datos engañosos, así que lo envió tal como estaba. Era justo reconocer las limitaciones que afrontaba para que en la oficina central fueran conscientes de los problemas de la región y la falta de apoyo por parte de las autoridades locales. Con su reporte, Asa pretendía que Shepherd se hiciera una idea clara de lo rudo que era realizar la investigación en una ciudad tan agreste y poco hospitalaria.

Para sorpresa de la agente Clark, recibió una respuesta inmediata. Jennifer Shepherd le escribió preguntándole si estaba en condiciones de llamarla. Asa supuso que en su pregunta estaba implícito saber si el agente Gibson la acompañaba, para evitar que se entere de la conversación. Asa respondió que sí. La subdirectora no se hizo esperar y en menos de un minuto su móvil marcaba la llamada entrante de un número privado.

—Buenos días, agente Shepherd —saludó Asa—. Enhorabuena recibo su llamada. Hoy las conexiones están mejores que en otros días. Podemos hablar sin problemas. Estoy en el hotel.

—¡Perfecto! —respondió Jennifer—. Me alegra tener noticias tuyas. Luego leeré tu informe con mayor atención. Por lo pronto, prefiero escucharte.

—Han sido unos días difíciles —refirió Asa—. No tengo grandes

avances por notificarle.

La agente le expuso a Jennifer todas las particularidades de su estadía en Kalispell, desde su accidentada llegada en el coche rentado hasta los pormenores del vehículo recuperado. En lo referente a Todd, omitió sus desavenencias con el agente y las frustraciones que le expuso respecto a su posición allí. En cambio, destacó la solícita colaboración que le había prestado hasta el momento. A la subdirectora no pareció agradarle estas observaciones positivas, ya que hizo algunos comentarios mostrándose sorprendida.

—Tiene un carácter difícil —reconoció Asa—. A pesar de eso, no tengo quejas sobre su trabajo hasta el momento.

—Quizá la edad lo ha «domesticado» —comentó Jennifer cínicamente—. Aunque le conviene portarse bien si es consciente de que yo estoy supervisando el trabajo.

—El agente Gibson ha sido el menor de mis problemas, en realidad —recalcó Asa—. En el reporte enumeré la cantidad de obstáculos que han atrasado cualquier intento de avanzar.

En este punto, Asa expresa su frustración por la falta de rastros digitales, de cámaras y de teléfonos. Al mismo tiempo le señala la apatía de los distintos oficiales con los que se ha topado y la manera en que justifican su falta de profesionalismo, escudándose en la carencia de mejores recursos.

—Todo es más lento en este lugar —prosiguió Asa—. Ni siquiera hemos recuperado los cuerpos de los detectives. No quiero sentarme a esperar que aparezcan.

—Aprecio tu compromiso con la investigación —alabó Jennifer—. También agradezco tu honestidad. Otro agente en tu lugar fingiría que se encuentra a punto de resolver el caso. Con ello confirmo el buen tino a la hora de asignártelo. Respecto a la hostilidad de los oficiales, te sugiero que contrarrestes esas reacciones mezclándote con los lugareños. Olfatea el rastro entrando en contacto con el elemento humano de la ciudad. Haz conexiones y úsalas como recurso a tu favor.

—Gracias por el consejo —dijo Asa—. Trataré de conseguir otra visión sobre la ciudad y su gente antes de que me corresponda interrogar a los rancheros. Tengo entendido que son huesos mucho más duros de roer.

—Supongo que Gibson se ha encargado de infundirte miedo —adivinó Jennifer—. Conozco bien sus métodos para evitar que otros agentes tomen la delantera. No permitas que sus recomendaciones te hagan sentir insegura. Eso

es lo que pretende.

Shepherd insistió con saña en sus opiniones personales respecto a Todd, logrando que Asa se sintiera incómoda, sin saber qué responder. La agente consideraba que las objeciones manifestadas por Gibson a lo largo del trabajo fueron válidas con relación a su experiencia de años trabajando en aquel lugar. No creía que lo hiciera con la intención de sabotearla e infundirle miedo, sino porque él mismo se había acostumbrado a no contradecir las dificultades que acabaron por cansarlo. La agente Clark comprendía que demostrar empatía hacia su compañero solo crearía roces con su superior. Así que se limitó a fingir que estaba de acuerdo en todo lo que Jennifer le decía.

—Tendré cuidado —prometió Asa—. En cuanto tenga novedades se lo haré saber.

Antes de despedirse, la subdirectora volvió a recalcar la confianza que tenía en ella y sus conocimientos para resolver con éxito la doble investigación. A Asa le reconfortó escuchar eso para recuperar la seguridad en sí misma, luego de que la noche anterior se sintiera condenada a llegar hasta un callejón sin salida.

Capítulo 9

Siguiendo la recomendación de su jefa, Asa decidió camuflarse entre los lugareños para hacer vida social en los alrededores. Para ello se quitó su insignia del FBI y se puso una ropa deportiva sencilla. Antes de salir del hotel llamó a la oficina de Gibson para dejarle con su secretaria el recado de que había decidido tomarse libre aquel día para organizar mejor su estrategia. Asa supuso que Todd estaría complacido de escuchar ese mensaje, ya que así lo libraría del contacto con ella mientras se aligeraban las tensiones acumuladas. Al mismo tiempo, ella tendría la oportunidad de conocer por sí misma la ciudad, sin dejarse sugerir por opiniones negativas.

Con un propósito claro en su mente, Asa caminó por las aceras buscando algún lugar donde pudiera coincidir con grupos de personas. Descubrió varios restaurantes y tiendas de comida, pero se le antojaban espacios demasiado aburridos para socializar con otros. Cuando encontró un salón de billar, supo que aquel era el tipo de sitio que estaba buscando, ya que hallaría una amplia variedad de personas que no estuvieran ocupadas ni juzgarían raro su intento de hacer contacto. Sobre todo requería entablar conversaciones con hombres que representaran la fuerza de trabajo propia de los ranchos.

Cuando entró al salón de billar consiguió atrapar varias miradas. No había muchas mujeres en el lugar, en comparación con la cantidad de hombres. Y las que estaban allí iban acompañadas de sus novios. Una mujer guapa y soltera se convertía en una carnada atractiva. Asa era consciente de que, en otras circunstancias, la presencia de una mujer sola en un lugar así podría llegar a ser intimidante. Sin embargo, lo que esos hombres desconocían es que como agente del FBI ella se sabría defender ante cualquier acción inoportuna.

Asa se acercó a la barra y pidió una cerveza fría. El *barman* la observó consternado, pero le sirvió lo que pedía sin hacer ningún comentario. Con la cerveza en mano, Asa se paseó entre las mesas de billar, saludando con la cabeza a los hombres que encontraba a su paso. Las mujeres que vigilaban a sus novios mientras jugaban le lanzaban miradas despectivas y, hasta cierto punto, amenazantes.

—¿Por qué tan sola, preciosa? —se adelantó a preguntarle un hombre apostado en una pared que veía cómo el resto jugaba—. ¿Te equivocaste de lugar?

—Estoy donde quiero estar —respondió Asa—. Me sentía aburrida en casa y tenía ganas de jugar una partida.

—Se nota que eres nueva en la ciudad —se burló el hombre ante sus

intentos de hacerse pasar por lugareña—. De cualquier manera, ¡bienvenida!

Asa miró a su alrededor, percatándose de que los otros hombres, en medio de sus partidas, volteaban a verlos, atentos a la conversación que mantenían. Se le hizo evidente que tenía apariencia de «turista» para ellos. En ese sentido, tendría que ser mucho más perspicaz para disuadirlos a hablar sin que sospecharan de sus verdaderas intenciones.

—¿No te gusta jugar? —preguntó Asa desafiante—. Estoy buscando un contrincante digno.

—Solo andaba descansando —repuso el hombre—. Yo puedo ser ese contrincante.

—Necesitas un mejor rival que este idiota —intervino otro de los hombres—. ¿Realmente sabes jugar? No conozco a muchas mujeres que aguanten una partida completa.

—Siempre gano las partidas —aseguró Asa con autosuficiencia—. Quizá no has conocido a la mujer correcta.

Las palabras de Asa despertaron el entusiasmo entre los presentes, quienes se burlaron de los hombres que intentaban intimidarla. Gracias a ello comenzó a ganarse las simpatías del resto y le permitieron una mesa para que demostrara sus habilidades en el billar. La agente se desenvolvió con garbo, consiguiendo meter más de la mitad de las bolas en su primer turno. Tal desempeño fue aplaudido por quienes estaban atentos a sus movimientos. Cuando sus contrincantes fallaron en meter algunas de las bolas restantes, quedó claro quién llevaba la delantera.

—Apenas es el calentamiento —bromeó Asa—. Ya conseguirán alcanzarme.

Los jugadores no resistieron la provocación y se dispusieron a seguir jugando con ella, ansiosos por ganarle la partida. A su alrededor se congregaron otros para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Entre esos hubo quienes quisieron integrarse a la partida. Todos querían hallar la forma de jugar con Asa y, al mismo tiempo, sacarle conversación. Poco a poco, Asa estaba logrando lo que se proponía. Cuando le hacían preguntas de carácter privado, ella simplemente alegaba que estaba de visita por asuntos personales. A su vez, en medio de las partidas, ella formulaba preguntas casuales sobre la ciudad y trataba de indagar acerca de los problemas de seguridad que enfrentaban. Quienes estaban allí, jugando, eran empleados de algunos ranchos que recibían una paga semanal por su trabajo.

—Últimamente tenemos que tener más cuidado que antes —reveló uno de

los jugadores—. Han ocurrido sucesos extraños en los ranchos. Cualquier pérdida causada por un descuido la tenemos que pagar con nuestro sueldo.

—¿Cuáles son esos sucesos extraños? —preguntó Asa—. ¿Se han sentido en peligro?

—A veces hay riñas internas entre los dueños de ranchos —argumentó uno de ellos—. Tratamos de mantenernos al margen de esos asuntos. Cuando se daña una cosecha o se pierden animales, corremos el riesgo de ser acusados como sabotadores sindicalistas. Nuestra principal preocupación es concentrarnos exclusivamente en el trabajo y no hacer preguntas incómodas.

—No queremos cansarla con los detalles aburridos de nuestro trabajo —sentenció otro—. Lo importante es que estamos aquí divirtiéndonos.

Asa asintió, dedicándoles una sonrisa de fingido desenfado mientras tomaba su turno de jugar. Por las reacciones de aquellos hombres, entendió que si seguía haciendo demasiadas preguntas no tardarían en sentirse bajo sospecha de algo. Cualquier insistencia de su parte crearía desconfianza inmediata. En cambio, debía reforzar su estrategia de parecer despreocupada y confiar en seguir descubriendo verdades casi de manera accidental. Cuando se le acabó la cerveza se excusó diciendo que compraría otra. Los hombres ofrecieron invitársela, pero ella insistió en ir sola porque quería ir primero al baño. Lo cierto era que necesitaba despejar sus ideas para pensar en nuevas alternativas de comunicarse con los lugareños, y así extraerles información sin que se dieran cuenta.

Asa entró al baño de mujeres, cuyo aspecto dejaba mucho que desear. Allí se lavó la cara y revisó su teléfono móvil. Por un momento tuvo la impresión de que hallaría algún mensaje del agente Gibson. Sin embargo, no había registro de ello en las últimas horas. En parte le intrigó imaginar cómo estaría empleando su tiempo ahora que ella no estaba a su lado para fastidiarlo con su supervisión. También se preguntaba si no estaría enterado de dónde estaba en ese momento. Todd llevaba mucho tiempo viviendo en aquel lugar y cabía la posibilidad de que tuviera sus propios informantes.

Asa salió del baño, distraída con sus pensamientos, y se dirigió hacia la barra. Pidió otra cerveza helada, aunque en esta ocasión el *barman* le dijo que no haría falta pagarla. Supo entonces que los hombres con los que jugaba se encargarían de asumir los gastos de cualquier cosa que ella quisiera pedir. La agente agradeció la información, dispuesta a regresar hacia las mesas, cuando de pronto se tropezó con un hombre que caminaba en la dirección contraria a ella. Debido a ese choque, la cerveza se le zafó de las manos y cayó

directamente al piso.

—Lo siento mucho, señorita —se disculpó el hombre—. Venga conmigo y le compro otra cerveza.

Este era un hombre distinto a los otros con quienes jugó hasta el momento. Además de que no lo había visto antes desde que llegó, le pareció considerablemente atractivo. El magnetismo de su presencia hizo que lo siguiera de vuelta a la barra, tal como él se lo pidió. Era un hombre joven, alto y robusto, aunque con movimientos torpes que lo hacían lucir mucho más encantador. Mientras pedía la nueva cerveza, la miraba con una sonrisa nerviosa, mostrándose apenado por el encontronazo.

—No tenía por qué molestarse —dijo Asa cuando le dio una nueva botella—. Por fortuna cayó en el suelo y no se derramó en mi camisa.

—Ahí sí estaría en mayores aprietos —respondió el hombre—. Porque no tendría una de repuesto para compensarlo. Aunque no me habría importado darle la mía si hiciera falta.

El comentario fue ligeramente provocador, y pareció darse cuenta de ello porque enseguida bajó la cabeza, avergonzado. Asa sintió el tipo de atracción instantánea que hacía mucho tiempo no experimentaba con ningún hombre. Debido a ello la lengua se le trabó, a pesar de que quería continuar con la conversación. Ante su silencio, el hombre se excusó diciendo que solo estaba de paso y se despidió cordialmente.

—Disfrute su cerveza, señorita. Tenga un buen día.

La agente se arrepintió de no alargar la conversación, ya que parecía un hombre simpático y respetuoso, con el que quizá hubiera podido conseguir mejor información que con el resto. En el fondo, lo que más lamentaba era haberle dado la impresión de que no quería seguir hablando con él. Ni siquiera tuvo tiempo de saber su nombre. Cuando regresó a las mesas de billar los contrincantes la recibieron con alegría, asegurando que la estaban esperando para continuar con las partidas.

—Vimos que te topaste con el torpe Kimble —expresó uno de los jugadores—. ¿Acaso te estaba molestando?

—¿Has dicho Kimble? —preguntó Asa recordando los expedientes del caso—. ¿Del rancho de Joe Kimble?

—Sí, ese era Gabriel —respondió extrañado por la reacción de Asa—. Es hijo del viejo Joe, aunque no se parezca mucho a su padre. ¿Conoces a su familia?

—No, solo he escuchado sobre ellos —se excusó Asa—. Ha sido un

placer jugar con ustedes, muchachos. Pero ya me tengo que ir.

—Por favor, quédate con nosotros —se lamentaron—. No nos dejes aburrirnos solos en esta pocilga.

—Prometo que volveré otro día —se despidió Asa—. Continúen sin mí y eviten hacerse trampas.

Asa abandonó el lugar en medio de risas y los apretones de mano que algunos se atrevieron a darle para despedirse. El contacto con Gabriel Kimble despertó en ella la curiosidad de indagar más sobre la familia que aparecía como contacto de interés en el caso que estaban investigando Charlotte y Paul. Por ello se sintió ansiosa por regresar al hotel. Y mientras caminaba, cruzaba los dedos esperando que la conexión a Internet siguiera en óptimas condiciones.

Capítulo 10

Al llegar al hotel la agente Clark se dispuso a cumplir su propósito de indagar sobre la familia Kimble en su computadora. Ya tenía a la mano los informes preliminares que le proporcionó Jennifer antes de partir, y en los cuales se mencionaban algunos datos de interés sobre el rancho de los Kimble y su posición privilegiada respecto a los intereses de la investigación. El rancho de Joe Kimble y su familia era la primera parada obligatoria que los agentes desaparecidos pretendían hacer antes de llegar propiamente a Kalispell. En vista de que las autoridades locales afirmaban que Charlotte y Paul no llegaron a su destino tras haber interrogado a los Kimble, se sospechaba que el incidente sucedió antes en la carretera. Debido a eso, hasta el momento Asa no se había ocupado de los Kimble, aunque era consciente de que eventualmente debía entrevistarse con ellos.

Justo cuando Asa estaba plenamente concentrada en la relectura de los informes, una llamada entrante en su móvil la interrumpió. Reconoció el número del despacho de Todd y atendió de inmediato:

—Buenas tardes, agente Gibson —saludó Asa—. ¿Recibiste mi recado?

—Sí, por supuesto —aseguró Todd—. No te habría molestado si no se tratara de un asunto de tu completo interés. Me enviaron los resultados de los análisis de la herradura. Según el diseño de la huella de los cascos, esta se corresponde con un único fabricante.

—Excelentes noticias —celebró Asa—. Al fin una pista sin ambigüedades. Podemos interrogar a ese fabricante enseguida.

—Vive en Polson, Montana —refirió Todd—. Cerca de la reserva india de Flathead. Te enviaré a su correo los detalles. Ya hoy me comprometí con otros asuntos, en vista de que acordamos tener el día libre. Si lo prefieres, podemos visitar el lugar a primera hora.

—Preferiría hacerlo hoy —declaró Asa—. Pero no canceles tus planes. Yo puedo encargarme sola esta vez. Pediré un taxi.

—De acuerdo —aceptó Todd con un tono neutral—. Si ocurre alguna emergencia, no dudes en llamarme y te alcanzaré dondequiera que te encuentres.

—Gracias por tu preocupación —dijo Asa—. Espero que no haga falta.

Antes de despedirse, Todd le dio varias indicaciones sobre cuáles eran los mejores caminos para llegar a Polson. También le sugirió que regateara el precio del taxi que tomara a su regreso, ya que siempre querían aprovecharse de los visitantes. Esta vez Asa tuvo la impresión de que el agente se sentía más

calmado, ya que no se puso a la defensiva ni tampoco le molestó que ella quisiera ir hasta Polson por su cuenta. A pesar de las constantes observaciones insidiosas de Shepherd para desprestigiar a Gibson, Asa se estaba formando una visión mucho más positiva de él.

Tras colgar la llamada, hizo otra enseguida a la recepción del hotel para que pidieran un taxi en su nombre. Este llegó en quince minutos y Asa le dictó al conductor las indicaciones que Todd le envió. El sujeto que la llevó parecía reservado y poco hablador al principio, lo cual a Asa le complació. Pero cuando supo que debían pasar cerca de la reserva indígena hizo algunos comentarios despectivos con tono racista que incomodaron a Asa, alegando que detestaba ese lugar y a su gente.

—Legítimamente, ellos tienen más derechos sobre estas tierras que nosotros —defendió Asa—. Son herederos de quienes estuvieron aquí mucho antes de que viniera la colonización.

El taxista se encogió de hombros y optó por no responderle. Seguro quería evitar discutir con una cliente, aunque siguiera conservando su punto de vista intolerante. Esta interacción le hizo recordar los estudios sociológicos que leyó sobre la ciudad. No solo el racismo y la misoginia estaban naturalizados, sino que además existía un desprecio general en contra de los indígenas, como si fueran unos intrusos que merecían ser expulsados. A la agente le entristecía reconocer este tipo de pensamientos, ya que era consciente de sus raíces indígenas por parte de su lado materno. De cierta manera, cuando alguien intentaba burlarse de ellos o insultarlos, era como si la ofendieran a ella misma o a su madre. El resto del recorrido el taxista evitó hablarle. Para Asa no existía mejor recompensa que el silencio cuando alguien no tenía nada valioso que decir.

—Llegamos, señorita —anunció el taxista una hora más tarde—. Este es el punto de unión entre la entrada de la ciudad y el lago Flathead que se conecta con la reserva.

Asa le pagó al taxista y le agradeció secamente su servicio. Cuando se bajó del vehículo el conductor dio un viraje rápido y aceleró con fuerza para alejarse cuanto antes. Realmente odiaba estar cerca de la reserva, tal como lo había dado a entender cuando supo hacia dónde se dirigían.

Polson tenía un aspecto mucho más rural que Kalispell, lo cual ya era decir bastante, pero al mismo tiempo el paisaje era hermoso. Los lagos bañaban la región y una franja montañosa circundaba el lugar, creando una sensación de paz frente a la inmensidad. Tras una larga contemplación del

paisaje, Asa finalmente se sintió animada a entrar al pueblo para ubicar la dirección del herrero. Según las indicaciones, solo tendría que caminar un par de cuadras hasta dar con la pequeña fábrica. La agente caminó sin apuro, apreciando la arquitectura pintoresca de las tiendas que encontraba. A su paso se topó con muchos indígenas, quienes iban solos o en grupos familiares. Todos eran considerablemente amables, ya que la saludaban inclinando la cabeza y algunos incluso llegaron a sonreírle. Un par de veces necesitó indicaciones para asegurarse de que iba en la dirección correcta y recibió respuestas detalladas por parte de sus interlocutores.

La cercanía con el lago le aportaba una frescura especial al ambiente que mitigaba un poco el calor. Gracias a ello Asa caminaba sin apuro por llegar a su destino. Sin la compañía de Gibson en esta ocasión se sentía menos obligada a parecer rígida y autoritaria. A solas era mucho más flexible respecto a las distracciones, siendo consciente de que la oportunidad de visitar lugares hermosos no siempre era una constante para los agentes del FBI, sobre todo tratándose de su primera misión de campo. El paseo terminó siendo más corto de lo que quiso porque no tardó en encontrar la herrería. Adentro había un par de hombres sudorosos concentrados en su faena. Asa los interrumpe para preguntarles por su jefe. Ellos la observan con curiosidad, con el tipo de mirada que dedican los hombres incapaces de disimular su deseo ante una mujer atractiva. La expresión seria de la agente los obliga a bajar la mirada, avergonzados, y darle las indicaciones que pedía.

Asa encontró al fabricante de herraduras en un pequeño cuarto dentro de la fábrica de un solo piso. Era un hombre fornido de cabello canoso, rodeado de todo tipo de herramientas, que trabajaba diligentemente. Un perro correteaba a su alrededor tratando de llamar inútilmente su atención, ya que el herrero apenas pestañeaba mientras medía unas varas de hierro y las comparaba. La agente se acercó con cautela, esperando el momento oportuno para hablarle, confiando en que note su presencia de un momento a otro. La sombra que la agente proyecta tiene mucho más éxito que los intentos del perro por distraer a su amo, consiguiendo que el herrero alce la mirada para descubrir quién lo vigila.

—¡Buenas tardes, señorita! —saludó el herrero con amabilidad—. ¿Qué la trae por acá? Estoy aquí para servirle.

Al hablarle, el herrero puso las varas sobre la mesa y se quitó las gafas que llevaba. El perro se lanzó sobre Asa para olfatearla y el hombre reaccionó de inmediato para detenerlo antes de que la lamiera. La agente sonrió,

inclinándose ligeramente para acariciar al perro, mientras su dueño lo sostenía. Cuando el perro se tranquilizó, Asa finalmente se presentó para explicar quién era y por qué estaba allí.

—Necesito que me diga todo lo relativo a esta herradura —explicó Asa mostrándole la foto que Todd le envió—. Ya determinamos que fue creada en esta fábrica.

—En efecto, yo fui el fabricante —confirmó el herrero—. Como buen artífice, reconozco mi obra en donde sea, incluso si solo se trata de una huella. ¿Qué tiene de especial esa herradura?

—Fue hallada en una escena del crimen —explicó Asa—. Lo que realmente intento averiguar es quién es el dueño del caballo que porta esta herradura concreta.

—Pide demasiado, señorita —respondió el herrero tras una larga meditación—. No puedo decirle con seguridad a quién pertenece porque he calzado muchos caballos que portan herraduras con esa misma marca. Son muchos los clientes de Kalispell y sus alrededores a quienes tengo el honor de servirles.

—¿Y es fiel a los secretos de sus clientes? —interrogó Asa con firmeza—. Tenga en cuenta que se trata de un asunto delicado. Cualquier forma de encubrimiento se traduce en complicidad.

—Lo comprendo perfectamente —manifestó el herrero con una actitud serena—. Por eso mismo no haría acusaciones a la ligera, sabiendo que podría perjudicar a varios inocentes cuando solo uno es el culpable.

—Está siendo sensato —aceptó Asa—. Aun así, le pido que piense atentamente si existe la posibilidad de que esa herradura se corresponda exactamente con el caballo de un cliente específico. Ese hipotético jinete todavía no es sospechoso de nada. Simplemente debo localizarlo para hacerle unas cuantas preguntas.

—No hay nada en la huella que acuse a alguien específico —repitió el herrero tras contemplar con mayor detenimiento la foto—. Si le sirve de ayuda, le podría hacer llegar una lista de los clientes de Kalispell que han comprado ese tipo de herradura.

—Lo agradecería enormemente —respondió Asa—. Cualquier mínimo detalle que pueda proporcionarme sobre esos clientes será de ayuda para la investigación. Me temo que hallar los cuerpos de dos compañeros desaparecidos dependerá de ello.

El herrero le prometió que le mandaría toda la información que

necesitaba en el transcurso de la semana. Asa le proporcionó los datos del hotel en el cual se hospedaba para que le enviase la lista de clientes vía postal. El herrero tomó debida nota de la información y con una sonrisa bonachona volvió a prometerle que le prestaría su total colaboración, no sin reiterarle que la lista era mucho más larga de lo que ella probablemente creía.

Cuando la agente salió de la herrería se mostró abatida y con ganas de irse de Polson cuanto antes para afrontar la derrota de haber hecho aquel viaje sin conseguir ninguna pista. Pero antes de partir, Asa estuvo convencida de que lograría dar con el jinete correcto y su caballo, del mismo modo en que una huella dactilar se corresponde con un único sospechoso. Ahora era consciente de que la información de la herradura arrojaría múltiples candidatos. Se trataba de un camino que solo le haría perder tiempo, ya que ni siquiera era capaz de asegurar que dicha huella representara una evidencia pertinente para el caso.

Abrumada por el aura de pesimismo que la invadía, Asa caminó distraídamente entre las tiendas adyacentes a la herrería. Se sentía ligeramente angustiada porque no auguraba salidas inmediatas para resolver el caso en los próximos días. Eso significaba que su estadía en Kalispell podría prolongarse durante un mes o incluso más tiempo. También cabía la posibilidad de que si no conseguía pronto alguna evidencia que demostrara su capacidad de asumir una investigación como aquella, entonces le asignarían el caso a otro agente con mayor experiencia. Si defraudaba a Shepherd perdería la oportunidad de avanzar en su carrera como agente y nuevamente quedaría relegada al trabajo de oficina que tanto la aburría.

En algún punto de su caminata se detuvo en una tienda de piensos porque vio caballos apostados afuera. Desde niña siempre tuvo una fascinación particular por ellos. Ahora de adulta le recordaban a las lecciones que le impartió su padre para que aprendiera a montarlos, e incluso domarlos. Asa miró a su alrededor y vio que sus dueños no estaban presentes, por lo cual supuso que estaban dentro de la tienda comprando provisiones. La agente se acercó a uno de los caballos y acarició su cabeza con delicadeza. Este se mantuvo tranquilo ante su tacto. Por un momento tuvo deseos de volver a ser esa muchacha adolescente que pasaba horas enteras cabalgando alrededor de la casa paterna. Hacía años que no montaba un caballo ni experimentaba esa clase de libertad.

—¿Le gustan los caballos? —preguntó un hombre a sus espaldas—. Ese es el caballo de mi hermano. Es el más tranquilo de todos, pero también el

más veloz.

Asa correspondió al hombre con una sonrisa tímida. A primera vista le pareció familiar su rostro, como si se pareciera a alguien que conocía. Era un hombre barbudo de expresión adusta, con arrugas pronunciadas en la frente y comienzos de calvicie en plena madurez. La respuesta a su duda llegó enseguida, cuando se dio cuenta de que de la tienda de piensos salían otros dos hombres y uno de ellos era Gabriel Kimble. La agente comprendió que ese era el hermano al cual se refería su interlocutor y el parentesco que los unía era la razón por la cual le recordó a alguien. Ambos se parecían, aunque Gabriel era una versión joven y lampiña, comparado con su hermano cuarentón. Cuando Gabriel y su acompañante se unieron a ellos, la mirada se le alumbró al reconocerla:

—¡La chica del billar! —la saludó Gabriel—. No pensé que te volvería a encontrar tan pronto.

—¿Se conocen? —preguntó el hermano, intrigado—. Justo comenzábamos a charlar. Parece que le gusta tu caballo. No seas maleducado y preséntanos.

—Soy Asa Clark —se adelantó la agente—. Me temo que su hermano no habría podido decirle mi nombre.

—No tuvimos tiempo de eso, es cierto —confesó Gabriel—. Pero ya mismo corregiré ese error.

Gabriel procedió a presentarse, al mismo tiempo que le introducía formalmente a su hermano David y al otro hombre que los acompañaba, al cual identificó como su vecino Ezekiel Warren. Este último era también un hombre maduro y de rasgos toscos. En contraste con los otros dos hombres, era gordinflón y no muy agraciado. Apenas se limitó a inclinar ligeramente la cabeza para saludarla.

—Oficialmente, ahora sí nos conocemos —señaló Asa—. Tu hermano me encontró admirando a este hermoso caballo. Ya sé que es tuyo.

—Así es —confirmó Gabriel—. No es el único que tengo, pero este es mi consentido.

La química entre ambos era evidente y, hasta cierto punto, incómoda para los otros hombres. Tanto David como Ezekiel se apartaron para discutir sobre las compras que habían hecho y así dejar que ellos siguieran hablando solos. Cuando se dio cuenta de esto, Asa sintió que se ruborizaba. Para disimularlo fingió que se atoraba, tosiendo con fuerza. Gabriel reaccionó preocupado, poniendo una mano sobre su hombro para preguntarle si estaba bien. Esta

cercanía causó que Asa se sintiera más apenada, y rápidamente hizo como si ya se estuviera recuperando del falso ahogo.

—Nada grave —se excusó Asa—. Llevo mucho tiempo sin respirar el aire del campo.

—Ya me parecía que eras una chica de ciudad —observó Gabriel—. ¿Qué te ha obligado a venir hasta Montana?

—Asuntos de trabajo —explicó Asa vagamente—. Me temo que estaré aquí unas cuantas semanas.

—Me parecen buenas noticias, aunque quizá opines lo contrario —bromeó Gabriel—. No se ven muchas mujeres guapas como tú por esta zona.

—Lo dudo —replicó Asa pasándose la mano por el cabello, siendo este un gesto que solía hacer cuando se sentía nerviosa—. He visto otras mujeres atractivas. Pero agradezco el cumplido.

—Tú te ves distinta —insistió Gabriel—. Espero que no te moleste que sea tan informal y directo al hablarte. No me gustan los protocolos. Pero si te molesta, no dudes en decírmelo.

—En absoluto —respondió Asa, consciente de que entablar contacto con un Kimble beneficiaría el desarrollo de su investigación—. Como bien supondrás, no conozco a mucha gente por acá. Un nuevo amigo siempre es bienvenido.

—Pienso igual —correspondió Gabriel con una sonrisa deslumbrante—. Veo que andas sola, ¿o me equívoco?

—Sí, así es —dijo Asa—. Pero dentro de unos minutos vendrá un taxi para llevarme a Kalispell.

Asa mintió, infiriendo que Gabriel propondría que lo acompañara a él y su grupo. Aunque le agradaba el contacto que estaba teniendo, no quería que se transformara en una situación inconveniente. Pese a ello, el joven ranchero no parecía dispuesto a dejarla ir tan fácilmente sin manifestarle sus intenciones.

—Comprendo —aceptó Gabriel—. ¿Me aceptarías una invitación a cenar esta noche? Yo me encargaría de todo lo relativo a tu transporte, no te preocupes.

La invitación de Gabriel la confrontó con un dilema interno. Ella quiso rechazar su invitación al principio, pero luego recordó que le habían dado instrucciones de que se mezcle con los lugareños. Por su parte, y aunque intentase negárselo a sí misma, le agradaba la idea de cenar con alguien que le atraía. Aun cuando ese no fuera el tipo de contacto que debía promover durante el ejercicio de su trabajo, había algo en Gabriel que le resultaba

seductor. De cualquier manera, los intereses de su investigación no contradecían ese tímido deseo que experimentaba, por lo cual contaba con una excusa válida para justificar su decisión.

—De acuerdo —aceptó Asa finalmente—. Pero tiene que ser en un restaurante local de Kalispell. No debo alejarme mucho del hotel.

—Perfecto —celebró Gabriel—. Te pasaré a buscar a las 8:00 p. m.

Gabriel se despidió de Asa entre sonrisas y cumplidos. La agente correspondió sus gestos con una actitud afable, aunque sin el entusiasmo que él demostraba. El joven Kimble se unió a su hermano y su vecino, mientras, Asa caminó en dirección contraria con la intención de perderlos de vista. Tuvo la impresión de que la mirada de Gabriel estaba puesta sobre ella, pero evitó voltearse para comprobarlo. En cambio, siguió su camino actuando con naturalidad y sin apurar sus pasos. Lo menos que quería era dar la impresión de que estaba huyendo. Cuando finalmente creyó haber caminado lo suficiente como para quedar fuera del alcance de su campo de visión, decidió pedir el taxi que la regresaría al hotel. En cuestión de horas empezaría su cita con Gabriel Kimble, y para ello debía alistarse.

Capítulo 11

Más tarde esa misma noche, Asa esperaba a Gabriel en Kalispell. El camino de regreso desde Polson hasta el hotel transcurrió con mayor tranquilidad. Por lo tanto, llegó con tiempo suficiente para descansar un rato y luego prepararse para cenar con quien era el Kimble más joven de la familia, según lo establecido por los registros que tenía a su alcance. También durante esas horas de preparación llamó a Todd para darle las escasas novedades en torno a su interrogatorio con el herrero. El agente lamentó que no hubiera identificado al propietario de la herradura, aunque no parecía particularmente sorprendido. Quizá suponía de antemano que el herrero sería incapaz de identificar a uno de sus clientes. Aun así prefirió que la agente comprobara por sí misma lo que le parecía evidente.

La conversación con el agente Gibson fue, por fortuna, breve para ambos. Asa no hizo mención alguna de su conexión con Gabriel, ni mucho menos de la cita que tendrían en un par de horas. Eventualmente se enteraría, pero esa no era la noche apropiada para hacerle tal revelación. La agente temía que Todd viera con desagrado ese encuentro y le expresara juicios incómodos respecto a su decisión. Si además le informaba que lo hacía como una manera de cumplir las órdenes de su jefa, de entablar contacto con los lugareños, entonces pondría mayores objeciones. Asa consideró que en los días sucesivos tendría tiempo de sobra para lidiar con cualquier posible opinión de su compañero, sobre todo en lo referente al caso.

A las 7:30 p. m. ya estaba completamente vestida y maquillada para la ocasión. Se mira al espejo por enésima vez, constatando que el único vestido que empacó había sido un acierto porque le ayudaba a resaltar su figura esbelta. En cuanto al maquillaje, la agente procuró delinear ligeramente sus cejas, empolvase un poco y usar un labial claro. Con ello pretendía lucir atractiva, sin por esto parecer que se estaba esforzando excesivamente en llamar la atención. Mientras los minutos pasan, Asa comienza a sentirse algo ansiosa. Al percatarse de esta sensación se molestó consigo misma, ya que no le pareció adecuado emocionarse ante la perspectiva de tener una cita con un extraño. Aunque estaba convencida de que lo hacía como parte de su trabajo, una fracción de ella se sentía culpable, sin que pudiera explicarlo racionalmente. Gabriel le atraía como hombre, a primera vista, y le costaba admitir que acariciaba la idea de estar a solas con él.

Asa evitó la tentación de indagar a fondo sobre Gabriel a través de Internet. Quería mantener una visión fresca y libre de prejuicios, para así

actuar con mayor naturalidad. Aunque fuera una agente del FBI con intereses concretos para estar allí, el joven no sería consciente de esa información hasta que ella no lo revelara. Así que su objetivo era aprovechar la simpatía natural que él le había manifestado hasta el momento para conseguir información valiosa en torno a los problemas de la región. Con ello pretendía indagar si existía verdaderamente un grupo terrorista creando problemas en la zona y si los Kimble eran conscientes de los peligros que eso representaba. Y si fallaba en la búsqueda de obtener información relevante, al menos le quedaría la satisfacción de pasar una velada agradable junto con un hombre guapo. Después de tres días, durante los cuales apenas consiguió apartar su mente del caso, la cita representaba una distracción necesaria.

La alarma del teléfono sonó a las 8:00 p. m. para recordarle que pasarían a buscarla de un momento a otro. Desafortunadamente, la ventana de su habitación le ofrecía una visión del lado opuesto a la entrada principal del hotel. Debido a esto le sería imposible espiar la llegada de Gabriel. Asa contempló la idea de esperarlo en la recepción del hotel para interceptarlo a la salida, justo cuando lo viera llegar. Sin embargo, a ella le pareció mejor quedarse en su habitación y esperar la llamada de recepción anunciándole que alguien la buscaba. Cinco minutos más tarde sonó el teléfono y escuchó el mensaje que estaba esperando. Asa se tomó su tiempo antes de salir, contemplando su imagen en el espejo una vez más.

Reconoce a Gabriel caminando de un lado a otro, en la recepción, con una expresión distraída. La agente se tomó unos segundos para observarlo antes de acercarse a saludarlo. Llevaba una ropa de vaquero normal, aunque las prendas de esta ocasión lucían mejor planchadas. La camisa era de un color azul reluciente, denunciando que era prácticamente nueva. Resultaba halagador para ella comprobar que un hombre adaptado a costumbres rústicas se hubiera tomado la molestia de acicalarse y parecer presentable para una cita.

—Eres puntual —alabó Asa a sus espaldas tomándolo por sorpresa—. Y también luces muy bien.

—Tú mucho más —respondió Gabriel extendiéndole un brazo para que lo tomara—. Nuestro transporte espera afuera.

Los hombres en esas zonas rurales acostumbraban a tener modales caballerosos que resultaban graciosos y anticuados para alguien como la agente Clark. Tras un segundo de vacilación, Asa finalmente se deja absorber por el aura encantadora de Gabriel y trata de no reírse. Así que lo toma del

brazo tal como le pidió y se deja conducir hasta la salida. Una vez afuera mira de un lado a otro esperando hallar un automóvil. Gabriel la suelta por un momento para ir hasta un poste, donde se encuentra atado el caballo que en Polson llamó su atención. Solo entonces Asa comprende que ese es el transporte al cual su acompañante se refería. Al ver su expresión confundida, Gabriel se ríe de ella mientras arrastra al caballo por la acera del hotel. La agente acaba por contagiarse del mismo ánimo para corresponder su acción con una carcajada.

—Pensé que te gustaban los caballos —indicó Gabriel—. Pero si quieres llamo un taxi para que te deje en el restaurante mientras yo llego con Augusto.

—¿Augusto? —repitió Asa—. ¿Con que así se llama este hermoso caballo? Por supuesto que me gustan. Solo que no tengo la ropa apropiada para cabalgarlo. Tendré que regresar al hotel y cambiarme.

—Tienes razón —dijo Gabriel frunciendo el ceño—. Ha sido una mala idea de mi parte. Debí haber avisado antes de llegar.

—Al contrario, es una estupenda idea —replicó Asa—. Ahora que lo pienso, la mala idea fue la mía por ponerme un vestido así. No combina con el ambiente de esta ciudad. No tardaré en cambiarme, lo prometo.

—Aquí te espero —aceptó Gabriel—. Pero no digas que fue una mala idea el vestido. Lo extrañaré el resto de la noche.

Asa se ruborizó ante este comentario y le dio la espalda a Gabriel para que no se diera cuenta, amparada por la excusa de regresar al hotel. No pasaron ni cinco minutos para que la agente se reuniera nuevamente con Gabriel y su caballo, esta vez vestida con unos *jeans* y una camisa.

—Ya no te haré perder más tiempo —dijo Asa—. Ahora sí estoy preparada para montar a Augusto.

—¿Has cabalgado antes? —preguntó Gabriel con un ligero dejo de cinismo—. Te prometo que estás al servicio de un excelente jinete.

En lugar de responderle, Asa toma la iniciativa de adelantarse y montar el caballo sin solicitar su ayuda. Los movimientos de la agente fueron ejecutados con rapidez y gracia, dejando boquiabierto a Gabriel.

—¿Te importaría si yo llevo las riendas? —preguntó Asa—. Extrañaba montar.

—No hay problema —aceptó Gabriel—. Me encomiendo a tu talento, el cual veo que es natural en tu caso.

—Tú serás mi guía —acordó Asa—. Iré despacio.

Gabriel se subió a la grupa del caballo, sentándose detrás de Asa.

Cuando la agente sintió el contacto de su cuerpo detrás de ella y escuchó su voz indicándole la dirección que debían seguir, sintió que su piel se erizaba. Era una ventaja que, siendo de noche y estando en esa posición, él no pudiera notar su reacción ante ese contacto.

El restaurante elegido por Gabriel era similar a aquel donde Todd la llevó a cenar, y Asa supuso que era la competencia. Pensar en ello le causó gracia, considerando que las circunstancias de esta cita eran ahora completamente distintas a las de su cena con el agente Gibson. Cuando eligieron una mesa cerca de las ventanas, para no perder de vista al caballo amarrado a un poste, Gabriel le explicó que en dicho restaurante su familia poseía acciones. El dueño del establecimiento, un primo lejano, heredó el negocio por parte de la familia de su madre. También le aclaró que esa parte de la familia no eran rancheros, que vivían en la ciudad y eran comerciantes. Si los Kimble poseían una parte del negocio era porque saldaron una deuda que tenía el establecimiento con algunos prestamistas. A cambio del favor su primo aceptó concederles un porcentaje como inversionistas legítimos.

—Así que puedes ordenar lo que quieras. La casa invita.

—Creo que me gustaría probar la carne en vara —dijo Asa leyendo el menú—. Y para beber, una piña colada.

Gabriel llamó a un mesero para que tome su orden. Todos en el lugar parecían conscientes de con quién estaban tratando, así que se mostraron solícitos para atenderlos en todo lo que hiciera falta. A Asa le pareció interesante la forma en que se manifestaba el poder en esa zona. De donde venía los hombres poderosos se complacían en mostrar signos de ostentación para remarcar su valor. En cambio allí, un hombre de apariencia sencilla como Gabriel inspiraba respeto debido a lo que su apellido representaba. Los ranchos constituían la fuerza económica e incluso política de la región. En ese sentido, los rancheros no necesitaban lucir relojes lujosos o prendas costosas para que les dieran un excelente servicio dondequiera que entraran.

—Me gustan las mujeres reflexivas —dijo Gabriel al notar su silencio mientras ella miraba todo a su alrededor—. Aunque eso me ponga en desventaja.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué te impide llevar la delantera ante una mujer reflexiva?

—La inteligencia. Es evidente para mí que eres una mujer culta y con estudios. En cambio yo... Creo que no hace falta explicar la desventaja. No soy analfabeto, pero tampoco soy un letrado.

—La inteligencia no solo tiene que ver con estudios —dijo Asa—. También se relaciona con la capacidad de saber actuar en conformidad con las destrezas particulares. No todos tenemos los mismos talentos.

—Eso es algo que diría una mujer inteligente. Y un hombre vulgar como yo se contentará con asentir agradeciendo no ser considerado un mero ignorante, aunque no comprenda del todo el cumplido que le están haciendo.

—Te aseguro que no estoy siendo condescendiente. Solo somos dos personas normales y corrientes. Hasta ahora nos hemos comunicado muy bien. Eso basta para reconocer a dos personas inteligentes.

—Me encanta la forma en que hablas —dijo Gabriel—. Y admito que me sentí intrigado por tu presencia desde que nos tropezamos en el billar. Por eso cuando te vi en Polson supe que no debía perder el tiempo e invitarte a cenar. Confieso que no pensé que aceptarías.

—Pues ya ves que sí. Me alegra que lo hayas hecho. Me gustaría tener un amigo en la región para aprender más cosas sobre este hermoso lugar.

Asa y Gabriel se mantuvieron coqueteando, dentro de ciertos límites. Él se mostraba seductor y caballeroso a cada oportunidad, empeñado en dejarle a la agente una buena impresión. Por su parte, ella sonreía ante sus gracias y disfrutaba de tener un momento idóneo para hacer gala de su feminidad; algo que no siempre era posible en su ambiente de trabajo, donde debía sobreponerse a los prejuicios de sus colegas frente a las mujeres. Cuando les sirvieron la comida y las bebidas se relajaron un poco más. De esa forma se sintieron más animados a hacer preguntas sobre sus respectivas vidas. Vistos a distancia parecían una pareja que estaba teniendo una cita romántica.

—Asumo que eres ganadero —dijo Asa haciéndose la desentendida—. Me he dado cuenta de que casi todos en esta ciudad poseen ranchos o trabajan en uno.

—En efecto, trabajo en un rancho de ganado. Y también vivo allí con mi familia. Quizá habrás notado que el apellido Kimble es popular dondequiera que vayas en Kalispell.

—No he tenido la oportunidad de escuchar tales comentarios —afirmó Asa—. Entonces perteneces al grupo de los que son patrones en lugar de trabajadores.

—Si así lo quieres poner —respondió Gabriel vacilante—. No es una división tan marcada como las que seguramente se ven en las ciudades industriales. Aquí ser ganadero o empleado no representa una gran diferencia. Todos trabajamos arduamente por igual. Nadie se queda acostado esperando

que otros produzcan dinero en su lugar.

—La diferencia está en el dinero que reciben por ese mismo esfuerzo. Las desigualdades son semejantes en cualquier lugar, aunque cambien las circunstancias.

—Entonces eres una de esas izquierdistas cosmopolitas —se burló Gabriel—. Yo soy tolerante ante cualquier tipo de pensamiento. Sin embargo, ese tipo de declaraciones te meterían en problemas si otros te escuchan.

—No soy nada de eso —se rio Asa—. No pretendo criticar las condiciones sociales de la región. Para bien o para mal, yo solo soy una desconocida. Me conformo con señalar lo evidente. Pero ahora me dejaste intrigada: ¿qué podría ocurrirme?, ¿a quién debo temer?

Ante la perspectiva de entrar en un tema de conversación pertinente para su investigación, Asa no quería perder tiempo en rodeos. Esperaba que Gabriel fuera un interlocutor fácil de disuadir y le revelara las problemáticas de la región que fortalecían a posibles grupos terroristas. Sin embargo, el joven era mucho más astuto de lo que ella creía, así que se limitó a sonreírle y desviar la conversación.

—Nada que atente contra tu vida —desestimó Gabriel—. No vayas a pensar que somos unos salvajes. Respetamos la democracia como buenos patriotas. Simplemente se alejarían de ti y te juzgarían. Yo, en cambio, sigo interesado por saber más sobre tu vida.

—Mi vida es como la de cualquier otra chica —dijo Asa—. No creo que haya nada particularmente interesante sobre mí. Por lo general trabajo mucho. Pero no quiero hablar sobre mi trabajo. Por eso estoy aquí. Quiero que esta cena sea un descanso de mis ocupaciones habituales.

Con astucia, Asa previno cualquier pregunta que él quisiera hacerle respecto a su trabajo. De esa forma evitaba mencionar que era agente del FBI, sin por ello mentirle. Si quería ganarse su confianza, debía ser lo más honesta posible. La respuesta de la agente le hizo creer a Gabriel que ella estaba allí de vacaciones y que el descanso que buscaba de su trabajo no se refería únicamente a la cena, sino a su estadía en Kalispell.

—Entonces, has venido a buscar esa tranquilidad en Kalispell —dijo Gabriel intentando adivinar—. Es una curiosa elección. ¿Habías venido antes?

—Mi estadía aquí no es propiamente unas vacaciones —reveló Asa a medias—. Y es la primera vez que visito Kalispell, aunque conozco otras regiones de Montana. En parte siento que he venido aquí para reconectarme con mi origen. Mi madre es *salish*, así que me gusta la idea de explorar mis

raíces indígenas.

Asa procedió a contarle una versión corta de su vida familiar, del mismo modo en que lo hizo durante su cena con Gibson. En esta ocasión solo suavizó la versión para no ahondar en el distanciamiento entre ella y su padre. Incluso así su relato fue esclarecedor para Gabriel, quien comprendió por qué la agente sabía montar bien a caballo y que no era tan ajena a la vida rural conforme a su crianza.

—Me sorprendes, Asa. Ya comprendo mejor por qué me pareciste interesante desde el primer momento. Algo en ti está conectado con estas tierras. Es estupendo que quieras dedicarte tiempo para reconocer tu herencia familiar. Aquí hay muchos indígenas, aunque a ellos no les gusta mezclarse con nosotros. Guardamos las distancias de forma respetuosa.

—Tengo entendido que hay ciertas hostilidades. He escuchado algunos comentarios desagradables.

—Lamento mucho si te han ofendido de alguna forma —se disculpó Gabriel como si hablara en nombre del pueblo—. Existen roces entre los indígenas y algunos lugareños. Digamos que es una hostilidad natural, solo que de vez en cuando crea algún conflicto. Igual te garantizo que muchos los respetamos tal y como ellos lo hacen con nosotros.

—Lamentablemente es un problema que no solo pasa en Montana. En cualquier lugar olvidamos que ellos existen y que forman parte integral del país. Son descendientes directos de los ancestros que alguna vez poblaron esta tierra. No solo merecen nuestro respeto, sino también la protección de sus derechos.

—Comienzo a sospechar que eres abogada. Aunque no podría estar más de acuerdo contigo. Además que los nativos y los rancheros tenemos más en común de lo que aceptamos. Ambos apreciamos el valor de la tierra y la importancia de lo que nos ofrece la naturaleza.

El ambiente romántico de la cita se fortalece a medida que siguen hablando. A Asa le complace que puedan compartir puntos de vista y entablar discusiones sobre asuntos socioculturales, siendo esta un área que le apasiona. Le sorprende que Gabriel demostrara una lucidez y un intelecto superiores al que ella hubiera imaginado en un hombre como él. Al escucharlo se daba cuenta de que lo había subestimado. Por lo tanto, era una sorpresa agradable comprobar que hablaba con un hombre interesado en escucharla y que comprendía sus puntos de vista, incluso cuando no se correspondían enteramente con los suyos. En lo sucesivo, Asa no intentó hacer

averiguaciones sobre su familia ni tampoco sobre los grupos terroristas de la zona. No parecía conveniente arruinar la química natural que estaban compartiendo interponiendo sus intereses laborales. Después de todo, nadie estaría allí para supervisarla.

Cuando terminaron de comer, Gabriel ordenó un postre. Aunque Asa quería negarse, acabó aceptando. Les sirvieron una deliciosa tarta de chocolate que degustaron con moderación, como si quisieran retrasar tanto como fuera posible el inevitable momento en que la cena llegara a su fin. Acabado el postre, no les quedaban más excusas para aceptar que debían cabalgar de vuelta al hotel, donde finalmente se despedirían. Esta vez fue Gabriel quien asumió las riendas del caballo. Asa se agarró con fuerza a la cintura del vaquero mientras andaban a paso lento, disfrutando de la tranquilidad de las calles. A medida que avanzaban, el joven le relató anécdotas relacionadas con los distintos lugares por los cuales pasaban. Le contó que fue un niño inquieto, y que a menudo sus travesuras lo metieron en problemas. Asa apreció escuchar estas historias, ya que le mostraban un lado encantador de su personalidad.

En otras circunstancias la agente reconocería la experiencia de esa cita como una velada seductora al lado de un hombre al cual le gustaría seguir conociendo. Pero por mucho que intentara evadir sus compromisos laborales por una noche, era consciente de los riesgos que implicaba para su trabajo involucrarse con un Kimble. De entre todos los extraños de Kalispell, era precisamente la familia de Gabriel la que aparecía como testigo de interés para la investigación. Como consecuencia de ello, ningún contacto con algún miembro de dicha familia debía hacerse desde un ámbito personal.

—Has estado callada desde que salimos del restaurante —dijo Gabriel—. ¿Te sientes bien?

—Sí, lo estoy. Solo me siento un poco somnolienta. Gracias por la cena.

—Gracias a ti por aceptar. Hace mucho tiempo no compartía una noche tan agradable.

—Sí, así lo sentí también —indicó Asa tras unos segundos de silencio—. Nos vemos luego, supongo.

Para acentuar la despedida, Asa le dedicó una última sonrisa antes de darle la espalda. Gabriel pareció adivinar su intención, porque tomó la delantera sujetando su brazo. Ambos se quedaron en silencio, sin saber cómo reaccionar. La agente pensó en sacudirse la mano de Gabriel, pero le agradaba sentir su tacto sobre su piel. Se veían fijamente a los ojos y rieron

nerviosamente.

—Disculpa —se excusó Gabriel soltándola—. Solo quería hacerte una pregunta.

—¡Adelante! Te escucho.

—Me gustaría hacerte otra invitación. No quiero parecer un abusador interviniendo en tus planes para este viaje. Me imagino que tienes asuntos pendientes por resolver. Quisiera que visitaras el rancho de mi familia para que tengas una experiencia auténtica de la vida en Montana. ¿Te animarías?

—Es una oferta tentadora —concedió Asa, pensando en sus adentros lo conveniente que esto sería para sus interrogatorios—. Tendría que pensarlo.

—Puede ser cuando tú quieras —insistió Gabriel—. Mañana mismo incluso. Esta vez prometo que traeré un automóvil para llevarte.

Ante tal ocurrencia, la agente Clark no pudo evitar reírse. Quería darle una respuesta afirmativa, pero tampoco quería comprometerse sin antes consultarlo con la subdirectora. Si decidía llegar más lejos en su contacto directo con los Kimble, no debía ocultárselo a Shepherd y tampoco al agente Gibson. Por lo tanto, era imprescindible aclarar la situación y poner en orden los asuntos antes de que aquello le trajera problemas. Gabriel no dejaba de verla con un brillo suplicante en la mirada. En serio parecía ansioso por obtener una confirmación de que la volvería a ver. Reconocer esta necesidad la hacía sentirse vulnerable frente a sus intenciones, como si le costara negarle algo que ella también deseaba.

—Aceptaré la invitación —afirmó Asa—. Pero no para mañana. Dame un par de días para organizar mi agenda.

—Estupendo —aceptó Gabriel entusiasmado—. Solo necesito tu palabra como garantía de que te volveré a ver.

—Así será. Me agradó mucho cabalgar a Augusto. Aunque sí preferiría que usáramos un auto la próxima ocasión.

Intercambiaron unas últimas miradas y sonrisas antes de despedirse finalmente. Gabriel no parecía dispuesto a dar el primer paso, así que Asa fue quien tomó la iniciativa de darle un rápido abrazo para luego entrar al hotel. Sentía el peso de la mirada de Gabriel a sus espaldas, sabiendo que la seguiría hasta que ella quedara fuera de su campo de visión. Cuando entró a su habitación y se acostó en la cama, se preguntó si él habría seguido allí de pie un rato más con la secreta esperanza de que ella volviera a aparecer. Al pensar en esta conjetura, no se preguntó a sí misma si no era ella a quien le habría gustado comprobarlo.

Capítulo 1 2

Los días posteriores a la cita con Gabriel fueron extraños para la agente Clark, quien no dejaba de pensar en los más mínimos detalles de aquella noche. Esto le molestaba profundamente porque se convertía en una distracción para ella, perjudicando la concentración exclusiva que debía dedicarle a la investigación. Asa era extremadamente fría y racional cuando se trataba de juzgar sus propios sentimientos. Siempre se esforzaba en mantener a raya cualquier emoción con el poder suficiente para dominarla. Esta vez no se concedería una excepción, mucho menos en el ejercicio de su primera misión de campo. Por esa razón resistió cualquier tentación de llamarlo para confirmarle cuándo estaría desocupada, tal y como acordaron. Así pasaron tres días en los que consiguió dominar sus deseos, y por fortuna el joven Kimble tampoco se intentó comunicar con ella.

Como medida de defensa frente a sus reacciones, se decía a sí misma que estaba influenciada por una atracción pasajera. Se convenció de que sentirse así era una consecuencia natural producto de los largos años de soltería, apenas interrumpidos por unas pocas relaciones esporádicas y fallidas. Su vida amorosa nunca había prosperado, ya que todo su tiempo prefería invertirlo en sus estudios, y luego en su trabajo. Por lo tanto, ahora que conocía a un hombre que se mostraba detallista e interesado en ella, no era extraño que se dejara dominar por el anhelo frente a algo que siempre le había faltado. Sin embargo, la agente creía que aceptar estas afirmaciones, y hacerlas conscientes, le ayudaría a tener un mayor control sobre ellas. Por mucho que le gustara Gabriel Kimble, no debía alentar ninguna conexión sexual, ni mucho menos romántica. Solo volvería a buscarlo cuando contactar a los Kimble se convirtiera en la mejor alternativa dentro de los objetivos de su investigación.

La verdad era que la investigación no le estaba aportando nada distinto a la frustración. Cuando el herrero mandó el listado de clientes que le compraron el mismo tipo de herradura identificada como pista, se trataba de un documento largo que prácticamente incluía a todos los rancheros de la región, así como sus empleados. Por lo tanto, era inútil seguir insistiendo por esa vía para reconocer a un sospechoso de la desaparición de los agentes. Lo único que le llamó la atención de esa lista fue que entre los mencionados leyó el apellido Kimble, y los nombres de los distintos miembros que componían la familia, incluyendo a Gabriel. Gracias a ello volvían a incrementarse los deseos de llamarlo y aceptar su invitación de visitar el rancho.

Durante esos días el contacto con Todd Gibson había sido escaso. Generalmente se comunicaban por teléfono o se veían durante unos pocos minutos en su despacho para informarse lo que seguía siendo evidente: todavía la Policía local no conseguía rastro de los agentes presuntamente muertos, el laboratorio forense seguía sin ofrecer ningún informe útil para avanzar en la investigación y todo se reducía a aguardar respuestas inciertas. De acuerdo con su personalidad, Todd era partidario de seguir esperando. Eso se traducía en no hacer absolutamente nada para evitar riesgos. Y en cuanto a Asa, eso significaba perder el tiempo y quedar mal ante Jennifer por no tener nada nuevo que ofrecerle la próxima vez que decidiera llamarla.

Ante la perspectiva de un fracaso, comenzaba a cobrar fuerza la opción de visitar el rancho Kimble, pues eso le convenía al caso. Después de todo, los agentes desaparecidos tenían la intención de visitar ese lugar para recolectar testimonios. Ahora ella contaba con una invitación formal para presentarse. Por lo tanto, se preguntaba si más bien no era insensato de su parte que siguiera postergando algo que tarde o temprano haría. Y qué mejor manera de hacerlo que con el apoyo de un Kimble para explorar esas instalaciones. Una vez más se le presentaba una excusa para que sus caprichos quedaran justificados por sus propósitos profesionales.

El viernes en la tarde Asa decidió que llamaría a Gabriel para proponerle ese fin de semana como la ocasión perfecta para visitar el rancho Kimble, siempre y cuando se mantuviera en pie la invitación. Por un momento temía que su deliberado silencio hubiera sido malinterpretado y que él se sintiera molesto por recibir una respuesta tardía. De cualquier manera tendría que comprobarlo por sí misma.

—He tardado en hablarte, lo sé —se disculpó Asa cuando atendió su llamada—. Lamentablemente estuve ocupada con otros asuntos.

—Temía que ya me hubieras olvidado —respondió Gabriel con un tono bromista, sin demostrar ninguna forma de molestia—. O peor aún, que ya te habías ido. Pero confiaba en tu palabra y sabía que llamarías de un momento a otro. La verdad es que me alegra escucharte.

—A mí también me complace. Creo que ya me he desocupado un poco y por eso quería saber si seguía siendo adecuado tomarte la palabra en cuanto a tu invitación.

—¿Quieres venir al rancho? Te recuerdo que eres bienvenida. Solo dime cuándo.

—Pensaba en este fin de semana. Mañana, si te parece bien. No quiero

importunar tu trabajo o el de tu familia.

—Tu presencia no será una molestia —aseguró Gabriel—. Ya le hablé a mi familia de ti y se sienten ligeramente intrigados. Así que quieren conocerte. Pasaré a buscarte mañana cerca del mediodía.

Esta información le produjo a Asa cierto nerviosismo. No le agradaba inspirar expectativas en las personas, sobre todo cuando infería que estas no se correspondían con la verdad. Gabriel le explicó que él no había manifestado nunca deseos de llevar a ninguna chica al rancho, y por eso despertó en ellos la curiosidad por conocerla.

—Bien, te estaré esperando —respondió Asa sin asomar los pensamientos que la torturaban—. Solo espero que no se creen muchas expectativas por allá. No vaya a ser que se decepcionen.

—Dudo que lo hagan —replicó Gabriel, risueño—. Gracias por llamar.

—¿Y ahora qué? —reflexionó Asa cuando colgó la llamada—. En qué laberinto me estoy metiendo.

Ya Todd le había advertido cómo era el pensamiento generalizado de los lugareños frente a las fuerzas políticas o judiciales externas. La agente pensó que a los Kimble no les agradaría en absoluto cuando se enteraran de su profesión, ni mucho menos si descubrían que eran nombres mencionados dentro de la investigación que ella llevaba a cabo. Si la esperaban creyendo que era una conquista de Gabriel, entonces luego la acusarían de mentirosa por haber manipulado al joven para poder espiarlos.

Por un momento Asa quiso llamar a Todd para contarle todo lo sucedido con Gabriel y pedirle consejo sobre su visita al rancho, dado que él tenía más experiencia en el trato con los rancheros. Sin embargo, prefirió quedarse callada al respecto. No creía que la reacción del agente fuera positiva por haberle ocultado información, y mucho menos por conseguir ser introducida al hogar de los Kimble mediante engaños. Aunque técnicamente Asa no le mintió a Gabriel sobre su profesión, porque nunca le dijo con exactitud a qué se dedicaba, la omisión bastaba para reprobar sus métodos. Por otra parte, le costaría convencerlo de que la cita con el muchacho solo tuvo un carácter profesional, ya que ni ella misma conseguía convencerse de eso.

La agente mantendría su personaje un día más, hasta que fuera inevitable decir la verdad tanto a los Kimble como a Gibson. Quería saborear el secreto por más tiempo porque solo así se permitiría disfrutar ese anhelo particular que la embargaba ante la perspectiva de volver a encontrarse con Gabriel. Deseaba verlo de nuevo y apreciar una de esas dulces miradas que le

dedicaba cuando le hablaba con tanto entusiasmo. Al pensar de esta manera abrigaba la certeza de que él también contaba las horas para volver a verla. Esto hizo inevitable que sonriera espontáneamente el resto de la tarde.

Capítulo 13

Ese sábado en la mañana Asa se levantó con los primeros rayos del sol. Aunque todavía era temprano para la hora en que Gabriel acordó buscarla, su ansiedad era mayor que las ganas de seguir durmiendo. Por lo tanto, aprovechando que estaba despierta, redactó un correo para Jennifer explicándole que todavía no había novedades de interés, pero que siguiendo su consejo de entrar en contacto con las personas de la región, podría obtener próximamente la información de primera mano que buscaban los agentes desaparecidos. No le mencionó la visita que haría al rancho Kimble ese mismo día, pero le anticipó que emplearía el fin de semana para unos recorridos significativos de los cuales luego le daría mayores detalles.

Tras mandar este correo, la agente se sintió un poco más aliviada porque así mitigaba las acusaciones que podrían hacerle de estar tomando decisiones imprudentes sin discutirlo antes con Shepherd. No obstante, le quedaba aún decidir qué argumentos le daría a Gibson referente a sus planes para aquel día. A pesar de que el contacto entre ellos fue mucho menor comparado con los días de su llegada, se habían acostumbrado a reportar lo que harían en relación a la investigación o si decidían tomarse un día libre. Ese día en particular resultaría mucho más difícil elaborar un reporte sin mencionar el lugar adonde iría. Mentirle diciendo que se tomaría un descanso para visitar otros lugares de la región no era la mejor opción, ya que igual se enteraría de su visita al rancho Kimble. Y si Todd se enteraba de esto por otras vías, entonces se confirmarían sus sospechas iniciales de que ella cumplía los mandatos secretos de Jennifer a escondidas. Si esto sucedía, se acentuarían las hostilidades entre ellos que tanto costaron suavizar.

La decisión más conveniente, aunque no fuera totalmente justa, era dejarlo a la suerte. Ese día Asa no llamaría a Todd, no visitaría su despacho, ni le dejaría ningún recado con su secretaria tal como acostumbraba a hacer desde que trabajaban juntos en el caso. Todo dependería de si él intentaba buscarla o comunicarse con ella. La agente se prometió que si él llamaba a su habitación antes de que abandonara el hotel, entonces le contaría hacia dónde se dirigiría y con quiénes se encontraría. Por el contrario, si no llegaba a llamar en ese tiempo y lo hacía luego, tendrían esa conversación otro día.

Por fortuna no hubo ninguna interferencia durante el resto de la mañana. Jennifer no respondió su correo y Todd no se molestó en llamarla. Libre de la supervisión de las únicas dos personas que podrían frustrar sus planes de encontrarse con Gabriel y su familia, todo estaba dispuesto para que visitara

el rancho Kimble sin ningún contratiempo. Al mediodía recibió una llamada de la recepción del hotel, indicándole que habían llegado a buscarla. Asa estaba convencida de que hallaría a Gabriel en la recepción. En su lugar estaba un desconocido que se presentó como el chofer de la familia, a quien le encargaron la misión de llevarla. El hombre en cuestión era un viejo de baja estatura, aunque parecía enérgico. Lo primero que hizo al verla, además de presentarse, fue excusarse en nombre de Gabriel, explicándole que este debía terminar unas encomiendas relacionadas con su trabajo en el rancho.

En el camino hacia el rancho, Asa y el chofer compartieron una cálida conversación en la cual este le habló sobre su trabajo de toda la vida al lado de los Kimble. Desde hacía veinticinco años era el chofer oficial del viejo Joe y el resto de la familia. A ninguno de ellos les gustaba conducir automóviles, y en cambio preferían andar en caballo adondequiera que se dirigiesen. Sin embargo, eran conscientes de que a veces requerían llegar más rápido a un lugar o viajar fuera de Kalispell para hacer negocios. Es ahí cuando entraba en acción él, para asumir la tarea de conducir que tanto les desagradaba. A Asa, enterarse de esto, le causó gracia. Lo tomó como una prueba del estatus económico de dicha familia. No solo podían permitirse un chofer, sino que este, además, cumplía sus funciones gracias a esa excentricidad de negarse a conducir otro medio de transporte que no fueran sus caballos. En ese sentido, el comportamiento extravagante de los Kimble no difería del que presentaban las familias ricas propias de las zonas urbanas, solo que adaptadas al ambiente rural.

El chofer también le contó que sus hijos trabajaban para la misma familia, llevando el ganado a otras ciudades para negociar los mejores precios. Gracias a ello recibían un porcentaje justo de las ganancias. No parecía tener ninguna queja respecto a sus jefes, a quienes apreciaba como amigos antes que como empleadores.

—Son generosos con todos sus trabajadores —refirió el chofer—. Es un inmenso placer trabajar para ellos. Incluso empleados de otros ranchos buscan la forma de ser contratados por los Kimble. En la región todos saben que hacerles un servicio equivale a obtener mejores pagos. ¿Trabjará usted para ellos?

—No, solo voy como invitada de la familia —aclaró Asa sin especificar detalles—. Es la primera vez que visito Kalispell.

El conductor procedió a hablarle sobre la ciudad, siempre destacando sus aspectos positivos. A Asa le pareció curioso que se esforzara en exponerle

una perspectiva de la ciudad y de los ranchos excesivamente edulcorada. También aprovechó la ocasión para criticar la forma en que el Gobierno no correspondía los intereses de los ciudadanos cuando querían intervenir en asuntos de seguridad o en los impuestos por comercio. En seguida criticó la migración de latinos o personas de otras culturas en sus estados, al mismo tiempo que calificó de inútiles a los nativos americanos que habitaban en las reservas cercanas. Parecía un síntoma de la población blanca frente a cualquier persona a la cual consideraran como «extranjera» dentro de su territorio. Querían defender su autonomía local ante cualquier intervención externa y al mismo tiempo convencerse de que no existía un mejor lugar que ese, a pesar de los evidentes problemas políticos y culturales que generaba el mayoritario pensamiento conservador. Así, cualquier problema que se atrevieran a reconocer enseguida era culpa de alguna fuerza foránea.

Asa no emitió ninguna opinión al respecto y en cambio orientó la conversación para que siguiera contándole detalles de la familia Kimble o el rancho. De esta manera descubrió que todos aseguraban que Gabriel era el hijo predilecto del viejo Joe, ya que era quien se parecía más al ranchero durante sus años de juventud. También se enteró de que la esposa de Joe, y madre de sus hijos, había muerto por caerse de un caballo. Indagando más al respecto, la agente consiguió saber que este accidente sucedió cuando el joven Gabriel apenas tenía cuatro años. Este detalle la conmovió porque desconocía que hubiera sido huérfano de madre a una edad tan temprana.

—¡Qué lamentable suceso! —expresó Asa—. Debe haber sido duro para la familia. ¿Y el señor Kimble no volvió a casarse?

—No, le ha sido fiel a su memoria —aseguró el chofer—. Le recomiendo que no le diga señor Kimble cuando lo vea. No le gusta. Todos lo llamamos «viejo Joe».

El resto del camino no tocaron temas importantes. El chofer se limitó a hablarle sobre el clima de la región y cómo cada estación influía en la cotidianidad de Kalispell. Para Asa la conversación fue fructífera porque le permitió comprender un poco mejor no solo a la ciudad y el pensamiento de los lugareños, sino también la importancia de la familia Kimble, así como su negocio ganadero.

El rancho de los Kimble ya se divisaba a lo lejos y así se lo confirmó el chofer, asegurándole que habían llegado. Cuando detuvo el carro en una esquina en medio del campo, Asa lo miró confundida. El conductor le explicó que no existía una vía de acceso para automóviles que llevara hacia la entrada

principal del rancho. Lo lógico para ellos era que cualquier persona que quisiera llegar al lugar atravesara el campo a pie y alcanzar así la casa central.

—No se preocupe —dijo el chofer—. Ya saben que estamos aquí. La acompañaré hasta que vengan a recogerla.

En efecto, en pocos minutos reconoció a Gabriel caminando a través del campo para llegar hasta ellos. Asa se bajó del automóvil y fue a su encuentro.

—Justo a tiempo para el almuerzo —saludó Gabriel—. Veo que esta vez viniste vestida para la ocasión.

Asa se había puesto unos *jeans* y una camisa de cuadros que compró en una tienda cerca del hotel. Incluso llevaba un sombrero que le dieron como obsequio.

—Ya me siento una auténtica vaquera —bromeó Asa—. Vine preparada para sentir una experiencia auténtica de Montana, tal como me prometiste.

Gabriel no perdió la oportunidad de manifestarle cumplidos sobre su aspecto, aunque luego se excusó por un momento para hablarle al chofer. Asa supuso que le estaba dando las gracias y pensó que lo invitaría a comer. Sin embargo, vio que este se montó en el coche para perderse de nuevo en la carretera.

—El viejo le ha dejado otros encargos —le explicó Gabriel—. Tenemos que caminar un poco para llegar a la casa.

El camino en línea recta estaba a duras penas marcado, ya que el pasto crecía profusamente alrededor. A Asa le seguía resultando llamativo que no pudieran aparcarse autos en la entrada del rancho y que además fuera tan incómodo el acceso. Esto le hizo pensar en los agentes desaparecidos. Ellos tenían pensado pasar por el rancho antes de ir a Kalispell. ¿Acaso por esta misma razón los agentes se confundieron y cambiaron de ruta?

—¿No les parece incómoda esta forma de acceso? —preguntó Asa—. Debe generar muchas confusiones para cualquier visitante.

—Mi padre lo prefiere así —sostuvo Gabriel—. Entiendo que puede parecer extraño, pero generalmente andamos a caballo, así que no es ninguna limitación. Solo es fastidioso para quienes vengan en coche, lo cual no pasa a menudo. Eso nos conviene por seguridad.

Al respecto, Gabriel le expuso que gracias a ello tenían el control sobre cualquier intruso que quisiera inmiscuirse en el rancho. Si alguien iba a visitarlos, ellos estarían preparados para recibirlo. En cambio, si pretendían sorprenderlos se verían obligados a atravesar el campo y para la familia sería

más fácil quedar alertada por la presencia de alguien antes de que finalmente llegara. Tales precauciones respondían a que en el pasado había muchos ladrones de ganado que intentaban llevarse animales de otros ranchos en sus camiones.

—Mi padre no cambiará sus medidas anticuadas —añadió Gabriel—. Hasta ahora han funcionado.

La agente asintió ante las observaciones del chico, comprendiendo que no estaba en posición de criticarlas. Estando en su territorio, Gabriel se mostraba mucho más confiado y los puntos de vista que manifestaba iban de acuerdo con el pensamiento de su familia. Asa notó que su piel estaba ligeramente insolada y que su rostro lucía algo cansado, evidencia de que había trabajado desde temprano. Cuando llegaron al porche, Asa se percató de la presencia de un viejo, que se levantó del taburete en el cual se encontraba para recibirlos. Adivinó de inmediato que ese era el famoso viejo Joe. En una esquina del taburete descansaba un rifle, por lo cual creaba una imagen incluso caricaturesca del tipo de ranchero que se esperaba encontrar desde que llegó a Montana. El viejo Joe tomó el arma antes de caminar hacia ellos y echó un vistazo a su alrededor, como si comprobara que todo estaba seguro y en orden. A primera vista encarnaba a la perfección todos los prejuicios culturales de su región, aunque era un hombre simpático y conversador cuando así se lo proponía. En este caso, actuó con extrema amabilidad para atender a la chica que trajo su hijo menor.

A modo de broma Asa alzó las manos fingiendo que reaccionaba a causa del rifle. Joe se rio a carcajadas y le guiñó un ojo, lo cual a la agente le pareció adorable.

—Es bienvenida, señorita —saludó Joe—. Considera el rancho como tu casa.

—Agradezco la invitación. Al principio me daba pena porque no quería molestarlos en sus faenas diarias. Sé que siempre tienen mucho trabajo. Pero su hijo insistió y no pude negarme.

Asa se había propuesto ganarse la simpatía de la familia, especialmente la del patriarca. De esta manera creía mucho más fácil persuadirlos para colaborar con la investigación. Por lo pronto, estaba consiguiendo el efecto deseado.

—No te dejes embaucar por este bribón —replicó Joe dándole unas palmadas a Gabriel en la espalda—. Yo lo vigilaré de cerca para asegurarme de que se porte bien contigo. Nadie podrá decir que los Kimble no nos

distinguimos por nuestra caballerosidad.

—Puedo dar fe de ello. Gabriel ha sido todo un caballero.

Justo en ese momento los interrumpió un perro que corrió hasta donde ellos estaban, curioso por olfatear a esta nueva visitante que desconocía. Asa no lo vio al llegar y supuso que estuvo dentro de la casa. Era un pastor alemán juguetón que se dejó acariciar por Asa, como si ya se hubiera cerciorado de que era bienvenida por sus amos.

—Veo que le agradas a Blue —la felicitó Joe—. Eso no es algo que pueda decir cualquier extraño. Suele ser muy celoso.

—Adoro a los perros —afirmó Asa—. Ellos se dan cuenta de esas cosas.

—Creo que es mejor que entremos —interrumpió Gabriel—. El almuerzo nos espera.

Ya en la casa se dirigieron al comedor. Gabriel le dijo que la comida fue preparada por Jane, la esposa de su hermano David, con la colaboración del personal de servicio que tenían a su cargo. Al ocupar un asiento en la mesa al lado de Gabriel, vio que el viejo Joe se ponía a la cabeza para remarcar su autoridad como jefe de la familia. Enseguida se les unieron David y Jane, quienes saludaron a la agente con suma cordialidad. El hermano mayor se mostró menos confianzudo esta vez, probablemente debido a la presencia de su mujer. En cambio, Jane parecía encantada por tener una visita femenina con la cual interactuar.

—Este es un lugar lleno de hombres —se quejó Jane—. Es bueno conseguir un equilibrio para tanta testosterona. Aquí no recibimos muchos visitantes, y entre esos, pocas son mujeres.

Aparentemente, la familia de Gabriel se estaba esforzando en crear una buena impresión en torno a él. La comida fue servida con presteza por el personal de servicio, que constaba de dos mujeres de aspecto indígena, quienes se mantuvieron en silencio mientras los atendían. Asa las observó con curiosidad y esto llamó la atención del viejo Joe.

—Gabriel nos contó que tiene sangre *salish* —inquirió Joe—. A primera vista no lo pareces. Aunque tienes esa mirada profunda y oscura que los distingue.

—Sí, por el lado de mi madre corre esa sangre —reiteró Asa—. Soy una mestiza.

—Estupendo —repuso Joe, complacido con su respuesta—. Me agradan las personas que no niegan sus orígenes. Yo respeto mucho a los nativos. Aunque no niego que he tenido mis problemas con algunos.

El viejo Joe les contó así una historia racista sobre cómo él y sus hermanos los perseguían para que volvieran a la reserva. Si alguno de los nativos se dejaba atrapar, entonces lo rodeaban para amarrarlo a los troncos de los árboles como una advertencia para el resto. Otras veces los colgaban por las piernas en una rama. Asa intentó no parecer horrorizada ante dicha historia, aunque vio cómo Jane y las empleadas de servicio lucían extremadamente incómodas. Jane les hizo una seña para que se retiraran a la cocina y el viejo lanzó una carcajada al ver su rostro tenso.

—Es solo una tonta anécdota —aseguró Joe—. Nunca les hicimos mayor daño. Los cobardes debían esperar a que sus compañeros los desataran horas más tarde, porque estos tenían miedo de que los atrapáramos para hacerles lo mismo. Locuras que se cometen durante la juventud.

—Mi hermano y yo nunca jugamos así —intervino David, hablándole directamente a Asa—. Te lo prometo.

—No te preocupes, viejo Joe —dijo Asa con un tono despreocupado—. Tú mismo lo has dicho: imprudencias de adolescente. Antes la sociedad veía con mayor naturalidad el racismo. Por fortuna las cosas han mejorado.

—Me costaría afirmar que todo hoy es más justo que antes —terció Joe—. En lo personal, creo que se han perdido valores que merecen recuperarse. Pero no estamos aquí para aburrirnos con discusiones políticas, sino para probar este almuerzo especial que Jane ha preparado para nosotros.

Asa asintió a la observación de Joe, consciente de que quería evadir la conversación en torno a temas delicados. Las indias regresaron de la cocina para repartir los vasos y llenarlos de vino, antes de retirarse nuevamente hasta que volvieran a requerir su presencia. La agente sostuvo sus cubiertos para comenzar a comer, pero sintió que Gabriel le apretaba el brazo discretamente para que los soltara. Cuando vio a su alrededor, se dio cuenta de que todos se disponían a asumir una actitud de oración para bendecir la mesa antes de almorzar propiamente. Asa le sonrió a Gabriel tímidamente e imitó al resto por pura cortesía. Fue Jane quien rezó una plegaria breve, en la cual pedía por la bendición de los alimentos, el bienestar de la familia, la prosperidad del rancho y la felicidad para todos los presentes. Culminada la oración, todos dijeron el correspondiente «amén» con satisfacción.

—No eres religiosa, ¿cierto? —le señaló Jane a Asa con un ligero tono de condescendencia—. Descuida, no te juzgaremos mal por ello. Sabemos que las costumbres urbanas encuentran poco atractiva la fe en Dios.

—Soy más del tipo racional científico —repuso la agente sorbiendo un

poco de su vino—. Aunque tampoco niego la existencia de Dios. Creo que debe haber una fuerza superior anterior a esto que conocemos.

—Una forma bonita de exponerlo —alabó Gabriel—. Asa es muy diestra con el uso de las palabras.

—Eres una chica preparada —describió David, quien hasta entonces no había casi intervenido—. ¿Acaso eres periodista?

—No lo soy —respondió Asa—. Sin embargo, tengo estudios en el área de humanidades. Uno de mis campos de trabajo es la sociología.

Esta revelación hizo que Gabriel la viera con admiración. Asa solo les estaba dando una parte de la verdad sobre su profesión para que no hicieran más preguntas en relación a su trabajo. Se trataba de una respuesta astuta que contestaba por adelantado las interrogantes que planeaban hacerle. Quería evitar mencionar su labor como agente del FBI hasta que lo considerara estrictamente necesario.

—Estupendo —dijo Joe con los ojos fijos en su plato—. Aquí no nos gustan los periodistas. Suelen meterse donde no los llaman para perjudicar a quien se le antoje.

—Lo único peor que un periodista es un policía o un político —agregó David—. En fin, cualquier persona que se crea con el poder de inmiscuirse en asuntos ajenos a costa de intereses oscuros.

—En esas profesiones hay personas con escrúpulos —defendió Asa—. Cuando lo que se busca es la verdad, no hay motivos ocultos. No todos son corruptos o con ganas de hacer daño arbitrariamente. Solo creen en la justicia.

—Eres una muchacha idealista —destacó Joe como si la compadeciera—. Supongo que por tus estudios te has convencido de que el mundo puede ser mejor. No dudo que tú tengas escrúpulos, pero si conocieras en verdad cómo funcionan esos trabajos te darías cuenta de que hacer justicia es el último de sus objetivos.

—Los conozco bien, de hecho —acusó Asa—. He tenido la oportunidad de entrar en contacto con el trabajo de distintas disciplinas. No siempre hay grandes conspiraciones detrás de los problemas, sino falta de conocimiento y muchos prejuicios para querer propiciar cambios.

—Gabriel, ¿por qué no le cuentas a Asa sobre la feria? —interrumpió Jane queriendo evitar una discusión acalorada que arruinara la comida—. En Kalispell se organiza un evento anual donde participan todos los ranchos. Falta un mes para la próxima. Gabriel ha ganado por dos años consecutivos como el jinete más veloz en uno de los concursos más importantes.

—Todo ha sido gracias a Augusto —dijo Gabriel con humildad—. Yo simplemente me dejo guiar por él.

—¿Y piensas participar este año? —se interesó Asa—. Probablemente la buena racha continúe. Augusto luce en buena forma.

—Y mi muchacho también —agregó Joe riéndose—. No hay mejor jinete que Gabriel. Y no te pongas celoso, David, pero sabes que es así.

El cambio de tema produjo el efecto deseado. El viejo Joe volvía a mostrarse amable con Asa, mientras, David retomó su actitud silenciosa hurgando en su plato con la cabeza gacha. Esta vez Jane y Gabriel, los más diplomáticos de la familia, llevaban el control de la conversación. La agente agradeció la interrupción porque temía dar la impresión de parecer demasiado «comunista» en oposición al pensamiento conservador que evidentemente definía la ideología de Joe. Si la tildaban de esta forma, entonces no tardarían en considerarla como una persona aborrecible, lo cual frustraría sus planes de tener a los Kimble de su parte para cuando así lo necesitara.

—Están exagerando —contradijo Gabriel—. Las competencias siempre han sido reñidas. Pero sí, este año espero volver a participar.

—Me gustaría verte —confesó Asa—. Debe ser una competencia emocionante.

—Ciertamente —dijo Gabriel—. Ojalá te quedes lo suficiente para que visites la feria. Eso haría que te enamores de este lugar y con suerte no querrás irte.

Asa bajó la mirada y se ruborizó. El comentario de Gabriel la trajo de vuelta a su realidad. Su estadía allí tenía un tiempo limitado que dependía de la duración de su investigación o de un cambio de órdenes según la voluntad de quienes estaban por encima de ella.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Kalispell? —preguntó Jane a quemarropa—. ¿Te daría tiempo de ir a la feria?

—No estoy segura —vaciló Asa—. Debo organizar mis planes antes de decidir una fecha de partida. Si llego a quedarme más tiempo de lo planificado, con gusto asistiré a la feria.

La respuesta de Asa hizo que Gabriel frunciera el ceño y bajara la cabeza, en lo que podría interpretarse como un gesto de decepción. La agente Clark tuvo deseos de hacer todo lo posible por quedarse y verlo participar en dicha feria. Sin embargo, comprendía que una promesa como esa era fácil de romper dado el carácter de sus obligaciones. Asa sintió que Jane le lanzaba una mirada suspicaz, como si estuviera estudiando sus movimientos y juzgando

el efecto que causaba en su cuñado.

—¿Y te han tratado bien en la ciudad? —inquirió Joe—. Tengo entendido que el servicio de hoteles en Kalispell a veces deja mucho que desear.

—Ha sido satisfactorio el hospedaje, hasta ahora —aseguró Asa—. El mayor problema son las conexiones de Internet y su intermitencia.

—Aquí en los ranchos contamos con mejores comodidades —indicó Joe—. Si lo quieres, podríamos habilitar una habitación de huéspedes para ti. Sé que apenas nos estás conociendo, pero ya ves que somos un hogar decente y cristiano. No me gustaría saber que una invitada de mi familia está recibiendo un trato mediocre, teniéndonos a nosotros tan cerca.

—Agradezco la preocupación —dijo Asa—. Preferiría continuar en la ciudad. Será mucho más cómodo para los recorridos que planeo hacer mientras me quede en Kalispell. Espero que no les moleste mi negativa.

—No le hagas caso a mi padre —dijo David con brusquedad—. Entendemos tus razones. Si te quedas aquí como huésped te aburrirás pronto. Siempre tenemos mucho trabajo y no podremos estar pendientes de ti.

—No seas maleducado, David —reprendió Gabriel molesto—. Mi padre solo quería ser hospitalario. Entendemos bien tus razones, Asa, no te preocupes.

El resto del almuerzo transcurrió sin conversaciones que produjeran roces o tensiones entre los comensales. Como si recibieran instrucciones silenciosas, las empleadas indígenas reaparecieron justo a tiempo para recoger los platos. Seguidamente, una de ellas se dispuso a abrir otra botella de vino y servirla, mientras la otra repartía platos más pequeños donde servirían el postre. Se trataba de un dulce local en forma de torta.

—¡Esto es la gloria! —alabó Asa—. Nunca antes había probado esto.

—Es una receta familiar —explicó Jane—. Lamentablemente no puedo revelarte los ingredientes.

—Yo debo reunirme con el capataz —se excusó David expresando su intención de abandonar la mesa—. Y tú, hermanito, deberías acompañarme.

—Yo me encargo de Asa —prometió Jane—. Aprovecharé de pasearla por los establos mientras te desocupas.

—De acuerdo —aceptó Gabriel de mala gana porque no quería apartarse de ella—. No te vayas sin mí, ¿eh?

—Aquí seguiré —aseguró Asa—. No desatiendas tus deberes.

—Yo iré al porche para refrescarme junto con Blue —repuso Joe—. Si necesitan algo me avisan.

Los hombres abandonaron el comedor, dejando que las mujeres se quedaran a solas. Jane asumió una actitud maternal que no parecía completamente genuina. Cuando Asa se terminó de comer el dulce le preguntó si quería algo más o tenía ánimos de pasear por el rancho.

—Te puedo hacer el recorrido por toda la casa principal —propuso Jane—. O quizá tomar el aire en los alrededores para que conozcas los establos. Lo que tú prefieras.

—Vayamos afuera —decidió Asa—. Siempre me gusta dar una caminata después de comer.

Jane correspondió su decisión con una sonrisa immaculada. A la agente se le presentó la oportunidad de apreciarla mejor. Era una mujer de más de treinta años, delgada y con una larga cabellera castaña recogida en una coleta. Un poco más joven que su esposo, había asumido el rol de esposa como un traje que se le ajustaba a la perfección. Mientras hacían el recorrido por los alrededores de la casa, Jane le contó que recientemente cumplió siete años de matrimonio con David. Parecía orgullosa de ello, como si se tratara de un logro envidiable. Era la clásica mujer de campo cuya mayor aspiración era convertirse en la esposa de alguien con quien tuviera hijos y así agrandar la familia. Su esposo era el heredero principal del rancho Kimble por ser el hijo mayor. No obstante, el nacimiento de un hijo garantizaría esa herencia.

—No hemos tenido la oportunidad de concebir —explicó Jane y una sombra oscureció su mirada—. Lo hemos intentado, pero algo no está funcionando. David cree que hay algo en mi organismo que lo impide. Pronto visitaremos a un doctor para comprobarlo. Quizá necesite un tratamiento especial.

—A veces el problema lo tiene el hombre —puntualizó Asa—. Sería conveniente que ambos se hagan exámenes para descartar cualquier problema.

—Eso no es posible —repuso Jane con especial énfasis—. La familia Kimble nunca ha tenido problemas de fertilidad. Si la señora Kimble no hubiera muerto tan pronto, con toda seguridad el viejo Joe tendría muchos más hijos.

—Es un problema común en muchos —opinó Asa—. No es un motivo de vergüenza. Actualmente existen tratamientos de gran efectividad. Y si las cosas no resultan, siempre pueden adoptar. Lo importante es que comparten el deseo de tener un hijo.

—Nunca adoptaríamos —aseveró Jane horrorizada—. El viejo Joe no consideraría como nieto a un niño que no llevara su sangre. Haremos todo lo

necesario para traer al mundo a un miembro de la siguiente generación.

No tenía caso discutir con ella, quien solo veía posible una manera determinada de formar una familia. Asa se dio cuenta enseguida de que la preocupación por concebir un hijo era un tema que desequilibraba a Jane. Por lo tanto, optó por mantener un silencio prudente. Cuando llegaron a los establos centraron su atención en los animales que allí residían. Era un lugar inmenso que se extendía a lo largo de buena parte del campo. Además de los caballos de montar, también había vacas y otros animales, como ovejas, cabras y gallinas.

Seguida de cerca por Jane, la agente se paseó a lo largo del establo admirando a los animales. Aunque ella creció en un ambiente similar, nunca antes había recorrido un rancho así de grande ni tampoco visto tantos animales congregados en un mismo sitio. La señora Kimble observó con curiosidad cómo Asa quedó maravillada con los caballos, ante los cuales se detenía de uno en uno para apreciarlos mejor y saludarlos.

—Gabriel nos dijo que sabes montar —apreció Jane—. El muchacho parece particularmente encantado contigo.

—Mi padre me enseñó a montar —dijo Asa acariciando uno de los caballos y tratando de ignorar el otro comentario—. Aunque tenía tiempo sin volver a hacerlo.

—Sería conveniente que tengas cuidado con Gabriel —insistió Jane retomando el tema—. Tú solo estás de paso, y no veo la razón por la cual quieras darle esperanzas.

—¿Qué clase de esperanzas? —preguntó Asa extrañada—. Solo hemos entablado una amistad. Yo estoy aquí para conocer mejor la ciudad y él se ha ofrecido a ayudarme. No entiendo tu preocupación.

—Gabriel querrá pasar más tiempo contigo —predijo Jane—. Y tú lo estás incentivando. Será inevitable que él se haga expectativas sobre su relación contigo.

Era evidente que Jane estaba reaccionando negativamente al hecho de que Asa y Gabriel pasaran tiempo juntos. Esta actitud no le gustó a Asa para nada porque se sintió sometida a los juicios de alguien que no la conocía lo suficiente.

—Estás exagerando —acusó Asa—. No ha pasado nada entre nosotros. Y somos dos adultos. Lo que suceda entre él y yo no necesita de ninguna supervisión.

La respuesta de Asa hizo que Jane arrugara el rostro, aunque luego intentó

disimular su molestia dedicándole una sonrisa calculadamente amable.

—Solo estoy preocupada por él —refirió Jane—. Gabriel suele ser un chico impulsivo. Si se siente defraudado o molesto, eso afectará su rendimiento en el rancho.

—Quizá lo subestimás —terció Asa—. Mi impresión de él hasta ahora es que parece una persona muy segura de sí misma. No creo que vaya a perjudicar sus intereses en el negocio familiar.

La tensión entre ambas mujeres iba a alcanzar un punto de quiebre que derivaría en una discusión directa. Sin embargo, para fortuna de ambas, fueron interrumpidas por la llegada de Gabriel a los establos. Esta vez venía acompañado de Ezekiel, a quien ya Asa había conocido en Polson. Gabriel pareció olvidar este detalle porque volvió a presentarlos, lo cual causó risa entre ambos.

—Ya conocí a la señorita en la tienda de piensos —le recordó Ezekiel—. Nuevamente es un placer.

—¿Te has divertido hasta ahora? —le preguntó Gabriel a Asa directamente—. Espero que Jane haya sido una excelente guía.

—Bueno, los dejo, ya que estás aquí para encargarte —se excusó Jane—. Tengo que continuar con los arreglos del segundo piso.

Jane no se preocupó en disimular la molestia que le causó la conversación con Asa, lo cual generó desconcierto entre los hombres. La esposa de David se distinguía por su amabilidad como buena anfitriona y ese tipo de reacciones parecían una excepción. Gabriel observó a Asa intentando conseguir respuestas, pero esta se encogió de hombros sin añadir ningún comentario. Con Ezekiel allí presente, no parecía adecuado airear un asunto delicado.

—Yo iré a saludar al viejo Joe —se despidió también Ezekiel—. Tenga un buen día, señorita.

Cuando Ezekiel se fue, Asa y Gabriel se sonrieron, demostrándose complacidos por estar nuevamente a solas. Él extendió su mano para que la sujetara y ella lo miró dudosa. Con un gesto le indicó que lo hacía para ayudarla a montar uno de los caballos. La intención era cabalgar por el rancho, cada uno en su propia montadura. A Asa le pareció estupenda la idea y se dejó ayudar por Gabriel. Esta vez eligió un caballo completamente negro, mientras que Gabriel seleccionó uno manchado.

—Dejaré que Augusto descanse un poco —explicó Gabriel—. Y estos son perfectos para cabalgatas lentas.

Guiados por Gabriel, juntos recorrieron la vasta propiedad del rancho. Comenzaba a atardecer en la propiedad, por lo cual el cielo lucía espectacular. En ocasiones, una fresca brisa sopla con fuerza alborotándole el cabello a la agente, quien se ve obligada a presionar con fuerza su sombrero. Gabriel voltea a verla y se burla de una forma enternecedora. Para ambos, el silencio compartido no se percibe como una pausa incómoda que necesita ser llenada con cualquier charla insustancial, sino como un momento de tranquilidad en el cual basta contemplarse para sentirse bien el uno con el otro. Asa siente una sensación cálida en su pecho cada vez que se enfrenta a la sonrisa de Gabriel. Indudablemente, se siente atraída por él de un modo especial. Bajo la belleza del crepúsculo que los abriga pesan menos los miedos en relación a lo inconveniente que sería esa atracción para ambos. En cambio, se apoyaron en ese instante de libertad para reconocer en silencio cuánto les gustaba estar allí compartiendo sin que nadie los vigilara.

—Quiero disculparme en nombre de mi familia —le dijo Gabriel cabalgando a su lado—. Me temo que hubo temas de conversación que produjeron malas impresiones. Mi padre tiene un punto de vista extremadamente conservador. Pero no es mala persona. Él invierte dinero para ayudar a la comunidad.

—No es tu culpa. Solo estábamos expresando nuestras opiniones. Espero no haber quedado demasiado revolucionaria a los ojos de tu familia. Me cuesta creer que le demos tanto peso a las ideologías y permitamos que estas contradigan incluso nuestro sentido común. Si tratáramos de entender mejor los problemas de otros, veríamos que no pensamos tan distinto como creemos.

—Es una sabia afirmación —concedió Gabriel—. Y te aseguro que mi familia no pensará mal de ti. Al menos mi padre respeta a las personas que no tienen miedo de expresar sus puntos de vista. Él admiró tu aplomo a la hora de responder.

—Me agrada el carácter de tu padre. Y veo que ha hecho un excelente trabajo contigo. De cualquier manera, no tienes que pedir disculpas por ellos. Yo solo soy una advenediza. Es natural que se muestren desconfiados.

—Lo dices por mi hermano, ¿cierto? —inquirió Gabriel—. A veces reacciona de mala gana con las personas que no conoce. Es más difícil ganarse su confianza.

—Entiendo. Lo importante es que tú te sientas bien sabiendo que estoy aquí.

—Adoro que estés aquí —repuso Gabriel enseguida—. Al contrario, lo

que tenía era que te sintieras incómoda por haberte insistido. Por la reacción que tuvo Jane cuando las interrumpimos, sospecho que estaban discutiendo. ¿O me equivoco?

—Ella está preocupada por ti —explicó Asa—. Teme que vaya a afectarte negativamente mi amistad contigo para cuando deba irme. Entiendo su preocupación, aunque me parece exagerada. Tú no eres un niño, ni tampoco yo tengo la intención de hacerte daño.

—No creo que esa sea su preocupación —dijo Gabriel con una expresión seria—. Creo que teme la idea de que me involucre con alguien. Le aterra que termine ganándole a David. Para ella siempre ha sido una competencia, no sé si me explico.

—Puedo entender a qué te refieres —señaló Asa—. Antes de ese pequeño roce me habló sobre sus deseos de tener hijos. Parecía ansiosa.

Gabriel detuvo el caballo y se bajó. Asa hizo lo propio para acompañarlo a continuar el camino a pie, seguidos de cerca por los caballos a los cuales seguían sujetando por las bridas.

—Sí, ella quiere concebir un heredero —refirió Gabriel continuando la conversación—. Cree que con eso garantizará la herencia del rancho para ellos. A mí me importa en lo más mínimo lo que mi padre decida. Yo trabajo en este lugar por mi familia. Pero mejor hablemos sobre nosotros. ¿Qué planes tienes en los próximos días?

—Todavía no estoy segura. Es probable que me mantenga ocupada.

—¿Hay posibilidades de volver a verte? Si así lo quieres, por supuesto.

—Claro que me gustaría verte de nuevo. Me agrada estar contigo, y eso es algo que no he sentido con ningún amigo en mucho tiempo. Aunque no depende enteramente de mí. Hay responsabilidades de las cuales no puedo desentenderme. Son la razón por la cual estoy aquí.

A pesar de que Asa usara la palabra «amigo» para describir a Gabriel, estando a solas con él reconocía la atracción que sentía. Era como si lentamente caminara hacia un precipicio que la haría caer de lleno hasta el enamoramiento. Por su parte, el joven Kimble parecía compartir estos mismos sentimientos. En un momento dejó de caminar y se puso frente a ella para sujetar su mano. En lugar de intentar soltarse, Asa también la apretó.

—Me hace feliz cuando dices que te gusta compartir conmigo —declaró Gabriel—. Pero no sé cómo sentirme cuando me llamas simplemente «amigo». ¿Acaso solo me ves de esa forma?

—Porque apenas nos conocemos, y aun así nos llevamos bien. Y en

general, nos conviene que nos mantengamos como amigos. Así nos evitamos problemas.

—Mi familia te ha abrumado —lamentó Gabriel—. Yo siento que podríamos ir más lejos si nos permitimos conocernos mejor. ¿Qué problemas nos traería eso?

—Es complicado de explicar —repuso Asa—. No nos conocemos lo suficientemente bien y quizá no haya tiempo para ello. Hay detalles de mi vida que desconoces.

—Lo que reconocí en ti fue suficiente para saber que eres especial —manifestó Gabriel—. Nada de lo que hagas en tu vida me hará cambiar mi impresión sobre ti. Puedes hablar conmigo con honestidad. ¿Tienes un novio esperándote en tu casa? ¿De eso se trata?

—No, no es eso. Estoy sola. Creo que siempre he estado sola.

—Pues ya no tienes por qué estarlo —expresó Gabriel esta vez poniendo la otra mano sobre la cabeza de Asa para acariciar su cabellera—. Si no existe ningún compromiso con otra persona, ¿por qué temes si sucede algo entre nosotros? Deja que las cosas fluyan.

Gabriel bajó la mano desde la cabellera para acariciarle el rostro y luego aterrizar en la cintura, donde la atrajo hacia él. Asa no opuso resistencia. Usualmente era ella quien asumía una posición de autoridad y dominio frente a cualquier hombre. En esta ocasión albergaba deseos completamente distintos. En ese instante la atracción superaba cualquier censura racional. Quería someterse a lo que Gabriel decidiera por ambos, a pesar de las consecuencias peligrosas que esto le traería para su trabajo. Él descubrió complacido cómo el cuerpo de la agente se volvía maleable mientras la rodeaba con sus brazos. Ella entreabrió lentamente los labios como una señal de que esperaba recibir un beso. Al notarlo, Gabriel inclinó el rostro para complacer ese deseo. Estuvieron a punto de besarse, pero uno de los caballos relinchó y dio un paso al frente, y esto casi los hizo tropezar.

Tal interrupción fue suficiente para que Asa volviera en sí y pensara con mayor detenimiento en el error que estaba cometiendo, así que se alejó de Gabriel y fingió revisar su teléfono móvil. Gracias a ello descubrió una respuesta a su correo de la mañana. Jennifer Shepherd le decía: «Me complace que hagas contactos con personas de la zona. Aun así, actúa con prudencia. Espero por las novedades». Cuando leyó este mensaje comprendió la gravedad de estar allí desocupando sus responsabilidades con el FBI. Ninguna justificación sería válida si Jennifer o Todd descubrían el aura romántica que

la embriagaba en su paseo con Gabriel. No solo estaba arriesgando el éxito de la investigación en curso, sino también su propia reputación.

—Entonces, ¿en qué andábamos? —preguntó Gabriel con picardía, queriendo retomar la seducción a pesar de la interrupción—. Te alejaste mucho.

—Debo regresar al hotel. Ya se está haciendo tarde.

Gabriel vio que la expresión seria de la agente no dejaba lugar a objeciones. No queriendo forzarla a hacer algo que no deseaba, evitó presionarla. Por lo tanto regresaron a la casa, en donde llamaron un taxi para que la lleve de vuelta a la ciudad. Gabriel aseguró que se encargaría de los gastos. El viejo Joe volvió a insistir a que se quedará allí a dormir, pero Asa se negó cortésmente. David y Jane se mantuvieron en silencio, compartiendo miradas llenas de significados secretos. Para Asa había sido uno de los mejores días que tuvo en mucho tiempo. Sin embargo, el remordimiento por esa distracción comenzaba a pesar más que el disfrute. Quería volver a estar a solas consigo misma en el hotel y así hallar argumentos para convencerse de que seguía en control sobre sus sentimientos. Por mucho que le gustara Gabriel, su trabajo debía seguir siendo su prioridad.

Capítulo 14

Al día siguiente, Asa Clark llegó tarde a la oficina de campo del FBI, aunque se había propuesto aparecerse temprano. Esto ocurrió porque la noche anterior no pudo conciliar el sueño. A pesar del cansancio producto de la visita al rancho Kimble, se sentía culpable por la vulnerabilidad emocional que experimentaba debido a Gabriel. Ya le era imposible negarse al hecho de que sentía una atracción muy fuerte por él, que incluso la dominaba cuando se trataba de pensar racionalmente. Era consciente de que casi se besaron, y eso significaba que las cosas estaban a punto de llegar muy lejos para su propio perjuicio. Involucrarse con los Kimble en un ámbito personal la llevaría a un terreno de ambigüedad en el cual su lealtad por el FBI sería puesta a prueba si Jennifer llegaba a enterarse de su coqueteo con Gabriel. Ciertamente, eso no era lo que la subdirectora tendría en mente cuando le dijo que se compenetrara con los lugareños.

Todos estos pensamientos la mantuvieron despierta hasta tarde, por lo cual apenas consiguió dormir dos horas antes de que saliera el sol. Cuando despertó era casi el mediodía y se obligó a salir de la cama corriendo para tomar una ducha rápida. Al llegar al despacho de Todd lo encontró sentado detrás de su escritorio con una expresión de pocos amigos.

—Finalmente te dignas a aparecer —la reprendió Todd—. Tenemos que hablar seriamente.

—¿Descubrieron algo nuevo? No vi que me hayas dejado ningún mensaje.

—Sí, me enteré de un detalle significativo —acusó Todd—. Has estado saliendo con Gabriel Kimble. Y no intentes negármelo. Uno de los hombres que fue testigo de nuestro concurso de tragos dijo haberte visto hace un par de noches cenando con él. Ayer en la tarde fui a buscarte y en la recepción dijeron que un coche te fue a buscar. ¿Tuvieron otra cita?

—Fui al rancho Kimble porque me invitaron —confirmó Asa—. Pretendía contártelo hoy. Lamento que te hayas enterado de esta manera. Estoy siguiendo instrucciones dadas directamente por la subdirectora Shepherd. La idea es mezclarme con los lugareños para obtener información.

—Sin decirles que eres agente del FBI —adivinó Todd—. Te estás metiendo en aguas turbias involucrándote con los Kimble a través de engaños. No te lo perdonarán. ¿O acaso eres tú la engañada? Gabriel tiene fama de *playboy*. No me extraña que hayas caído en sus juegos de seducción.

—No me faltes el respeto, Todd —reclamó Asa—. Comprendo que estés

molesto, y debí hablar antes contigo. Pero estás dejando volar tu imaginación con exageraciones. No tengo ningún interés en ese muchacho más que entablar contacto con su familia. Jamás me habrían recibido si me presentaba como una agente con ganas de interrogarlos. No les he mentado, pero tampoco les he dicho todo lo que hago.

—Cuando lo sepan te considerarán una mentirosa —exclamó Todd con saña—. Y no podría culparlos. No te perdonarán que te hayas aprovechado de su confianza. Pero es probable que al muchacho no le importe con tal de propasarse contigo. ¿También se lo permitirás usando el caso como excusa?

—¡Basta! —gritó Asa—. Gabriel ha sido respetuoso conmigo. Y yo no permitiría ningún comportamiento inapropiado. No necesito a ningún hombre que se preocupe por mi integridad. Tú no eres mi padre.

—Ya veo que te estás mezclando demasiado con él —resaltó Todd—. Apenas se han visto un par de veces y ya lo defiendes como si lo conocieras de siempre. Dudo que a tu jefa le agrade saberlo. ¿O esas también fueron sus instrucciones exactas?

—No he tenido tiempo de hablar con Shepherd en los últimos días —admitió Asa—. Estoy redactando un informe para explicarle todo lo que he hecho. Te pido que no hagas suposiciones malintencionadas. Solo conseguirás retrasar la investigación.

—Tu comportamiento me hace dudar de tu capacidad de liderar este caso —opinó Todd—. Si cometes otro error sin antes informarme a mí y a tu jefa, entonces me veré obligado a reclamar el mando de la investigación.

—De eso se trata todo, ¿cierto? Quieres buscar cualquier excusa para imponer tu poderío. Aprovecharás esto como un medio para humillar a Jennifer y declarar que eres el único capaz de resolver este caso. Ambos trabajamos en una relación de igualdad. Si verdaderamente pudieras solo con esto, ¿por qué desaparecieron dos agentes tan fácilmente?

Todd se quedó en silencio sin saber qué responder. Ambos tenían argumentos válidos en sus reclamos y por el momento no estaban llegando a ningún acuerdo para sobreponerse a las diferencias. La intervención de Asa le hizo ver a Todd que estaría perdiendo a un posible aliado frente a la clase de acusaciones que las autoridades del FBI podrían manifestarle. Por lo tanto, el agente respiró hondo procurando calmarse. Asa se mantuvo a la defensiva, aunque no emitió ningún nuevo comentario, considerando que ya había dicho suficiente para contradecir las acusaciones de su compañero.

—De acuerdo, vamos a calmarnos —pidió Todd—. Estoy preocupado

por ti y temo por la eficacia de esta investigación. Hay mucho en juego para ambos si fallamos. Nos conviene continuar trabajando en equipo para dar lo mejor de nosotros.

—Opino igual. No dejemos que las nimiedades nos hagan perder el norte.

Los ánimos se calmaron y Todd le indicó a Asa que tomara asiento. La agente vio que su rostro lucía preocupado, aunque no estaba segura de si era por la discusión entre ellos o por algún asunto sin mencionar.

—Nos estamos estancando —dijo Todd revelando el origen de su estrés—. Esta es tu primera misión de campo y te lo perdonarán. En mi caso se convertirá en una excusa para perjudicar mi jubilación. Por favor, dime si conseguiste alguna información pertinente a través de los Kimble.

—Lamentablemente no —respondió Asa honestamente—. Se presentaron algunos roces entre el resto de la familia y yo por mis reacciones a sus opiniones conservadoras. Si intentaba interrogarlos sobre asuntos más delicados solo hubiese empeorado la situación.

—Aquí la desconfianza es considerada una virtud —reiteró Todd—. Y los Kimble son huesos duros de roer. Lástima que no hayas conseguido nada concreto en tu visita al rancho.

—Hay algo que llamó mi atención sobre el lugar —señaló Asa—. No hay acceso para automóviles cuando llegas a las inmediaciones del rancho. Estás obligado a atravesar el campo para alcanzar la casa principal, bien sea caminando o a caballo.

Todd se quedó pensativo sin emitir ninguna opinión. Asa expuso su inquietud frente a ese hallazgo tomando como referencia el plan de los agentes de pasar por el rancho Kimble antes de ir a la ciudad. Entonces sonó el teléfono del despacho interrumpiendo la conversación. Clark escuchó que Gibson respondía con monosílabos, hasta que se le alumbraron los ojos anticipando un signo de alerta frente a posibles novedades. Cuando colgó la llamada le explicó de qué se trataba.

—Llamaron del laboratorio forense. Quieren que vayamos hasta allá. No quisieron darme detalles por teléfono. Parece que son buenas noticias.

La llamada fue providencial para ambos agentes, luego de que se sintieran pesimistas respecto al caso. Por lo tanto no perdieron tiempo y juntos se dirigieron hacia la morgue. Una vez en el laboratorio fueron recibidos por uno de los expertos en químicos, quien les explicó en qué consistía el hallazgo por el cual los mandó a llamar.

—¿Ven esto? —preguntó alzando un frasco—. Hemos identificado los

sedimentos del acelerador. Se corresponden con una clase distinta de tierra. No es la que se halla en el parque donde apareció el vehículo. Este tipo de tierra solo se encuentra en la parte oriental de Kalispell.

—Una pista esclarecedora —señaló Todd—. Esto nos confirma que el coche fue puesto adrede en ese parque para desorientarnos. Es probable que la tierra se corresponda con la zona hacia donde realmente se dirigían los agentes. Será cuestión de comprobar si coincide con las tierras que tengo en mente.

Todd le dedicó a la agente una mirada cómplice que ella supo interpretar enseguida. Se estaba refiriendo al rancho Kimble. ¿Acaso la tierra se correspondía con la del campo que ella visitó? De ser así, entonces los agentes no desviaron la ruta, pero algo les pasó durante el ejercicio de la misión justo antes o poco después de llegar al rancho. El forense continuó dándoles descripciones técnicas sobre el tipo de tierra contenida en el frasco. A su vez les indicó que con una pequeña muestra de cualquier tierra que ellos creyeran sospechosa sería fácil averiguar en menos de un día si ambas coincidían. Todd y Asa inspeccionaron las muestras de sedimento, apreciando el color y la textura. Aunque no comprenden los pormenores científicos de lo que el químico les describe, se sienten entusiasmados por tener en sus manos una pista que los conduzca a una dirección concreta.

Entretanto, la racha de buena suerte parece no haber acabado, porque justo entonces Todd recibe una llamada de su secretaria en su celular. Ella le dice que la policía lo estuvo buscando, aunque no le dio mayores detalles. Simplemente dejaron el recado de que se comunicara con la oficina del comisario con carácter de urgencia. Todd así lo hizo y quedó boquiabierto al descubrir de qué se trataba.

—Finalmente aparecieron —anunció Todd—. Dos cuerpos no identificados han sido recuperados cerca del lago Flathead. Los policías creen que pueden ser los agentes. Los enviarán a la morgue para que nosotros los reconozcamos.

Capítulo 15

Asa nunca olvidó la primera vez que vio un cadáver durante sus pasantías en Quantico, un año antes de graduarse formalmente como agente del FBI. Se trataba de un «John Doe». Debió tratarse de un indigente o un drogadicto que huyó de casa sin sus documentos de identificación. Aunque fuera un hombre joven, parecía no tener edad debido a la piel rígida y el rostro detenido en una mueca de absoluta tensión. Llevaba en su pecho varias heridas abiertas producto de una puñalada. El forense fue explicándoles paso por paso cómo él era capaz de reconocer la profundidad de cada estocada, el tiempo entre cada una de ellas y su gravedad. A su vez les expuso cómo los mínimos detalles en ocasiones ofrecían respuestas más importantes y concluyentes en comparación con las heridas más evidentes. Moretones en los brazos, un enrojecimiento en el cuello o incluso un ligero raspón en el tobillo le permitían al forense leer el cadáver como si fuera un libro lleno de jeroglíficos a la espera de ser traducidos.

De esa experiencia, Asa recordaba cómo miraba alternativamente al cadáver y al forense mientras tomaba notas sin parar. En algún momento de esa clase sintió mucho calor y por ello dejó de escribir. Cuando se secó el sudor con un pañuelo que llevaba en el bolsillo dedicó una mirada a su alrededor. Y entonces sintió que las lágrimas corrían por su rostro. No fue el olor nauseabundo de la morgue lo que la impresionó, ni tampoco el aspecto funesto del cadáver puesto sobre la mesa. Lo que en verdad la hizo sentirse afectada fue reconocer la indiferencia con la cual todos se congregaron para apreciar los pormenores de ese cuerpo no identificado. Así de cruel e implacable era la muerte, y la aceptamos con tanta naturalidad cuando se trata de alguien que no nos importa.

El recuerdo de esta experiencia siempre venía a su mente cuando le correspondía ir a la morgue para el reconocimiento de un cadáver. En su trabajo como agente era algo usual, incluso si no era su especialización. Cada vez que lo hacía le afectaba reconocer esa indiferencia propia de la mortalidad, y justamente pensaba en ello cuando los cuerpos de los agentes fueron introducidos en el sótano de la morgue. Charlotte y Paul eran dos agentes jóvenes con una carrera llena de logros. Vivos mantenían vigente la promesa de que todavía les quedaba mucho por demostrar. Con el buen récord que llevaban, seguramente no habrían tardado en asumir alguna posición de prestigio dentro del FBI en cuestión de unos pocos años. Ahora sus cuerpos descompuestos yacían en unas camas metálicas preparados para ser

diseccionados por un médico forense de Kalispell, lugar que ellos considerarían despectivamente como pueblo mediocre. Y para hacerle justicia a sus muertes dependían de una agente novata y un veterano hastiado, quienes todavía no tenían un indicio claro para identificar a los culpables que sentenciaron su destino.

Asa Clark se mantuvo en silencio al lado del forense, atenta a cada uno de sus movimientos mientras examina los cuerpos. Todd Gibson prefiere observar desde una esquina, tomando nota mental de todo lo que digiera el forense a medida que los revisaba. El nivel de descomposición desfiguró los rostros hasta hacerlos irreconocibles. Los cuerpos habían sufrido el efecto del sol y las lluvias, además de su proceso natural de degradación. Pese a ello, se distinguía que correspondían al cuerpo de un hombre y una mujer. Las edades de los cadáveres coincidían con las de los agentes. En ese sentido, las probabilidades de que fueran ellos eran prácticamente irrefutables.

—Los cuerpos están llenos de balas —explicó el forense señalando algunos de los orificios—. Decir que murieron por los disparos es quedarse corto. Fueron acibillados múltiples veces por armas disparadas de manera simultánea. Diría que fueron más de dos personas.

—¿Por qué tantos disparos? —reflexionó Asa—. Si hubo un enfrentamiento con otras personas, ¿por qué fueron los únicos muertos?

—Me temo que no tuvieron tiempo de reaccionar debidamente —dijo el forense—. Es probable que los hayan tomado por sorpresa y murieran con los primeros disparos.

—Siguieron disparando por pura crueldad —dijo Asa a modo de conjetura—. O por diversión. Recordemos que el vehículo no presentó agujeros de bala. Esto solo pudo suceder estando ellos afuera.

—Hay algunos disparos en sus piernas —señaló el forense—. Estaban de pie o iban caminando cuando sucedió. Cada disparo denuncia que fueron tiradores bien entrenados.

—No es difícil encontrarlos en Montana —intervino Todd—. Aquí todos son expertos en disparar.

Gibson acompañó su comentario con una risa, pero a Asa no le hizo gracia. En cambio, el forense asintió con una sonrisa dando a entender que el chiste del agente era certero. La agente se sintió incómoda, ya que detestaba cuando se tomaban como normales situaciones terribles. Por respeto a sus compañeros muertos, ella no admite la ligereza con la que se comportan.

—Es inadmisibile que esto haya sucedido —declaró Asa con absoluta

seriedad—. Llamaré a la oficina de Salt Lake.

—¿Hablarás con Shepherd? —preguntó Todd—. Quizá deberíamos esperar la confirmación total.

—No me quedan dudas de que son los agentes —afirmó Asa—. Cumpliremos con todas las formalidades, pero debemos informarlo de inmediato.

Todd se encogió de hombros, lo cual desconcertó a su compañera. No entendía por qué preguntó si llamaría a Jennifer, y creyó percibir una preocupación al momento de manifestarlo. Luego trató de hacerse el desentendido, a pesar de que fue él quien le hizo dudar si era conveniente llamar a Shepherd o no. Finalmente, Asa pensó que no se dejaría influenciar por Todd, aunque hubiesen acordado que se apoyarían el uno al otro por encima de sus diferencias. En este caso particular su llamada a Shepherd no perjudicaría a nadie. Al contrario, si esperaban mucho tiempo para difundir una información importante la subdirectora vería con recelo la tardanza. Además, debido a la falta de novedades en los últimos días, resultaba un alivio contactarla para demostrarle que una parte de su misión quedó completada.

La secretaria de Jennifer le informó que se mantuviera en el teléfono durante unos minutos, ya que la subdirectora estaba ocupada con una reunión. Sin embargo, le refiere que ella dio instrucciones de que las llamadas de Kalispell serían las únicas que atendería. Escuchar esto hizo que Clark se sintiera complacida, como una señal de que a su trabajo se le adjudicaba un valor especial. Pasaron menos de dos minutos cuando por fin escuchó la voz de su jefa saludándola:

—Estoy esperando tu llamada desde temprano —reclamó Jennifer—. Quería darte tiempo de que fueras tú quien se comunicara conmigo espontáneamente. Te escucho.

El tono de regaño detrás de sus palabras desconcertó a Asa. No comprendió de buenas a primeras lo que Jennifer le estaba diciendo, ni mucho menos entendía por qué daba la impresión de que estaba molesta con ella.

—Aparecieron los agentes —informó Asa—. Los hallaron en un campo desierto lejos de la carretera. Las características físicas coinciden con las de ellos, aunque todavía esperamos la confirmación oficial de huellas. Aun así, consideré pertinente que ya lo supieras.

—Que en paz descansen —declaró Jennifer—. Cuando tengas el informe forense me lo mandas de inmediato. Debo encargarme de avisar a sus familias.

—Así lo haré —prometió Asa—. ¿Hay algo más que quiera decirme? Me dio la impresión de que esperaba otra clase de conversación.

—Ciertamente —aceptó Jennifer—. No quiero interrogarte. Quiero que seas tú quien me lo diga.

—Estoy confundida —confesó Asa—. Preferiría que me hable con claridad. ¿He dicho algo que le molestara?

—No estoy molesta contigo —explicó Jennifer—. Me gustaría no caer en el juego de Gibson, pero me lo estás poniendo difícil. El agente me mandó un correo anoche con un reporte detallado sobre tu comportamiento reciente. Según ese informe extraoficial, has estado bebiendo mucho y te has ido de fiesta con los lugareños. ¿Eso es verdad?

—El agente Gibson ha exagerado en su informe —se defendió Asa—. He recorrido lugares de esparcimiento en la ciudad para hacer amistades con propósitos puramente profesionales. Gracias a ello visité el rancho Kimble. Mi plan era redactar un informe sobre ello hoy mismo y comentarlo con usted. No lo hice porque debí venir a la morgue para reconocer los cadáveres.

—Espero el informe —dijo Jennifer secamente—. Fue mi culpa haberte recomendado que te involucraras con los lugareños. No pensé que lo harías de la forma en que Gibson lo describió. En lo sucesivo consúltame tus pasos antes de actuar. No quiero que el agente se aproveche de tu inexperiencia para hacerme quedar mal.

Jennifer colgó la llamada sin esperar la respuesta de Asa, quien se estaba preparando para pedirle disculpas por su error. Se sintió traicionada por Todd e invadida por una profunda cólera. Justo entonces comprendió por qué el agente se opuso a la idea de que llamara a Jennifer tan pronto. Para el momento en que discutieron en su despacho ya él había enviado el correo que la subdirectora le mencionó. Lo que más le molestaba a la agente era que ni siquiera tuvo el valor para contarle lo que ya le había escrito a Jennifer. Con el disgusto a flor de piel, Asa entró nuevamente a la sala de autopsias para interpelar directamente a Todd. Era tanta la rabia que la embargaba que no le importó armarle un escándalo frente al forense.

—Me reportaste con Shepherd a mis espaldas —acusó Asa agitando sus manos—. Ni siquiera esperaste a que discutiéramos antes de hacerlo. Y cuando conversamos no lo mencionaste en ningún momento.

—Temí que reaccionaras de esta forma —se disculpó Todd—. Cuando envié ese correo estaba muy enojado. No me detuve a pensar en las consecuencias. Y pensé que Shepherd ignoraría mi mensaje por tratarse de mí.

Por eso no le di importancia cuando hablamos.

—Ahora ella tiene una idea completamente errónea de lo que hice. Me desprestigiaste con impresiones maliciosas. ¿Qué clase de compañero actúa de esa forma? ¿No fuiste tú quien propuso mantenernos unidos?

—Realmente creo en los puntos que acordamos esta mañana —reiteró Todd manteniendo la calma—. Lamento las consecuencias que te haya traído ese mensaje. Te aseguro que la molestia de Jennifer solo se debe a que el reclamo lo haya hecho yo. Seguro se sintió ridiculizada y por eso se la cobró contigo.

—Todo se reduce a tu competencia con ella. Siempre has estado buscando el momento oportuno de usarme como un peón para perjudicarla. Pues no vas a conseguir removerme de esta investigación. Voy a resolver este caso con o sin tu ayuda. Y no lo hago para quedar bien con Jennifer. Lo haré por mí y porque creo en los valores de la profesión que elegí. Algo que evidentemente tú has olvidado.

Asa abandonó la sala de autopsias para calmarse. Todd se quedó de brazos cruzados sin emitir ningún comentario. Cuando notó que el forense lo observaba, le hizo ver con un gesto de antipatía que se concentrara en su trabajo. No sabía hacia dónde se dirigía Asa ni cómo se iría de la morgue, ya que habían llegado juntos en su auto. A pesar de que ella tenía razón en sus reclamos, no estaba dispuesto a seguirla para pedirle disculpas. Ya suficientes humillaciones había soportado en los últimos años trabajando como un agente olvidado en un pueblo al que a nadie le importaba.

Capítulo 16

La rabia terminó siendo el detonante que Asa necesitaba para hacer las cosas a su modo, sin reparos a las recomendaciones de Todd de obrar con suma cautela. Lo que en su momento le parecieron consejos prudentes por parte de alguien que conocía mejor Kalispell, ahora se le antojaban como excusas inútiles para justificar su inactividad. Hasta el momento se condujeron mediante los métodos pasivos del agente con muy pobres resultados. Incluso los hallazgos del automóvil de los agentes o sus cadáveres representaban méritos de la Policía local, a pesar de su lentitud. La experiencia de Gibson solo parecía servir a los propósitos de promover la desconfianza hacia la población e instigarla a dudar de sí misma.

Aunque Asa no estaba segura de si lo hacía adrede como una venganza personal contra Jennifer o porque estaba hastiado de su trabajo, su actitud la condujo hacia el hartazgo. No quería seguir actuando conforme a la conveniente diplomacia de Todd Gibson. Ahora le correspondía a ella el turno de seguir sus propios métodos al margen de la influencia que anteriormente él había ejercido en la investigación.

Con esta renovada autoconfianza en sus capacidades, y gracias al expreso deseo de recuperar la simpatía de Jennifer, la agente Clark retomó el caso con fervor renovado. Esta vez su primera decisión fue visitar gran parte de los ranchos y las granjas periféricas a donde los cuerpos fueron hallados. Aunque era consciente de que pudieron ser depositados allí para despistar, tal y como lo hicieron con el coche, valía la pena de hacer el intento. De esta forma conseguiría que se corriera la voz en Kalispell y que los culpables se pusieran nerviosos ante la amenaza de ser interpelados. Asa creía que tarde o temprano el miedo a ser descubiertos los haría a cometer una acción impulsiva gracias a la cual se delatarían.

Asa aprendió de sus errores y no los volvería a cometer en lo sucesivo. Antes de planear su ruta de interrogatorios por la región le explicó a Jennifer sus intenciones por correo. A su vez añadió un informe en el cual establecía haber contactado a la familia Kimble, aunque no consiguiera nada relevante para la investigación. La agente esperaba que Shepherd la llamara de un momento a otro. En su lugar recibió una fría respuesta una hora más tarde: «Procede con los interrogatorios. Lleva el arma contigo adonde quiera que vayas».

Si Jennifer seguía molesta con ella la mejor manera de conseguir que cambiara de opinión era hacerlo con acciones. Lo fundamental era proceder

con su plan tras haber obtenido su aprobación. Así que, para el día siguiente, organizó todo lo necesario para su viaje en carretera por paradas: un mapa con las rutas detalladas, su teléfono móvil con la pila cargada al máximo, un pequeño bolso de mano con agua y alimentos, además del arma oculta bajo el cinto según lo sugerido por su jefa.

En cuanto a Todd, este no se había vuelto a comunicar con ella desde la riña en la morgue. Esperaba que fuera el agente quien la llamara para disculparse o avisarle si existían novedades sobre la autopsia. Asa decidió que haría su viaje sin notificárselo. Esta vez no podría acusarla de nada ni mucho menos perjudicarla. Contaba con la aprobación de Jennifer para esta misión particular. De este modo pasaría por encima de él, aunque se lo tomara personal. No se trataba de una venganza por sus comentarios a Shepherd. Simplemente consideró que le convendría ignorarlo por no haber demostrado el mismo nivel de compromiso que ella estaba invirtiendo en la investigación.

Pese a los conflictos con Todd y Jennifer, la agente se sentía mucho más animada de que lograría resultados distintos cuando tomó el taxi que la dejaría en las afueras de Kalispell, en el punto de la carretera que se conectaba con los primeros ranchos justo antes de entrar a la ciudad. Recordaba haber pasado de largo por ese camino cuando fue conducida por el chofer de los Kimble. Esta vez tendría la oportunidad de detenerse a explorar dicha zona en toda su extensión.

Siguiendo sus indicaciones, el conductor la dejó, no sin antes manifestar su preocupación, ya que ese no era un punto adecuado para dejar a un pasajero. Asa lo calmó asegurándole que ella era plenamente consciente de lo que estaba haciendo y tenía sus razones para quedarse en esa intersección.

—Como usted prefiera —expresó el taxista—. Esta zona es peligrosa para andar a pie, a menos que se dirija a una granja concreta. Pero que conste que queda bajo su propia responsabilidad.

—No se preocupe —insistió Asa—. Le aseguro que puedo defenderme si hace falta.

El taxista se fue tomando la ruta de regreso hacia el centro de la ciudad. Por su parte, Asa miró de frente los caminos irregulares que se alzaban a cada costado de la carretera. A medida que caminaba se percató de que dichos caminos no estaban hechos para ser caminados a pie. El terreno era excesivamente incómodo y los niveles de tierra eran irregulares en tamaño. Era una zona apta para ir a toda velocidad conduciendo por la carretera principal o para cabalgar a un lado rumbo a los ranchos. La agente verificó el

mapa tras cinco minutos de recorrido y se dio cuenta de que alcanzar el primero de los ranchos le tomaría al menos unos quince minutos.

Asa aprovechó ese tiempo para hacer cálculos de las distancias que se presentarían entre una granja y otra. Descubrió que las medidas variaban, ya que la distribución de las tierras era irregular. Algunos ranchos ocupaban muchas hectáreas, aunque parte de las mismas solían estar desiertas. Era más común encontrar series de pequeñas granjas con menos de quince minutos de distancia entre ellas. De cualquier manera, cada vivienda representaba un pequeño mundo aislado del resto. La noción de «vecino» adquiriría un sentido inútil en ese contexto. Se trataba de un territorio poblado por grandes familias que apenas tenían contacto con algunos conocidos lejanos. Las condiciones no estaban dadas para fortalecer un sentido de comunidad.

Aunque llevaba puesta una ropa deportiva, Asa sintió chorros de sudor corriendo por su frente cuando finalmente llegó a la primera granja. Allí fue atendida por una señora de sesenta años, quien le dijo que sus hijos no se encontraban en casa. Todos ellos estaban en Kalispell vendiendo mercancías y no regresarían hasta el ocaso. Clark se identificó como agente del FBI, pero esto no le produjo gran impresión a la señora. En lugar de reaccionar de forma negativa demostró su amabilidad cuando le ofreció espontáneamente un vaso de agua para que se refrescara, el cual Asa aceptó agradecida.

La agente aprovechó el ofrecimiento amable de la señora para hacerle las preguntas con las cuales planeaba interrogar a todas las casas que visitara aquel día: si vieron a los agentes desaparecidos semanas atrás y si han sabido de casos similares relacionados con grupos armados. Asa no solo quería establecer la ruta que siguieron los agentes antes de encontrar la muerte, sino también ahondar en la naturaleza de los peligros que asolaban esa zona. Si de verdad existían grupos terroristas que actuaban cerca de allí, algún estrago debieron causar en el pasado. En esta oportunidad la señora respondió que nunca antes había recibido una visita como esa. Oficialmente, esa era la primera vez en su vida que hablaba con una agente del FBI. A su vez, afirmó categóricamente que se sentía segura viviendo allí.

—Yo nunca salgo de este lugar —refirió la señora—. Ya no soporto las largas caminatas. Cuando no estoy haciendo labores, paso largas horas sentada en esta mecedora. De cualquier cosa que sucediera en esta zona yo me habría dado cuenta primero que nadie.

La agente le dio las gracias por su receptividad y siguió su recorrido. Si quería ahorrar tiempo no debía extender las visitas por un lapso superior a los

diez minutos. La siguiente granja solo le tomó menos de quince minutos de caminata. Esta vez encontró a toda una familia ocupada en diversas tareas, desde los más adultos hasta los niños y adolescentes. Cuando se presentó como agente del FBI, mostrando su identificación, los pequeños la observaron con curiosidad y admiración, como si se tratara de alguien importante. A diferencia de ellos, los padres intercambiaron miradas asustadas.

—No tienen nada que temer —los calmó Asa—. Comprendo que no están acostumbrados a recibir este tipo de visitas. Solo necesito que me respondan unas preguntas. Se las estoy haciendo a todas las personas que viven en esta zona, sin ningún orden o interés en particular.

Sus interlocutores se relajaron gracias a su aclaratoria. No obstante, cuando escucharon las preguntas, sus respuestas fueron muy vagas. Decían no estar seguros si recibieron la visita de tales agentes. Luego Asa comprendió decepcionada que en realidad se estaban refiriendo a la Policía local, o al menos fue lo que supuso. En lo referente a la seguridad del lugar, dijeron que el mayor problema eran los ladrones de ganado. A excepción de algunos animales muertos o robados, no habían sido testigos de actos violentos, mucho menos contra alguna persona.

Tratando de cumplir con los tiempos que se exigió a sí misma, decidió seguir adelante con la siguiente granja. Dos horas más tarde había conseguido entrevistar a alrededor de siete familias. Algunos dijeron que los agentes no los visitaron, mientras que otros afirmaron que sí, aunque no estaban completamente seguros. Dijeron que quienes pasaron por su casa nunca se identificaron como parte del FBI. Asa se quedaba un poco más de tiempo con quienes hicieron estas declaraciones, queriendo averiguar qué les preguntaron exactamente tales visitantes. Las respuestas fueron más o menos similares: un hombre y una mujer pasaron por sus casas haciéndoles preguntas acerca de sus opiniones sobre el Gobierno y la política conservadora.

Pese a esta revelación, no tenían nada extra que añadir. Las descripciones que hicieron de estos visitantes no coincidían con las de sus compañeros. Esto solo consiguió confundirla aún más. ¿Acaso era posible que existieran dos impostores haciendo el trabajo de los agentes desaparecidos? ¿Con qué propósito? Asa no descartó que los asesinos fueran lo suficientemente astutos para prevenir lo que sucedería después de haberlos matado. Seguro, suponiendo que el FBI mandaría otros agentes, tomaron medidas al respecto creando pistas falsas. La documentación que Charlotte y Paul llevaban consigo permanecía extraviada. Si estos papeles estaban en manos de los culpables,

entonces ya tendrían una idea de los intereses que los federales tenían en esa región. Todavía era muy apresurado para sacar conclusiones, pero la agente no creía posible que sus compañeros hubieran tenido tiempo de visitar a nadie. En el caso de que hubieran cambiado de planes se lo habrían notificado antes a Jennifer.

Con más preguntas que respuestas en mente, Asa se despidió de la última familia entrevistada y comprobó que la siguiente parada era uno de los ranchos grandes. Para llegar a la casa principal debía realizar una larga caminata. La agente decidió que esa sería su última parada antes de llamar a un taxi para que la llevara de vuelta a la ciudad. No quería quedarse sola en la carretera para cuando comenzara a caer el sol.

Ante ella se alzó una casa similar a la del viejo Joe, aunque la arquitectura de la misma parecía mucho más modernizada. En contraposición, era más pequeña y no se veía que contara con un establo de animales semejante al del rancho Kimble. A su encuentro le salió una mujer gorda de expresión ruda, quien la interpelló con desconfianza acerca de su presencia allí.

—Solo vengo a hacer preguntas para un caso que estoy investigando —expuso Asa—. Vengo enviada por el FBI.

—Haga sus preguntas y siga su camino —advirtió la mujer—. No queremos problemas.

—Antes de hacerlas me gustaría saber si alguien más vive con usted —inquirió Asa—. Podría serme de ayuda escuchar distintos puntos de vista.

La mujer le dijo que su esposo estaba trabajando y no quería interrumpirlo. Asa entendió que era inútil seguirle insistiendo, así que se conformó con hacerle a ella las preguntas. Sus respuestas no ofrecieron nada nuevo. Esta fue una de las que negó categóricamente que alguien del FBI la visitara antes. Afirmó no tener conocimiento alguno de amenazas en contra de la región, fuera de algunas riñas entre borrachos o venganzas de trabajadores resentidos.

—Aquí resolvemos nuestros problemas sin necesidad de intervención —recalcó la mujer—. No nos hace falta que otros vengan a escarbar en nuestros asuntos.

Hasta el momento fue la persona más hostil que la recibió. No debía ser casual que se tratara de la dueña de un rancho. En comparación, las familias de granjas pequeñas presentaban un comportamiento respetuoso y sin altanerías.

—Gracias por atenderme —dijo Asa con cinismo—. Espero que su tarde le sea provechosa.

La agente pretendía alejarse de aquel rancho, queriendo buscar algún punto del camino para llamar un taxi. Se sentía agotada y no quería seguir caminando. Comprendía que solo conseguiría las mismas respuestas que ya había recolectado hasta el momento. Tan concentrada como estaba en sus pensamientos, la tomó por sorpresa una voz que la llamó:

—¡Eres tú! —la reconoció un hombre—. La amiga de Gabriel.

Cuando se volteó para ver quién le hablaba, reconoció a Ezekiel Warren, el hombre que siempre andaba acompañando a los Kimble en sus negocios. Asa lo saludó cortésmente y compartieron unas palabras. Supo entonces que la casa que acababa de visitar era la suya y que fue atendida justamente por su esposa. La agente le explicó que andaba haciendo unos cuestionarios por la zona para un trabajo, sin especificarle su asociación con el FBI. Ya se enteraría cuando hablara con su mujer, y prefería no confirmárselo directamente.

Al manifestarle que regresaría a Kalispell enseguida Ezekiel le ofreció ir a su casa para que llamaran a un taxi. Asa no quería toparse nuevamente con la mujer cuyo trato antipático la había puesto de mal humor. Prefirió mentirle asegurándole que un conductor la esperaba en una granja no muy lejos de allí. Ezekiel la creyó y la dejó continuar su camino. Presentaba un aspecto sudoroso y parecía deseoso por llegar pronto a su casa. La agente esperaba que su esposa no le contara su anécdota con la agente del FBI, ya que enseguida sabría que se trataba de ella. De ser así en la familia Kimble se enterarían de su verdadero oficio.

—Ya me ocuparé de eso en su momento —se dijo a sí misma cuando perdió de vista a Ezekiel—. Por ahora la prioridad es conseguir un taxi que me saque de aquí.

Capítulo 17

Tras su paseo por los ranchos y las granjas fuera de Kalispell, la agente Clark comenzó a trazar un diagrama de las áreas en las que los agentes fallecidos pretendían llevar a cabo su investigación. Le desconcertaba que algunos aseguraron recibir la visita de personas distintas con la misma intención, mientras otros simplemente negaron haber sido interrogados por alguien no perteneciente a la Policía local. Algo no encajaba con esas contradicciones y Asa creía que alguien intentaba forjar pruebas para retrasar la investigación. Para contrarrestar estos esfuerzos sabotadores, Asa entró en contacto directo con la Policía local y les pidió que no cesaran en la búsqueda de pistas. Todavía los documentos que los agentes llevaban consigo seguían desaparecidos y su paradero podría denunciar a las personas que intentaron despistarla.

El contacto con el agente Gibson se limitaba a la interacción a través de correos electrónicos. Cada vez que él recibía una llamada de la Policía local o desde la morgue, le escribía a Asa con las correspondientes novedades. Se demostraba pendiente de los avances en el caso, pero no parecía querer involucrarse activamente en su ejecución. La agente desconocía si estaba al tanto de sus interrogatorios por la región, ya que no hizo mención de ellos en sus mensajes. Ella no quiso contárselo, tal y como hizo con Jennifer, a menos que él sacara el tema a colación.

Por otro lado, Asa se preguntaba si Gabriel Kimble se habría enterado de su papel como agente del FBI a raíz de esos interrogatorios, mediante la esposa de Ezekiel Warren o cualquiera de las otras familias interrogadas. Recientemente había recibido dos llamadas suyas en el hotel, a los cuales ella dejó como único recado que estaba ocupada y que prometía llamarlo en cuanto se aligeraran sus responsabilidades. Por desgracia, este distanciamiento no consiguió que dejara de pensar en él.

Después de un par de días de investigación, invertidos en organizar sus datos y actualizar el informe diario que le enviaba a Jennifer a raíz de sus regaños, Asa se animó a salir un rato para despejar su mente. Para evitar futuros inconvenientes, se lo dejó saber a su jefa en otro correo sin pedirle permiso. A pesar de los propósitos estrictamente laborales que la obligaban a permanecer en Kalispell, la agente necesitaba un ligero rato de esparcimiento. Ella sentía que no había avanzado en el caso desde la aparición de los agentes. Por mucho que intentaba esforzarse redactando informes en el hotel, eso no aceleraba el proceso. Por lo tanto, pensó que le sentaría bien desconectarse

del caso por unas horas, especialmente tras el ajetreo de los últimos días. Decidió entonces presentarse en uno de los bares locales que no había tenido la oportunidad de visitar anteriormente. En parte pretendía evitar el billar donde conoció a Gabriel por primera vez, ya que supuso que las probabilidades de encontrarlo serían más altas en dicho lugar que en cualquier otra parte.

El bar en cuestión no era muy distinto a los lugares que ya había conocido. Se trataba de una ciudad uniforme y aburrida donde rápidamente se agotaban las sorpresas para cualquier visitante. En la barra pidió un coctel de esos que el *barman* sugirió como «solo para clientas». Esa noche no le importaba ser vista como una simple mujer. Más bien, le agradaba la idea de sentarse en una esquina a beberse su trago y observar al resto. El lugar estaba medianamente concurrido. A diferencia del billar, descubrió más mujeres acompañadas de sus parejas. Las edades variaban, lo cual era un indicio de que se trataba de un bar con carácter más «familiar» a donde los hombres llevaban a sus esposas.

El centro del lugar lo ocupaba una extensa pista de baile donde sonaba música *country*. Las parejas iban y venían por la pista, interrumpiendo su baile solo cuando querían recargar sus tragos. Asa los miraba recreándose con los pasos que ejecutaban. Algunos eran sumamente complicados, aunque se trataran de los típicos bailes de vaqueros. Le habría gustado conocer bien esos pasos para participar de la diversión, pero lo mejor era seguir allí tratando de pasar desapercibida. Una de las ventajas de ese bar era que no estaba siendo hostigada por hombres solteros, o que fingían estarlo para llamar su atención. Tampoco veía ninguna cara familiar entre quienes había conocido hasta el momento. Todas las condiciones estaban dadas para mantenerse invisible.

El cumplimiento de sus expectativas fue alterado enseguida, cuando entraron tres nuevas personas al lugar. Se trataba de David y su esposa Jane, quienes se dirigieron a una mesa en el fondo del lugar, donde había un grupo de vaqueros que seguramente eran amigos suyos. De inmediato, después de ellos, entró Gabriel, quien con su despiste natural no lanzó ninguna mirada a la barra y caminó directamente hacia el lugar donde ya estaban sentándose sus familiares. Asa contempló por un momento la posibilidad de marcharse discretamente antes de que notaran su presencia. No obstante, creyó que, si hacía esto, las probabilidades de que la vieran caminando hasta la salida eran mayores. Si se mantenía sentada en el mismo lugar quizá podría escabullirse cuando los notara más distraídos.

En la mesa de los Kimble y sus amigos, estos discutían sobre los precios de las reses y los impuestos que se veían obligados a pagar cada vez que comerciaban con alguna transnacional. Por tratarse de ellos, el *barman* les llevaba los tragos directamente para que no caminaran hasta la barra. Gabriel estaba sentado a espaldas de esta, contemplando su vaso con una mirada distraída. Jane notó que su cuñado lucía apagado y no desaprovechó la oportunidad para hacérselo notar frente al resto.

—¿Todavía no te ha llamado esa muchacha? —le preguntó Jane—. Quizá sea mejor así. No creo que ella haya sido completamente honesta contigo.

—Sus razones tendrá para no hacerlo —la defendió Gabriel—. ¿Por qué hablas de esa forma sobre ella? Apenas la conociste.

—En estos días hablé con la esposa de Ezekiel —comentó Jane—. Me dijo que hace unos días una mujer la interrogó respecto a unos agentes del FBI desaparecidos. Ezekiel supuso enseguida que podría tratarse de Asa, ya que se la había encontrado en los alrededores de su rancho. Justamente venía de realizar ese interrogatorio.

—En mi granja se presentó una mujer similar haciendo preguntas extrañas —comentó otro de los presentes—. Me lo contó mi madre porque yo no fui quien la recibí. ¿En serio la conoces?

—Ella trabaja en el campo de la sociología —recordó Gabriel—. Seguramente se trata de un proyecto suyo. No tenemos por qué inmiscuirnos en sus asuntos. Este es un país libre.

—Esa libertad tiene límites si atenta contra la seguridad de la ciudad —opinó David—. Si alguien anda intentando escarbar en asuntos que le corresponden a la Policía, pues no me parece una actitud inofensiva.

—Cambiemos de tema —pidió Gabriel—. No me gusta hablar de una persona cuando no está para defenderse.

La petición del joven Kimble fue declarada con una autoridad que no admitía objeciones. Aunque Gabriel se distinguía por ser un hombre pacífico, cuando se molestaba llegaba a ser tan implacable como su padre, demostrando el gran parecido que existía entre ellos. A Jane no le agradó que su cuñado quisiera rehuir la verdad detrás de aquel tema, pero guardó silencio. Rato después se excusó para ir al baño. En vista de los acontecimientos, la intención de Asa en no ser notada resultó exitosa durante al menos veinte minutos, hasta el momento en que Jane confundió el camino hacia el baño y amabas mujeres terminaron haciendo contacto visual. La cuñada de Gabriel volteó a otra parte fingiendo que la ignoraba y se devolvió a la mesa para

revelar su descubrimiento. Gabriel reaccionó de inmediato dirigiéndose a la barra para saludarla.

—Por fin te vuelvo a ver —enfaticó con una ligera nota de resentimiento—. ¿Por qué no me has regresado las llamadas?

La franqueza de Gabriel la desarmó por completo. Su reclamo sonaba justo, demostrándose más decepcionado que molesto.

—He estado ocupada —dijo Asa—. Tampoco estaba segura de si era apropiado llamarte. Así y todo, me alegra verte.

—Yo también. Por eso lamento que mi alegría deba estar empañada por cuestionamientos que no tengo el derecho de hacerte. No tengo ánimos de presionarte.

—Por favor, quédate a acompañarme un poco más —le pidió Asa cuando este hizo el amago de volver a su mesa—. He pensado mucho en ti estos días. Sí he querido llamarte, pero mi vida se ha complicado en los últimos días.

La conversación fue interrumpida por la presencia de Jane, quien no soportó quedarse en su mesa sin intentar responder personalmente las dudas que ya había planteado sobre la agente.

—Hasta que por fin te dejas ver —reclamó con un tono despectivo—. ¿Hace cuánto tiempo estabas aquí escondiéndote de nosotros?

—Nadie te ha llamado, Jane —le dijo Gabriel visiblemente molesto—. Estás cruzando un límite.

—¿No era ese el tema que estábamos tratando hace unos minutos? —le espetó Jane—. Sobre la importancia de no cruzar límites perjudiciales. Justamente hablábamos de ti, Asa.

—¿De mí? —repitió Asa—. Me alegra saber que soy notoria entre sus conversaciones.

—Lamentablemente, por las dudas que genera tu presencia en esta ciudad —repuso Jane sin rodeos—. A nosotros han llegado los rumores de que has estado hurgando en los alrededores. El tipo de preguntas que haces no parecen encubrir un simple interés como socióloga.

—Tengo mis motivos —refirió Asa—. No estoy obligada a compartirlos con nadie, a menos que yo así lo quiera.

—Podrás engañar a Gabriel, pero no al resto —siguió Jane—. El asunto es de nuestro total interés cuando se trata de alguien que genera desconfianza. Entraste en nuestra casa mediante engaños. ¿Te han enviado del FBI? ¿O te haces pasar por agente en nombre de otros intereses aún peores?

—No tienes ni remota idea de sobre lo que estás hablando —respondió

Asa molesta—. Ni siquiera te preocupan realmente los peligros que enfrenta la localidad. Créeme que mis acciones no están orientadas en perjudicar tus tontos intereses. No he venido aquí para ser fastidiada.

Asa se dispuso a abandonar el lugar para no seguir propiciando una discusión sin sentido. Gabriel le lanzó una mirada furibunda a su cuñada y corrió tras la agente hasta alcanzarla en la salida. La agente apresuró el paso, pero Gabriel se interpuso en su camino, obligándola a detenerse.

—En otra ocasión hablaré contigo, Gabriel —sugirió Asa—. Por ahora no me siento cómoda en estas circunstancias.

—Jane se comportó de un modo grosero —aceptó Gabriel—. Pero yo no debo pagar las consecuencias por su falta de modales. Me pediste que te acompañara. ¿Acaso cambiaste de opinión?

—Aprecio tu compañía —reconoció Asa—. Solo que en este momento no tengo permitido darte las respuestas a tus dudas.

—Las dudas de los demás no son las mías —manifestó Gabriel—. Cuando quieras hablar conmigo sobre esos asuntos, te escucharé. Nada de eso me importa tanto como verte y escucharte. Déjame acompañarte caminando hasta el hotel. Prometo no hacerte preguntas.

—Muy bien —aceptó Asa—. Me agrada la idea.

Ambos caminaron en silencio por la acera, disfrutando estar uno al lado del otro a pesar de las circunstancias que intentaban separarlos. Asa tuvo deseos de abrir su corazón y contarle todo lo relativo a su misión, para que comprendiera la naturaleza exacta de sus encubrimientos. En su fuero interno ella creía que Gabriel comprendería sus argumentos y la perdonaría por omitirle información. Sin embargo, no le era lícito confesar ningún aspecto sobre su trabajo sin la autorización de sus superiores. A su vez, tampoco se creía capaz de hablar abiertamente sobre los sentimientos que se agitaban en su interior cada vez que lo veía.

Por su parte, Gabriel guardó las distancias y la acompañó hasta el hotel sin atentar a su promesa de silencio. Se despidieron con una sonrisa exenta de exigencias y declaraciones. Por un momento, pareció que para ambos no hacían falta las palabras. Asa deseó que ojalá esa certeza bastara para reencontrarlos en mejores condiciones.

Capítulo 18

A la mañana siguiente, Asa se presentó en la oficina del FBI dispuesta a enmendar la relación con su compañero. La oficina estaba desierta y Asa se preguntó qué pasaba. La recepcionista llegó un rato después y le contó a la agente que Todd Gibson había ido al aeropuerto a recoger a un agente de alto nivel de Salt Lake City. Con esto sintió que se disparaban las alarmas: ¡Jennifer vendría a Kalispell! Al principio le emocionó la noticia porque la presencia de la subdirectora la haría sentirse apoyada frente a las autoridades regionales. Sin embargo, luego dudó de las ventajas de su aparición. Si pretendía ir hasta allá, ¿por qué no se lo había avisado? Lo que más le sorprendió fue que hubiera preferido comunicarse con Gibson antes que con ella. Eso bastaba para preocuparse, imaginando que algo no andaba bien.

Asa decidió que los esperaría en el despacho. No tenía otros planes para aquel día y prefería estar presente cuando la subdirectora llegara para enterarse de inmediato qué la trajo hasta allí. La incógnita tardó dos horas y media en ser resuelta, cuando Gibson llegó en su furgoneta acompañado por Jennifer. La agente sintió que una ola de nerviosismo recorría su cuerpo al escuchar sus voces en la primera planta. Suponía que la secretaria de Todd les diría que ella estaba esperándolos desde temprano.

—Justo a quien más esperaba ver —la saludó Jennifer cuando entró al despacho—. Lamento no haber tenido tiempo de avisarte. Todo fue muy rápido.

—¿Sucedió algo de lo que deba enterarme? —preguntó Asa—. Me alegra tenerla aquí. Sin embargo, me siento algo confundida.

—Conmigo aquí ya no debería haber nada que te preocupe —refirió Jennifer—. He venido para supervisar de cerca la investigación y apoyarte.

Todd Gibson no se atrevía a mirarla directamente a los ojos. Durante la conversación entre ellas se mantuvo apartado y sin emitir ninguna opinión. Asa tuvo la impresión de estar atrapada en una emboscada organizada por ambos, a pesar de sus diferencias. Comprendía bien lo que encubrían las palabras de su jefa. Estaba allí para vigilar su comportamiento. Asa trató de actuar con naturalidad y le dio a la subdirectora los detalles de sus últimos hallazgos, a partir de los interrogatorios que hizo por la zona.

—Justo lo que explicaste en tu último informe —desestimó Jennifer—. No han encontrado pistas lo suficientemente buenas para avanzar.

—Me temo que eso podría cambiar —intervino Todd—. Preferí esperar a que todos estuviéramos reunidos para hablarles sobre lo que descubrieron en

el laboratorio esta mañana. Encontraron una pista a partir de los sedimentos de tierra hallados en los pedales del vehículo. Finalmente ubicaron a qué lugar corresponde esas tierras.

—Estupendo —celebró Asa—. Podemos interrogar de inmediato a las personas que vivan en las tierras que se correspondan con esos sedimentos.

—Pues eso será complicado para ti —refirió Todd—. Ese tipo de suelo en particular se encuentra justamente cerca del rancho Kimble. En vista de que la has pasado tan bien con el hijo menor, no creo que sea prudente confiarte esa responsabilidad.

Asa estuvo a punto de estallar producto de la molestia que le ocasionó la acusación de Todd. No obstante, se esforzó en mantener la calma para no darle la razón en frente de Jennifer.

—Al contrario —intercedió la subdirectora Shepherd—. Creo que esta será la oportunidad perfecta para que la agente Clark se redima de sus actos inapropiados.

—Los respeto a ambos —se desahogó Asa—. Aún así, reclamo una oportunidad para defenderme. Veo que se han puesto de acuerdo en acusarme por situaciones en las cuales no ha ocurrido nada grave. Mi contacto con la familia Kimble no ha perjudicado la investigación.

—No hace falta que te justifiques —replicó Jennifer con calma—. Simplemente demuéstranos que no hay nada de lo que debemos preocuparnos. Ve ahora mismo al rancho Kimble para someterlos al escrutinio que la investigación demanda.

—Partiré enseguida —repuso Asa sin un asomo de duda—. Llegaremos al fondo de esto. Este es mi caso y lo voy a resolver, cueste lo que cueste.

—Yo te llevo —se ofreció Todd—. Yo también formo parte del caso y mi trabajo sigue siendo ayudarte.

Los dos agentes salieron juntos del despacho, dejando a Jennifer a sus anchas. Asa se reservó los reclamos que deseaba hacerle para cuando estuvieran finalmente a solas.

Capítulo 19

David Kimble se encontraba en la ciudad comprando suministros en una tienda cercana a una gasolinera. Mientras hace la cola para pagar se queda viendo la vitrina que da al exterior. Allí afuera, cerca de las bombas de gasolina, reconoce a Asa Clark echándole una bronca a Todd Gibson. Aunque nunca ha tenido trato directo con el agente, todo el mundo en la ciudad sabía para quién trabajaba. Esto le confirmó por completo las acusaciones hechas por Jane la noche anterior. La mujer por la cual su hermano ha estado obsesionado durante las últimas semanas es una agente federal encubierta. Esto le hace sentirse burlado y con ganas de poner a su hermano en su sitio. Una sensación de alerta se convirtió en un presentimiento. Animado por este palpito repentino, decide cancelar sus compras y regresar al coche, donde el chofer de la familia lo está esperando, cuidándose de no ser visto por los agentes, que continuaban en plena disputa.

—Volvamos al rancho —pidió David—. Conduce tan rápido como sea posible.

Al llegar al rancho se encuentra con Jane, quien al verlo alterado manifiesta su preocupación. David entonces le cuenta lo que ha visto, y su esposa asiente complacida al comprobar que sus sospechas eran ciertas. Había llegado el momento de poner cartas en el asunto con Gabriel debido a su imprudencia. Juntos se dirigen al establo, en donde el muchacho estaba ocupado alimentando a los caballos, para confrontarlo. Al verlos, interrumpió su labor para atenderlos, percibiendo que se traían algo entre manos.

—Parecen molestos —se burló Gabriel debido a sus expresiones serias—. Sé lo que esas caras significan. ¿Cuál es el problema?

—El problema es Asa Clark —le dijo David—. No quería meterme en tus asuntos, pero no me has dejado otro remedio.

—¿Qué hay con ella? —preguntó Gabriel con fastidio—. Vienen a traerme más chismes de la gente del pueblo.

—Esta vez es tu hermano quien lo ha visto con sus propios ojos —comentó Jane—. Esa mujer es una agente federal.

—¿Y qué importa si lo es? —interrogó Gabriel—. ¿En qué podría afectarles?

—Te exijo que dejes de verla —sentenció David—. Esa mujer nos pondrá en peligro, aunque tú no alcances a comprenderlo. Por favor, hazle caso a tu hermano mayor. Deja de verla por completo. Hay muchas cosas en juego.

Gabriel nunca antes había visto a su hermano con una expresión de preocupación como aquella. Comprendió que la advertencia de David no respondía a un mero capricho.

—No he vuelto a verla —aseguró Gabriel—. ¿A qué se debe todo esto? Necesito que me hables con honestidad para comprender tus razones.

—Debemos evitar las distracciones —indicó David misteriosamente—. He reservado un gran trabajo para ti. Te hablaré de ello a su debido momento. Por ahora necesito que cuides del rancho mientras no estoy. Reúne a todos los trabajadores y pídeles que se mantengan alertas. Volveré pronto. Antes debo atender unos asuntos fuera de aquí.

—¿Adónde irás? —insistió Gabriel—. Si me explicas con claridad podré ayudarte. ¿De quién nos estamos protegiendo?

—Confía en mí —pidió David sin revelar lo que tramaba—. Prométeme que cuidarás al viejo Joe.

—Por supuesto —respondió Gabriel con un gesto de extrañeza—. Me estás asustando.

David agitó sus manos, dándole a entender que hablarían luego, y salió del establo seguido por su esposa. Gabriel trataba de entender el comportamiento de su hermano sin hallar una respuesta coherente en su mente. De cualquier manera, la solidaridad familiar pesaba más que cualquier otro compromiso, así que se dispuso a regresar a la casa principal para asegurarse de que su padre estaba bien y seguidamente ocuparse de las instrucciones que le dio David, confiando en que pronto regresaría para aclararle cada una de sus dudas. En cuanto a Asa, no tenía intenciones de buscarla, ya que cada vez estaba menos seguro de si ella correspondía la atracción que él sentía. Justamente, tras la advertencia de su hermano se añadía otra razón para dejar las cosas tal y como estaban.

Capítulo 20

En la gasolinera, Asa y Todd tuvieron la mayor de sus discusiones, tal y como David fue testigo a distancia. La agente Clark lo interpeló a razón de su comportamiento frente a la subdirectora y a sus intenciones de contribuir a su humillación. En lugar de defenderse oponiendo argumentos para disuadirla, Gibson aceptó su responsabilidad. Aseguró que actuó de este modo para que ella se diera cuenta de la clase de persona que era Jennifer, quien en un segundo disminuyó la labor realizada hasta el momento por no ceñirse exclusivamente a su autoridad.

Tras haber aireado sus diferencias, Asa se calmó y propuso una tregua para demostrarle a Jennifer que se harían cargo de la situación trabajando en equipo. A Todd le complació la decisión y propuso que se presentaran en el rancho Kimble con el refuerzo de la Policía local. Si los agentes murieron en sus tierras, no debían arriesgarse cometiendo el mismo error que les costó la vida a sus colegas. Si no eran culpables de nada, entonces no habría nada que temer, pero los refuerzos de seguridad servirían como prevención suficiente para evitar una futura desgracia. Asa estuvo de acuerdo y juntos se presentaron en la comisaría para reclutar a un grupo de hombres armados que los acompañarían hasta la casa del viejo Joe.

A media mañana, los agentes condujeron a la cabeza de una cuadrilla de policías en dirección al rancho Kimble. Como bien ya lo había comprobado Asa, les tocó estacionarse en el costado de la carretera, donde daba comienzo el extenso campo que los separaba de la casa principal. La agente se puso al frente y dio órdenes de avanzar, pidiendo que tuvieran sus armas a la mano, pero que evitaran dar una impresión de amenaza.

—No apunten a menos que ellos lo hagan primero —ordenó Asa—. Si llevan armas, no se apresuren a asumir una posición de ataque hasta que ellos apunten. Recuerden que aquí todos van armados por naturaleza. Somos muchos, y eso debe ser suficiente para disuadirlos de cualquier tentación de disparar.

Asa y Todd continuaron caminando al frente, hasta que arribaron a la casa principal. Como era de esperarse, el viejo Joe estaba sentado en el porche y los recibió poniéndose de pie y blandiendo su arma. Al comprobar que todos los presentes estaban armados asumió una posición de ataque, apuntándolos, que obligó a que todos los policías sacaran sus armas para imitarlo. Antes de que ocurriera una desgracia, Asa alzó las manos saludando al viejo Joe y se acercó lentamente hasta él.

—Venimos en son de paz —prometió Asa—. Sabes que no te haría daño, viejo Joe.

—¿Así le pagas a tus anfitriones, muchacha? —preguntó Joe sin bajar el arma—. Reconozco que me caíste bien. No me gustaría verme obligado a dispararte si intentas allanar mi propiedad.

—Baja el arma, papá —gritó Gabriel saliendo de la casa principal—. Entra, yoo me encargo.

Joe obedeció a su hijo y le dio la espalda a la agente. Los policías se relajaron guardando nuevamente sus armas. Antes de entrar a la casa, Joe le colgó su rifle a Gabriel en el hombro. Sin embargo, él no imitó a su padre. En cambio, caminó con las manos arriba hasta ponerse frente a Asa y dedicarle una mirada retadora.

—¿Hasta dónde pretendes llegar con todo esto, Asa? —la confrontó Gabriel—. O debo decirte, agente Clark. De eso se trató todo, ¿no es cierto? Me usaste para conocer a mi familia sin decirnos que trabajabas para el FBI. Ahora quieres perjudicarnos, y yo tuve la culpa por dejarte entrar en mi casa la primera vez.

A Asa le duele comprobar la decepción en el rostro de Gabriel. Quisiera explicarle con palabras dulces que no había nada por lo cual él debería sentirse culpable, y que a pesar de sus mentiras, ella sí se preocupa por él. No obstante, mantiene una actitud estrictamente profesional.

—Por el momento no estamos haciendo ninguna acusación —explicó Asa con un tono formal—. Una pista nos ha conducido a este rancho como posible escenario donde ocurrió un crimen semanas atrás. Venimos a comprobarlo. Si deciden colaborar con nosotros será mucho mejor para todos.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Todd—. ¿Se encuentra en la casa?

—David está en las montañas arreando el ganado —mintió Gabriel—. Seguramente no tardará en volver. Los pastos se están secando por la falta de lluvias. Él y algunos otros rancheros locales han trasladado sus rebaños más al norte. ¿Para qué lo necesitan?

—Necesitamos interrogar a toda la familia —explicó Asa—. Queremos asegurarnos de que todos ustedes contesten nuestras preguntas.

—Nosotros no tenemos nada que esconder —afirmó Gabriel—. Solo ustedes dos entren a la casa. Pregunten lo que quieran y luego lárguense de aquí.

Los agentes aceptaron la oferta y le hicieron señas a los policías para que se mantuvieran alertas afuera de la casa. Todd y Gibson siguieron a Gabriel,

quien los condujo hasta el salón principal, donde ya estaban Joe y Jane. Todos lucían molestos, y no tuvieron reparos en manifestarlo abiertamente con las miradas de desprecio que les lanzaban. Sin embargo, Gabriel asumió el control total. Les explicó que les convenía responder las preguntas de los agentes para aclarar cuanto antes la molesta situación. En todo ese tiempo no hizo contacto visual con Asa, como si se tratara de una desconocida de quien quería deshacerse tan pronto como fuera posible.

—Estamos investigando la muerte de unos agentes del FBI —explicó Todd—. Aunque los cadáveres fueron encontrados en otro lugar, tenemos evidencias que nos llevan a la conclusión de que murieron cerca de sus tierras. El rancho Kimble era la primera parada en su ruta.

—Ustedes son los primeros agentes que he visto en este rancho —afirmó Gabriel—. No me consta que hayan pasado por aquí.

—Yo los eché de mi propiedad —dijo Joe para sorpresa de todos—. Pensé que eran unos impostores que me estaban gastando una broma.

Para sorpresa de Gabriel, quien desconocía que esto hubiera sucedido, el viejo explicó los pormenores de su encontronazo con los agentes. No ocultó que pretendía echarlos a balazos si insistían en seguir allí cuando regresara. Explicó que les dio un tiempo para irse cuando entró en la casa para buscar su rifle, pero que cuando salió de nuevo, estos ya se habían ido.

—¿A qué hora aproximadamente llegaron al rancho? —preguntó Asa—. ¿No recuerdas el día?

—No recuerdo bien —dijo Joe—. Fue a principios del mes, creo.

—Lo siento mucho —se disculpó Asa por adelantado—. No nos queda más remedio que revisar las instalaciones.

A pesar de las objeciones puestas por Gabriel y Joe, el agente Gibson les mostró una orden de registro. Aunque Joe insiste en poner resistencia, su hijo lo calma. Jane se mantiene silenciosa, mordiéndose las uñas con actitud nerviosa. Por su parte, los agentes salen para dar nuevas instrucciones al equipo de policías. De esta manera comienzan a desplegarse por toda la propiedad, buscando cualquier prueba que vincule a los Kimble con el asesinato de los agentes de campo. Todd y Asa se quedan en el porche acompañados por dos policías, atentos a cualquier señal. Gabriel se les une para supervisar sus acciones. La agente Clark aprovecha ese momento para hablarle.

—Lamento que las cosas se dieran de esta forma —se disculpó Asa—. Me habría gustado contarte sobre mis planes, pero no me estaba permitido.

Igual quiero que comprendas que el tiempo que pasé contigo no fue un modo de usarte. Realmente me alegra haberte conocido y desearía que otras fueran las circunstancias.

—Me cuesta creerte —declaró Gabriel sintiéndose traicionado—. No soporto siquiera verte a los ojos.

—Esto es tan difícil para mí como lo es para ti —afirmó Asa—. Yo sé que eres inocente. Tú no serías capaz de matar a alguien y actuar como si nada. Pero quizá alguien en tu casa sí lo ha hecho. Ustedes tienen muchos trabajadores. Incluso alguien que quieres pudo haber hecho algo de lo cual no te has enterado.

—Cualquier acusación contra mi familia es una ofensa para mí —refutó Gabriel—. No intentes engatusarme diciendo que confías en mí, pero no en la gente que quiero. No me creo ninguna de tus mentiras. No quiero ni escucharte. Haz tu trabajo, que yo haré el mío: cuidar a mi familia y proteger la propiedad.

Gabriel se fue antes de que ella intentara seguir disculpándose. Su intención era vigilar de cerca los movimientos de los policías y asegurarse de que no intentaran poner pruebas falsas para inculparlos de un delito. Asa tuvo ganas de seguirlo, pero comprendía que eso solo la haría quedar mal frente al resto. Todd había observado la conversación a distancia y se acercó nuevamente a ella cuando el muchacho se fue.

—Estás haciendo lo correcto —comentó Todd—. Algo oculta esta familia. No te conviene que te asocien con ellos.

—Gabriel no ha hecho nada malo —lo defendió Asa—. Pero apoyará a su familia si alguno de ellos resulta culpable.

—Y eso lo convierte en un cómplice —enfaticó Todd—. En estas tierras tienen un concepto distorsionado de la justicia. La lealtad se convierte en una excusa para proteger criminales.

—No es muy distinto al mundo del cual vinimos —replicó Asa—. No somos mejores que ellos.

Capítulo 21

El registro del rancho resultó un fracaso para los agentes. Por mucho que revisaron en los alrededores de la casa Kimble no hallaron nada que los inculpara. El viejo Joe se burló de ellos y Jane no disimulaba su sonrisa. Solo Gabriel parecía conservar la molestia con que los recibió. Cuando Asa intentó despedirse, este se introdujo en la casa para evitar cualquier contacto con ella. En su lugar fue su cuñada quien habló en el nombre de la familia:

—Se metieron con la familia equivocada —amenazó Jane—. Tomaremos represalias por este atropello.

Clark ignoró los comentarios de la mujer y emprendió el camino rumbo a la furgoneta. Los policías se retiraron para regresar a sus patrullas. Después de terminar la investigación en el rancho sin encontrar ninguna prueba importante, Todd y Asa conducen al equipo de regreso a la oficina local en Kalispell. Buena parte del camino la pasaron sin dirigirse la palabra. Gibson iba al volante mientras su compañera no apartaba la mirada de la ventanilla en actitud reflexiva.

—Tuvieron mucho tiempo para limpiar la escena del crimen —dijo Todd rompiendo el silencio—. Aunque igual estoy convencido de que los agentes murieron cerca del rancho Kimble. Joe mintió en su primer testimonio. Bien pudo mentir sobre el hecho de no saber qué le ocurrió a nuestros compañeros.

—Hicimos el ridículo —se desahogó Asa—. Supongo que quedarás complacido al ver cómo Jennifer me humillará después de esto. Seguramente dirás que es mi culpa por haber entablado amistad con Gabriel.

—Me he portado como un patán. Y ciertamente no he sido un compañero leal. De todas formas aprecio tu compromiso con la investigación. En parte me has hecho recordar la importancia del trabajo que hacemos.

—Tus palabras no se corresponden con tus acciones. Si de verdad apreciaras mi trabajo no habrías buscado crear un conflicto entre Jennifer y yo.

—Nunca tuve la intención de pasar por encima de ti y perjudicarte —se justificó Todd—. Estoy cansado de trabajar en este quinto infierno, como bien lo debes suponer. Y entonces vi una oportunidad para llamar la atención de la subdirectora. Quería que ella experimentara lo que se siente trabajar en este lugar.

—Y me usaste a mí como carnada. Comprendo perfectamente tu frustración por vivir acá. Yo mismo la he experimentado en el tiempo que hemos compartido. Sin embargo, difamarme para atraer el interés de Jennifer

no era la mejor alternativa. Has puesto en juego mi carrera.

—Ella no te perjudicará. Sigues siendo una de sus pupilas y no permitirá que te alejes del camino recto. Lo importante es que estamos haciendo el trabajo tal y como ella lo pidió. Y aun así no obtuvimos nada. Eso le dará una probada de lo que significa resolver un caso en esta zona.

Asa ya no quería seguir escuchando a su compañero, así que vuelve a mirar en dirección a la ventana. Por un momento desea que todo acabe pronto. No quería seguir en ese pueblo un segundo más, sentía que de lo contrario se contagiaría del derrotismo que caracterizaba a Todd. Se da cuenta de que no tardarían en llegar a la oficina de campo cuando reconoce el cruce que lleva hasta la siguiente calle. La agente imagina que Jennifer seguiría allí dentro, esperándolos. Cuando Todd da un giro para introducirse en la calle correcta, ella reconoce a lo lejos el pequeño edificio de dos plantas.

Todd conduce en línea recta hacia el edificio. Las patrullas ya han regresado a la comisaría. Asa se prepara mentalmente para enfrentar las rudas críticas que Jennifer le hará debido al poco éxito del allanamiento. Pero en un abrir y cerrar de ojos todo cambia. Suena una gran explosión que obliga a Todd a pisar con fuerza el pedal del freno. Ambos se agachan para cubrirse dentro del carro.

—¿Estás bien? —preguntó Todd—. Es mejor que salgamos del carro.

Clark asiente asustada y se baja del auto enseguida. Una columna de humo se extiende por la calle. Asa tose corriendo en la dirección contraria al humo, al igual que su compañero. Gibson presiona con fuerza su mano contra su nariz para evitar respirar el aire contaminado. Siente que las manos y piernas le tiemblan debido al susto, por lo cual hace un esfuerzo sobrehumano para aumentar la velocidad. Cuando consiguen alejarse lo suficiente para no sentirse afectados por el humo se atreven a echar una mirada a sus espaldas. El terrible espectáculo que se presenta ante sus ojos los deja boquiabiertos. La oficina de campo está en llamas, siendo este el lugar donde sucedió la explosión.

Capítulo 22

En cuestión de horas Kalispell adquiere fama como centro de encuentro entre periodistas de prensa y televisión. Los representantes de noticieros locales han llegado primero y aprovechan en cubrir la noticia de la explosión antes de que lleguen enviados de cadenas nacionales para apropiarse de la noticia. Uno de ellos ha conseguido acercarse lo suficiente como para que su camarógrafo muestre los estragos ocasionados en el edificio. Todos los reporteros califican el suceso de lamentable, aunque no cuentan más detalles que expliquen lo que realmente ha sucedido. A su vez, no han tardado en llegar otros agentes del FBI enviados desde Quantico para remover los escombros y hacerse cargo de la escena del crimen. Mientras tanto, la Policía local se ha encargado de evacuar todos los edificios de esa calle.

Por su parte, entre las autoridades locales y el FBI han establecido una oficina improvisada en un edificio cercano con la ayuda de la policía. Las medidas de seguridad son muy fuertes. Con absoluto secretismo han conseguido que los periodistas no accedan a ellos, ni tampoco tengan todavía un reporte oficial de las consecuencias del incidente. Además de las pérdidas materiales, la subdirectora Shepherd, la secretaria de Gibson y otros dos civiles que andaban pasando por el lugar resultaron muertos en la explosión. En los edificios aledaños se reportaron algunos afectados por asfixia, los cuales ya estaban siendo atendidos en el hospital.

Asa y Todd están conmocionados, pero decididos a descubrir quién es el responsable. Empiezan a inspeccionar los escombros, acarreando todo hasta la oficina provisional para las respectivas pruebas y análisis. Gibson sugiere que pidan una orden de arresto para todos los miembros de la familia Kimble, y los designa como sus principales sospechosos. Clark no se opone a su resolución, organizando una nueva cuadrilla para cumplir con la tarea, esta vez integrada tanto por policías locales como por agentes del FBI que han llegado a prestar su colaboración inmediata. El operativo resulta medianamente exitoso porque Gabriel y el viejo Joe son a los únicos que pueden encontrar. En cambio, Jane y David estaban desaparecidos.

A los trabajadores del rancho Kimble no se les arrestó, pero se les dieron citaciones formales para que den su testimonio. La recomendación expresa era que no intentaran irse de la ciudad, o de lo contrario sería interpretado como un signo de complicidad. Teniendo a Gabriel y su padre retenidos en la comisaría, los agentes empiezan a interrogarlos inmediatamente. Lo hacen primero por separado, dejando que agentes desconocidos para ellos se hagan

cargo de amedrentarlos; aunque observados por Todd y Asa, quienes toman nota de sus declaraciones. El joven Kimble intenta buscar apoyo en Asa, pero ella permanece inflexible, sin ceder a su ruego silencioso.

El viejo Joe parece mucho más calmado durante su interrogatorio. Negó tener alguna responsabilidad en el asunto, pero sutilmente hizo ver que era consecuencia natural por andar «jugando con fuego». Este tipo de respuesta enfureció a los agentes que lo interrogaban y Asa tuvo que intervenir para calmar los ánimos. Seguidamente mandó a llamar a Gabriel otra vez para ver si estando juntos aumentaba la presión para hablar. Ambos estaban esposados.

—Mi hijo jamás cometería un crimen —declaró Joe molesto—. Déjenlo ir.

—Por favor, liberen a mi padre —pidió Gabriel—. Esto afectará su salud. Yo me quedo en su lugar todo el tiempo que sea necesario.

—¿Acaso te crees en capacidad de negociar? —preguntó Todd—. Tanto tu padre como tú serán retenidos y tratados por igual. La sospecha pesa sobre toda la familia.

—No estamos involucrados en la explosión —afirmó Gabriel—. Asa, tú estabas interrogándonos poco tiempo antes de que ocurriera. Es imposible que hubiera llegado antes que ustedes para detonar una bomba. Nos conoces mejor que ellos. Sabes que no haríamos algo así.

—Unas pocas semanas no bastan para conocer a alguien —respondió Asa con frialdad—. Personas inocentes murieron debido a la explosión. Es un asunto grave y no debemos hacer concesiones.

—La ausencia de tu hermano y su esposa incrementan nuestras sospechas —añadió Todd—. Eso los deja a ustedes como cómplices que los están encubriendo.

—Supongo que Jane se fue de la casa para buscar a David —afirmó Gabriel—. No nos dijo nada al respecto. Admito que mentí antes cuando se presentaron en la casa. Nunca supe el paradero de mi hermano. No quiso decírmelo.

—No te humilles más con estos cerdos fascistas —le dijo Joe a su hijo con desprecio hacia los agentes—. Por mi parte, si supiera dónde están ellos no se los diría.

—Acostúmbrense entonces al encierro —respondió Todd—. Llévenlos a sus celdas. Seguiremos buscando. Interrogaremos a todos los ranchos cercanos. Esos dos no deben haber ido muy lejos sin llamar la atención.

Los policías se los llevaron prácticamente a rastras. El viejo Joe se agitó

desesperado lanzando improperios. Gabriel enfurece cuando ve que tratan a su padre como un criminal. Para aplacarlo, lo sujetan entre varios y hace contacto visual con la agente. Ella lo mira con tristeza con deseos de intervenir, pero no se mueve de su sitio. Una acción de apoyo de su parte habría sido mal vista por el resto de los agentes. Aunque compadece el dolor de Gabriel, no está en sus manos ayudarlo a zafarse del problema. Su convicción de hacerles justicia a Jennifer y el resto de los fallecidos se imponía por encima de cualquier otro impulso.

—Dejarte entrar en mi vida fue el peor error que cometí —gritó Gabriel mientras lo arrastraban fuera de la sala para interrogatorios—. Pagarán por este abuso de poder en contra de mi familia.

Capítulo 23

Asa y Todd acuerdan poner sus diferencias a un lado y trabajar juntos para resolver el caso. Tras los interrogatorios, dedican sus esfuerzos en organizar los distintos equipos de búsqueda para que exploren la región y así hallar a Jane y David. Albergan fuertes sospechas de que al menos David está involucrado en los grupos terroristas que operan en la región y cuyos intereses estaban siendo amenazados por la investigación. La explosión en la oficina de campo fue una advertencia para asustar a los agentes y un intento de dejarlos sin un lugar de trabajo. Lo que no previeron es que adentro estuviera alguien tan importante como Jennifer Shepherd. Debido a ello, ahora contaban con mayor apoyo para desplegarse por el territorio con todos los recursos de los cuales antes carecían.

El trabajo de caza y captura quedó a cargo de los agentes auxiliares. Por su parte, Gibson y Clark fueron hasta el laboratorio atendiendo a un nuevo llamado del forense. Este les explica que un análisis de la muestra del suelo coincide al cien por ciento con la tierra que tomaron de la hacienda de los Kimble. Por lo tanto, el informe de la autopsia de los agentes de campo muertos sitúa el momento de su asesinato durante la visita de los agentes a dicha hacienda. También les refiere que la huella de herradura coincide con varios de los caballos de los Kimble. Sin embargo, los investigadores necesitan una prueba inequívoca. Ninguna de las armas que han recuperado del rancho coincide con el análisis de balística.

—Estamos cerca de conseguir una respuesta —expresó Asa—. Necesitamos actuar con rapidez mientras contamos con mayor apoyo.

—Debemos ser más radicales con los interrogatorios —opinó Todd—. Tener a dos Kimble apresados sigue siendo nuestra mejor baza. No sabemos por cuánto tiempo contemos con esa ventaja.

—Tienes razón —aceptó Asa—. No es por meter las manos en el fuego por Gabriel, pero él no es el tipo de persona que sepa mentir bien. Por el contrario, el viejo Joe podría saber más de lo que asegura.

Según lo convenido, los agentes Clark y Gibson interrogan a Gabriel y al viejo Joe incansablemente. Empujan a ambos hombres más allá de sus límites repitiendo las mismas preguntas de diversas maneras posibles. Cuando se quedaban en silencio los amenazaban con abrir un caso en contra de ellos como cómplices de asesinato. Gabriel se mostraba nervioso en los interrogatorios, principalmente porque le preocupaba que la salud de su padre se viera afectada. En cambio, Joe se mostraba a la defensiva cada vez que

intentaban hacerle entrar en razón. Todd no tardó en llegar a la misma conclusión que Asa le expuso con anterioridad: el muchacho era inocente, ya que de lo contrario no hubiera tardado en confesar lo que sabía sobre su hermano para salvaguardar a su padre. No obstante, sospechaban que Joe sí tendría una idea de dónde estaba su hijo mayor. Por eso debían probar medidas más radicales para obligarlo a confesar.

—Obligaremos a que su hijo Gabriel admita la culpabilidad de la explosión —resolvió decirle Todd a Joe—. Usted conoce bien al joven. Dirá lo que sea necesario para salvar al resto de su familia.

—¡Gabriel es inocente! —reaccionó Joe—. Por favor, déjenlo fuera de esto.

—Entonces dínos dónde está David —exigió Todd, sintiéndose satisfecho por haber logrado el efecto que buscaba—. Esa será la única manera de que mantengamos a Gabriel al margen de esto.

—Les diré un lugar donde quizá lo encuentren —aceptó Joe—. Eso no significa que seamos culpables de la muerte de esos agentes, ni mucho menos de la explosión. Mis hijos no estaban en casa cuando los agentes me visitaron. Supongo que David y su esposa se fueron a los pastos altos.

—Desconozco el lugar —dijo Todd—. Supongo que tiene otro nombre en los mapas.

—Ya les he dicho suficiente —replicó Joe de mal humor—. Tampoco voy a hacerles el trabajo.

Gibson verificó la información proporcionada por Joe y no consigue en los mapas ninguna zona denominada oficialmente como «pastos altos». Asa sugiere que se debe tratar de un código interno para referirse informalmente a un lugar que la familia conoce. Por lo tanto, propone pedirle a Gabriel que los guíe hasta ese lugar. A Todd le parece bien la idea y se mantiene cerca de la agente cuando le expuso al joven su petición.

—Conozco el lugar que les mencionó mi padre —confirmó Gabriel—. Es un lugar al cual se llega cabalgando. Ciertamente necesitan un guía que conozca la zona para no perderse. ¿Por qué habría de ayudarlos?

—Te prometemos liberar a Joe si nos ayudas —dijo Asa—. No tendrá que pasar la noche en una celda y aclararíamos la situación para revertir próximamente tu detención.

—Lo haré solo por mi padre —aceptó Gabriel—. A mí no me importa dormir en una celda todas las noches que hagan falta. Estoy seguro de mi inocencia.

Capítulo 24

Una hueste de policías montados parte a caballo hacia los pastos altos. El joven Kimble y la agente Clark cabalgan a la cabeza asumiendo la posición de guías. Todd se ha quedado en la retaguardia para orientar a un grupo de agentes del FBI que nunca antes habían montado a caballo. Es un viaje largo y difícil, por lo cual les queda mucho tiempo para que Asa y Gabriel hablen sobre lo que pasó entre ellos.

—Reservamos una habitación de hotel para tu padre —le confirmó Asa—. Estará vigilado por unos agentes, pero no dormirá en una celda.

—Gracias por encargarte —dijo Gabriel secamente—. Aunque contigo ya no estoy seguro en la diferencia entre tus verdades y tus mentiras.

—Lamento haberte engañado. Quiero que esta situación se resuelva de la mejor manera posible para todos.

—Ni siquiera sé cómo puedo seguir hablándote —se desahogó Gabriel—. Me siento herido, además, por las insinuaciones contra mí y mi familia.

—Quiero creerte. Y me gustaría pensar también que toda tu familia está libre de culpa. Sin embargo, no tengo pruebas que demuestren lo contrario.

—Lamento mucho lo de la explosión —expresó Gabriel con honestidad—. No es justo que personas hayan muerto por culpa de unos terroristas. Y comprendo que estás haciendo lo que tu trabajo demanda. Aun así, insisto, solo somos ganaderos que trabajamos duro por nuestra familia y también por nuestros trabajadores.

—Yo también pude haber muerto en aquel incidente —destacó Asa—. Nunca creería que serías capaz de intervenir en algo tan atroz. Pero si hago excepciones contigo luego no podré protegerte. Te prometo ayudarte en todo lo que se pueda hacer legalmente. Te entiendo si no quieres seguir hablándome y prefieres que me limite a seguirte, al igual que el resto.

—Eso es lo más gracioso de todo esto —reflexionó Gabriel—. Mi molestia debería llegar hasta el punto de evitar cualquier trato contigo. E igual no me siento capaz de llevarlo a cabo. Tú realmente me gustas, aunque no correspondas mis sentimientos, y pese a que todo indica que no lo mereces.

Las palabras de Gabriel la hirieron y al mismo tiempo la hicieron sentir dichosa. Al admitir sus sentimientos por ella, la agente confrontaba los suyos hacia él. Estar a su lado no solo la complacía, sino que le parecía insoportable que no pudieran disfrutar de la compañía del otro en unas circunstancias completamente distintas. Asa estuvo a punto de manifestarle su correspondencia antes de que los interrumpa Gibson, quien había cabalgado

desde el fondo para llegar hasta la posición de ellos.

—¿Falta mucho? —preguntó Todd—. Los agentes comienzan a impacientarse. Temen que nos estén llevando hacia una emboscada.

—No arriesgaría la suerte de mi padre con una trampa —aseveró Gabriel de mala gana—. En media hora llegaremos, si no nos detenemos.

Todd aceptó la respuesta del joven y regresó a la retaguardia para informárselo a sus compañeros. Los policías locales parecían más seguros en comparación y no emitieron ninguna queja sobre lo largo del camino. Asa y Gabriel continuaron cabalgando uno al lado del otro. Sin embargo, ya no intercambiaron más palabras durante el resto del recorrido. Clark recordó la cabalgata que hicieron juntos en el rancho Kimble días atrás. Si tan solo las cosas pudieran ser tan sencillas como ese instante, pensó.

—Ya estamos en los pastos altos —anunció Gabriel al llegar a una zona empinada—. Sugiero que a partir de ahora andemos a pie. Podemos dejar los caballos aquí abajo. No les pasará nada.

El grupo obedeció las instrucciones de Gabriel, aunque desenfundaron sus armas por precaución. El joven Kimble era el único desarmado, pero no parecía asustado al ver que todos cargaban pistolas a su alrededor. Llegando a un punto del camino se toparon con una zona cubierta de árboles. Escucharon unos ruidos de pasos apresurados y luego una voz que les gritó:

—Estamos armados. No den un paso más.

Los agentes del FBI no hacen caso de la advertencia y avanzan con las armas en alto. Esto ocasiona que aparezca un pequeño grupo de hombres armados detrás de los árboles. Uno de ellos se atreve a disparar primero. Se produce así un tiroteo tenso entre los dos grupos. Algunos de los policías montados resultan heridos en el intercambio. Gabriel empuja a Asa al piso y se pone encima de ella para protegerla. Desde esa posición reconoce a su hermano David a poca distancia de donde se encuentran, saliendo de entre los árboles para disparar. Gabriel se incorpora del suelo para evitar que sigan los disparos.

—¡Deténganse! —gritó Gabriel—. No los traje acá para propiciar una masacre.

David reconoció la voz de su hermano y se detiene. Sin embargo, uno de los policías le ha disparado al hombro. Antes de que se reanuden los tiroteos, Gabriel interpela al grupo armado del bosque, compuesto por campesinos y trabajadores de la zona, intentando convencerlos de que bajen sus armas. Ellos reconocen al joven Kimble y obedecen a su llamado de quedarse tranquilos.

Los agentes y policías también hacen lo mismo, replegándose para asistir a los heridos de ambos bandos. Al ver que la situación se ha calmado, Gabriel se arrodilla junto a su hermano, que ha caído al suelo tras el disparo. Detrás de los árboles aparece Jane, corriendo para asistir a su esposo herido.

—No es una herida grave —dijo David mostrando que el disparo fue en el hombro—. Solo ha sido un susto.

El grupo armado, al saberse minoría, obedece las instrucciones de los policías de entregarse. Asa y Todd rodean a los Kimble para asegurarse de que no se escapen.

—Se habrían ahorrado esto de haberse entregado antes —reprendió Todd—. Este espectáculo los deja ver como culpables.

—¿Por qué nos están persiguiendo? —interpeló Jane—. Me fui luego de su allanamiento. Busqué a David en casa de Ezekiel, ya que supuse que estaría allí. Nos vinimos a los pastos altos movidos por el miedo.

—En el camino organicé un grupo armado —confesó David—. Solo pretendía defenderme de este atropello. No hemos cometido ningún crimen.

—¿Dónde está Ezekiel? —preguntó Gabriel al notar su ausencia—. ¿No formaba parte de su grupo?

David se encogió de hombros sin dar una respuesta. Los agentes compartieron una mirada suspicaz. Se disponían a esposar a los Kimble para conducirlos a la ciudad, a la espera de los cargos oficiales. Ninguno opone resistencia. Cuando Gabriel se percató de que a él no le darán el mismo trato, pide ser esposado al igual que su hermano y cuñada. Todd no tiene reparos en aceptar su petición, aunque Asa lo observa con compasión. En el camino de regreso, debido a la escolta de prisioneros, tardan una hora en llegar al punto de la carretera en el cual los esperan las patrullas móviles que conducirán a los prisioneros hasta la comisaría. Al llegar allí Todd recibe una llamada de radio desde la oficina provisional:

—Hay un francotirador en la comisaría de Kalispell —advirtió un agente del FBI—. Tengan cuidado. Debemos poner en marcha un plan inmediato para neutralizarlo.

Capítulo 25

Ezekiel Warren ha tomado una posición defensiva en la comisaría y está disparando contra agentes y oficiales desde lo alto. El lugar se había vaciado de policías, ya que todos estaban en el operativo de búsqueda de los Kimble. Se cree que un grupo de hombres armados tiene secuestrados al resto de personas que trabajan allí dentro. Sin embargo, Ezekiel es el único que ha dado la cara, por la posición que ha asumido. Después de los primeros heridos, han acordonado la zona dando instrucciones de mantenerse alejados del perímetro hasta que Todd, Asa y el resto del equipo finalmente regresan a la ciudad. Hablándole desde un megáfono, intentan convencer a Ezekiel de que baje de la torre. Él responde con más disparos.

—Que no se acerque nadie uniformado —gritó Ezekiel—. Policía o federal que vea será inmediatamente derribado. Somos el pueblo y no nos dejaremos oprimir. Esto no es un acto terrorista. Estoy recuperando mis derechos.

—El hombre está loco —subrayó Todd—. Le disparará a cualquiera que se interponga.

Justo entonces Ezekiel salió del campo de visión por un momento y regresó esta vez con un rehén. Se trataba de una mujer embarazada que los policías reconocen como la recepcionista de la comisaría. Nuevamente le hablan por el megáfono, asegurándole que si suelta a la mujer y le ordena a sus hombres dentro de la comisaría que se entreguen, no les dispararán. Ezekiel se burla de ellos dando un disparo al aire.

Entretanto, Gabriel y el resto de los Kimble están en el mismo camión de la Policía en donde llegaron Todd y Asa. Escuchan atentamente la conversación entre ambos en relación a lo que está ocurriendo. Tras atender una llamada, Gibson le comunica a su compañera que unos agentes del FBI han logrado entrar al edificio de al lado. Podrían neutralizar a Ezekiel, pero necesitan distraerlo o convencerlo de negociar. Mientras se escude con la mujer embarazada, cualquier medida seguiría siendo extremadamente arriesgada.

—Yo hablaré con él —intervino Gabriel para sorpresa de todos—. Si Ezekiel ve a alguien uniformado le disparará. Pero a mí me conoce. Por lo menos me escuchará.

—Tu vida correría peligro —opinó Asa—. Esto es nuestra responsabilidad. No podemos arriesgar a más inocentes.

—Es nuestra mejor alternativa —intervino Todd—. Hay menos

probabilidades de que Ezekiel le dispare a su vecino.

David y Jane se oponen a la idea, reclamándole a Gabriel su voluntad de querer ayudar a los culpables de que se encuentren en tan penosa situación. El joven no les hace caso e insiste que quiere ayudar.

—Es lo mínimo que debo hacer —afirmó—. Será una forma de redimir el nombre de mi familia.

Los siguientes veinte minutos fueron de absoluta tensión para Kalispell, en especial para los policías y agentes que aguardaban resolver la situación antes de que alguien saliera herido. Conforme a su petición, Gabriel caminó desarmado hasta la plaza del pueblo, ubicada frente a la comisaría, llevando consigo solo un megáfono. Desde allí le habló, tratándolo como el amigo de la familia que era.

—No nos pongas en peligro, Ezekiel —le pidió Gabriel—. Toda mi familia está presa y esto solo empeorará las cosas para ti y el resto de personas honradas que se ganan la vida como ganaderos. Desconozco las cosas que hacían mi hermano y tú. Eso ya no importa. Tienes la oportunidad de hacer lo correcto. Entrégate por las buenas y la ley te será más provechosa.

—Tu hermano cometió el error de no incluirte en nuestro grupo —le dijo Ezekiel—. Si te hubiera explicado lo que hacíamos no nos traicionarías de esta manera.

El joven le siguió hablando con un tono conciliador. Su atención estaba puesta enteramente en Gabriel. La distracción fue suficiente para que la rehén se zafara de Ezekiel cuando sintió que se aflojaba el brazo que la oprimía. Estos segundos fueron providenciales, ya que los francotiradores alertas en el otro edificio aprovecharon la exposición a sus miras para dispararle. Ezekiel cayó muerto al cabo de tres disparos consecutivos.

—¿Qué han hecho? —gritó Gabriel—. Estaba a punto de convencerlo.

Dos hombres del grupo terrorista salieron del edificio con las manos arriba para entregarse. Los policías corrieron a la plaza para detener nuevamente a Gabriel ahora que la amenaza había sido erradicada. Asa y Todd lograron llegar detrás de ellos para encargarse de él y evitar que lo maltrataran. La agente le dio un fuerte abrazo, asegurándole que hizo todo lo posible. El muchacho respondió al abrazo con cariño y agradecimiento.

Capítulo 26

Las agencias nacionales de noticias llegan a Kalispell. Todos miran mientras se llevan esposados a David y Jane Kimble frente a las cámaras. Durante los interrogatorios han confesado ser los autores del asesinato de los dos agentes de campo y ayudar en el atentado en la oficina de campo del FBI. El cuerpo de Ezekiel fue trasladado a la morgue, y lo califican como el líder del grupo terrorista conforme a los testimonios de David, Jane y el resto del grupo. Asa y Todd se llevaron a Gabriel en una patrulla, de incógnito, para que su rostro no aparezca en las cámaras. Sigue detenido, pero lo custodiarán en la habitación de hotel donde se reencuentra con el viejo Joe.

Al paso de los días esperan por la culminación del caso. No hay pruebas ni testimonios en contra de Gabriel o Joe, por lo cual los agentes Gibson y Clark estiman que será posible liberarlos para que reanuden su vida. Por lo pronto, intercedieron para poner en libertad al viejo Joe, a pesar de que juró vengarse del Gobierno por destrozar a su familia. Sin embargo, sus declaraciones son vistas como los delirios de un viejo loco y lo trasladan a su rancho. Las semanas siguientes Asa visita a Gabriel todos los días en la habitación bajo custodia local, hasta que la investigación esté completa. Ella lo mantiene al tanto de los cargos contra su hermano y su cuñada.

—Pronto estarás libre —le prometió—. Cuando David y el resto sean trasladados a prisión se dispersarán los medios. Queremos evitar exponerte. Aunque la investigación no arrojó nada en tu contra, los periodistas querrán buscar formas de perjudicarte.

—No soy una amenaza para nadie —aseguró Gabriel—. No quiero dejar a mi padre solo más tiempo. Ahora más que nunca me necesita.

—Lamento mantenerlos separados —se disculpó Asa—. Estoy haciendo todo lo posible para que vuelvas al rancho.

—Ya lo sé —afirmó Gabriel—. Siento que te debo una disculpa. Preferí acusarte como traidora y mentirosa, mientras bajo mis propias narices ocurrían sucesos terribles. De haberlo sospechado, yo mismo habría denunciado a mi hermano a pesar de mis afectos. Ahora entiendo mejor tu trabajo. La justicia no debe tomarse a la ligera.

—Aprecio que lo digas —agradeció Asa—. No permitamos que esto se convierta en una razón para alejarnos. Además de cumplir con esta misión, siento que vine a esta ciudad a aprender más sobre mí misma. Y conocerte ha sido una de las mejores cosas que me han sucedido.

—Te propongo algo —le dijo Gabriel—. Cuando la situación se

solucione y finalmente vuelva a estar libre, ¿me aceptarías un café? Me gustaría comenzar de nuevo.

—Acepto tu invitación —respondió Asa con una amplia sonrisa—. Nos merecemos una nueva oportunidad.

Cuando se terminó la visita volvió a la oficina provisional para discutir con Todd los detalles del traslado de David y Jane a correspondientes prisiones del estado de Montana. Sus abogados trataban de negociar los términos más justos para sus clientes, tratando de evitar cualquier veredicto que condujera a la pena de muerte para David y su grupo.

—Mañana serán trasladados —le anunció Todd—. David recibió cadena perpetua por ser uno de los autores intelectuales de los actos terroristas y uno de los asesinos que disparó contra los agentes. Igual para el resto del grupo. Jane, como cómplice, solo tendrá que pagar diez años de cárcel.

—Finalmente se acabará esta pesadilla —expresó Asa—. Ojalá hubiera podido hacer más para haber evitado la muerte de Jennifer y el resto de los inocentes.

—Hiciste un excelente trabajo —reconoció Todd—. Como agentes del FBI, siempre hay mucho en juego. Las victorias nunca son completamente felices.

—No lo habría logrado sin ti —afirmó Asa a modo de cumplido—. Después de esto, ¿qué piensas hacer? ¿Seguirás aquí?

—La jubilación tendrá que esperar un poco —reveló Todd—. Me ofrecieron un ascenso y regresaré a Salt Lake City. No dudo de que te harán alguna buena oferta próximamente.

—Tengo mis propios planes —resaltó Asa—. Pediré quedarme aquí un buen tiempo. En un lugar como este podré ser útil para mejorar las relaciones entre el Gobierno federal y las comunidades locales.

—Ya sabes en lo que te estás metiendo —bromeó Todd—. Solo no cometas el mismo error que yo. No descuides tu vida. El trabajo y la felicidad pueden convivir perfectamente si te das la oportunidad. Y bueno, creo que tienes un romeo al cual le alegrará esa noticia.

—Todavía no le he contado mis planes. Pero tenemos una cita.

Todd le sonrío con cariño paternal. Ya no hay diferencias entre ellos y felicita a Asa por su determinación, deseándole la mejor de las suertes.

Un par de semanas después Asa y Gabriel Kimble están compartiendo juntos cerca del lago Flathead. Su primera cita sucede durante una celebración en la cercana reserva india de Polson. Comienza así una nueva etapa en su

relación, para atreverse a aceptar sus sentimientos y estar juntos como pareja. Ahora tienen la felicidad por delante y un rancho para cuidarlo juntos.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escíbeme directamente a

raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en:

www.raulgarbantes.com

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

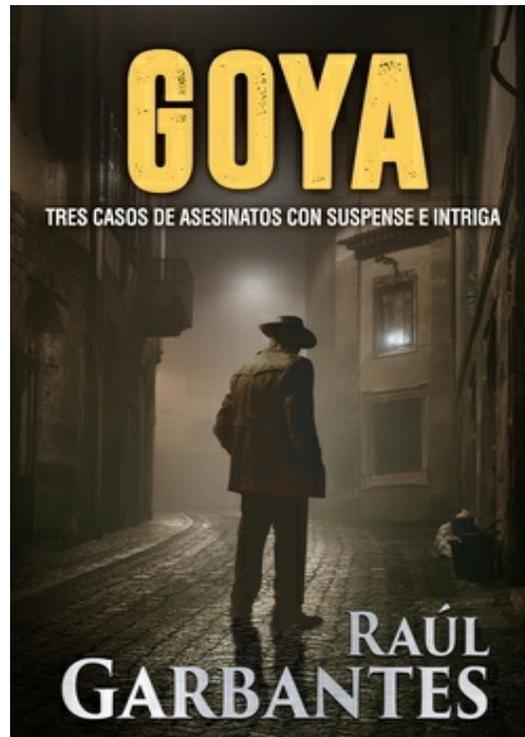
Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Otras obras del autor

- [Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga](#)
[La Caída de una Diva \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1\)](#)
[Fuego Cruzado \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2\)](#)
[Noche Criminal](#)
[Suicidas del Aspa](#)
[Conspiración Marcial \(Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 1\)](#)
[Cacería Implacable \(Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 2\)](#)
[Legado Corrupto \(Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 3\)](#)
[La Última Bala](#)
[El Silencio de Lucía](#)
[El Palacio de la Inocencia](#)
[Resplandor en el Bosque](#)
[Pesadilla en el Hospital General](#)
[Mirada Obsesiva](#)
[El Asesino del Lago \(Misterios de Blue Lake 1\)](#)
[El Misterio del Lago \(Misterios de Blue Lake 2\)](#)
[Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinatos, crímenes y misterios](#)
[Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de misterio, intriga y conspiraciones](#)
[Colección Completa de Misterio y Suspense \(8 novelas\)](#)
[Colección Dorada de Misterio y Suspense \(10 novelas\)](#)
[Sombra Infernal](#)
[Detonación Inminente](#)
[El Ausente](#)
[Tiroteo](#)
[Atentado en Manhattan](#)
[El rapto de Daniel Evans](#)
[Miedo en los Ojos](#)
[Juegos Mortales](#)

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga



La ciudad de Sancaré se torna cada vez más caótica e insegura, hundiéndose en un abismo de violencia y corrupción, en donde el crimen está a la orden del día.

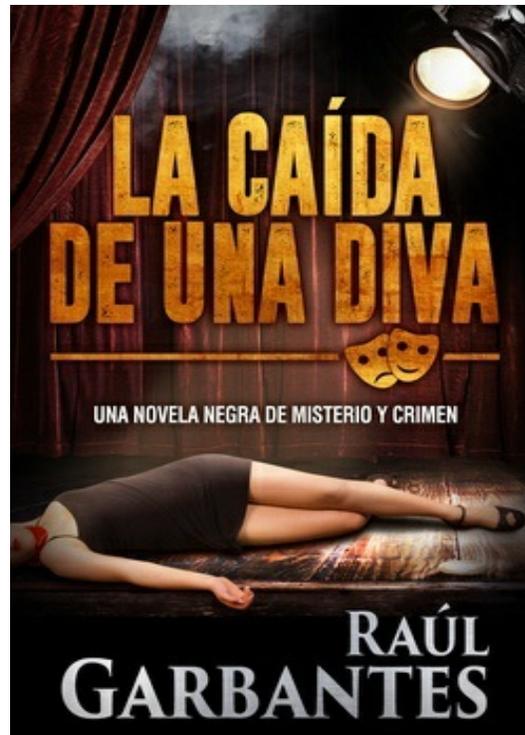
El detective Guillermo Goya debe investigar junto a su compañero, Marcelo Pérez, tres casos que conmocionan a toda la población: el aparente suicidio de una poetisa, el brutal asesinato de una mujer y la muerte de dos adolescentes.

Pero ¿Qué precio tiene la verdad? La obsesión de Goya por descubrir los secretos ocultos tras estos sombríos episodios, lo llevará a descuidar sus vínculos familiares y a poner en riesgo su propia vida.

Raúl Garbantes nos ofrece esta precuela de su obra *La Caída de una Diva*. En Goya podrás conocer el pasado de este enigmático detective y adentrarte junto a él en una atrayente trama de intriga y suspenso, a través de tres intrigantes relatos cortos: «Los traicionados», «El fraile» y «El jugador».

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

La Caída de una Diva (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo
nº 1)



Una mujer es encontrada sin vida en el Teatro Imperial de la ciudad de Sanaré. El cuerpo de la famosa diva Paula Rosales está inerte entre las luces y vestuarios de su camerino.

Para investigar lo que se esconde detrás de este oscuro episodio es designada Aneth Castillo, una detective principiante que recién llega a la capital buscando cambiar de aires y explorar nuevos rumbos.

Aneth es dedicada y perspicaz, pero no podrá resolver este caso sin la ayuda del detective Guillermo Goya, un astuto veterano con un pasado turbulento, que ha abandonado todo por su adicción a las drogas y al alcohol.

La diva Paula Rosales parecía tener una vida de ensueño, con una carrera exitosa y un hombre que la amaba, pero ¿qué ocultaba detrás de esa sonrisa de espectáculo?

Aneth y Goya emprenderán una minuciosa investigación en un mundo lleno de intrigas, rodeado por una atmósfera cautivadora e inquietante, en donde nada ni nadie es realmente lo que parece.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Fuego Cruzado (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



La pequeña hija de un millonario de la ciudad de Sancaré desaparece misteriosamente y la policía presume que ha sido secuestrada.

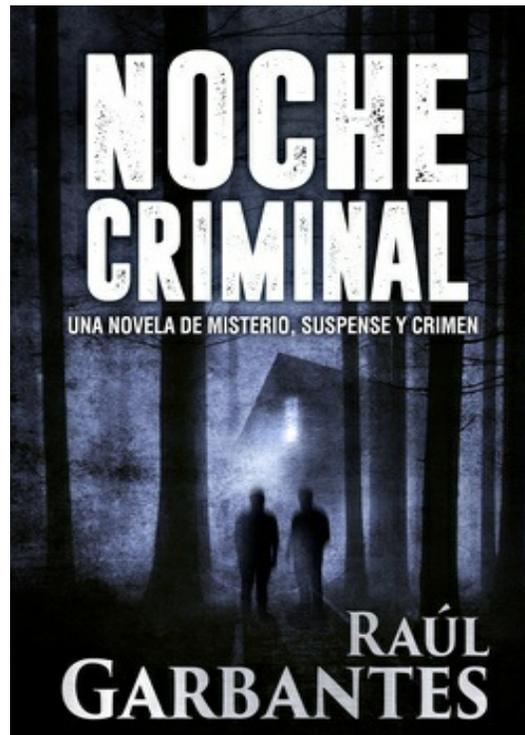
Mientras el inspector Goya se recupera en una clínica por su problema de adicciones, el caso se le asigna a la detective Aneth Castillo. Ella tendrá esta vez la ayuda de Matías Vélez, su nuevo compañero de trabajo, por quien se siente sumamente atraída.

En mitad de la investigación, el humilde barrio de La Favorita sufre un gran incendio que provoca numerosas muertes y destruye los hogares de cientos de personas. Al parecer, este episodio tiene una conexión con el secuestro de la niña y oculta detrás muchos secretos que involucran a personalidades reconocidas de la ciudad.

Con la fortaleza y sagacidad que la caracterizan, Aneth Castillo se adentrará en el lado oscuro de Sancaré y no parará hasta resolver el caso y sacar a la luz toda la verdad..

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Noche Criminal



Seis jóvenes deciden ir a pasar un fin de semana a una casa de campo, con motivo de festejar la graduación universitaria del más querido de todos: Raúl.

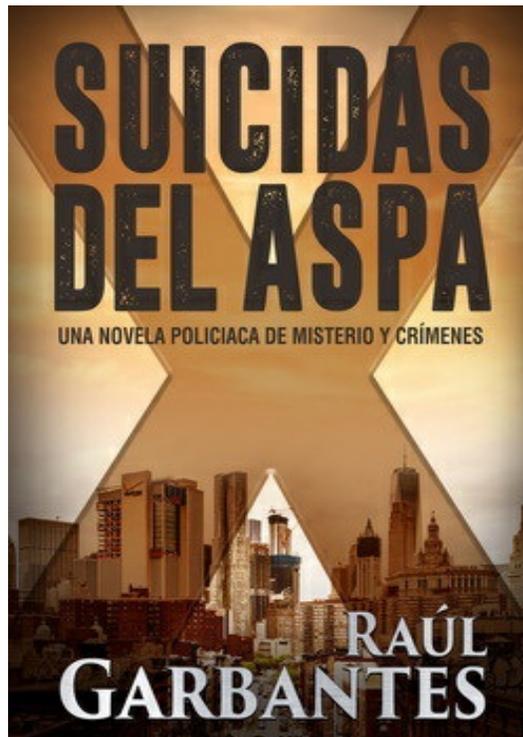
Desde el inicio del viaje comienzan a surgir ciertos conflictos en el grupo, principalmente entre Tiago y Tomás, generándose un clima de tensión constante que irá creciendo a lo largo de todo el fin de semana.

Durante la segunda noche, los amigos organizan una fiesta de celebración y preparan una abundante cantidad de bebidas alcohólicas. Con el paso de las horas, las tensiones acumuladas van aumentando cada vez más hasta salirse de control por completo.

Lo que iba a ser un divertido plan entre amigos, terminará convirtiéndose en la peor pesadilla de sus vidas tras producirse un trágico episodio: el extraño asesinato de uno de ellos.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Suicidas del Aspa



10 a.m., Gotemburgo, Suecia. Un hombre se arroja por un precipicio con su auto, perdiendo así la vida. El suceso conmociona a toda la ciudad y atrae la atención de periodistas y grandes medios de comunicación.

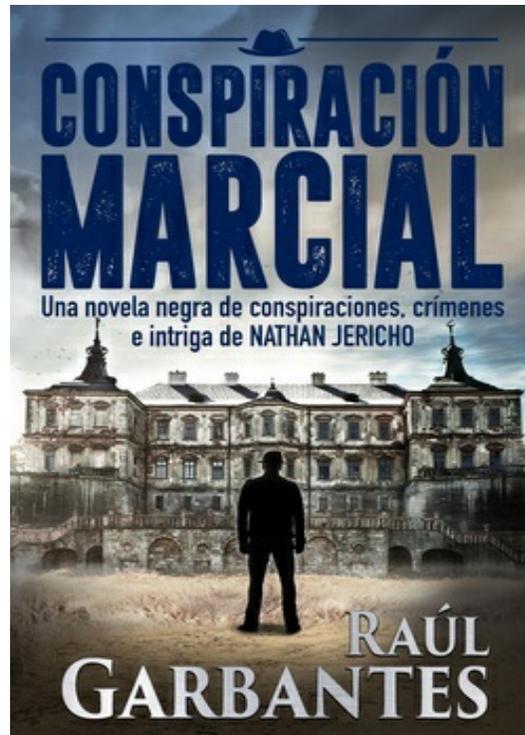
Todas las evidencias indican que fue un suicidio, sin embargo, este es ya el tercero en menos de dos meses y comparte ciertas características con los anteriores: hombres de mediana edad pertenecientes a la élite poderosa de la ciudad que se suicidan a las 10 a.m. ¿Simple casualidad?

El único que se atreve a cuestionar la hipótesis del suicidio es el intrépido sargento Josef Lund, quien sostiene que existe una relación entre estas tres muertes, aparentemente vinculadas a una organización criminal secreta.

Lund tendrá que lidiar con el escepticismo de su jefe, el inspector Viktor Ström, e investigar en profundidad cada caso para poder descubrir lo que realmente se oculta detrás de estos episodios. El tiempo corre en su contra y deberá actuar rápidamente antes de que ocurra un nuevo crimen.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Conspiración Marcial (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 1)



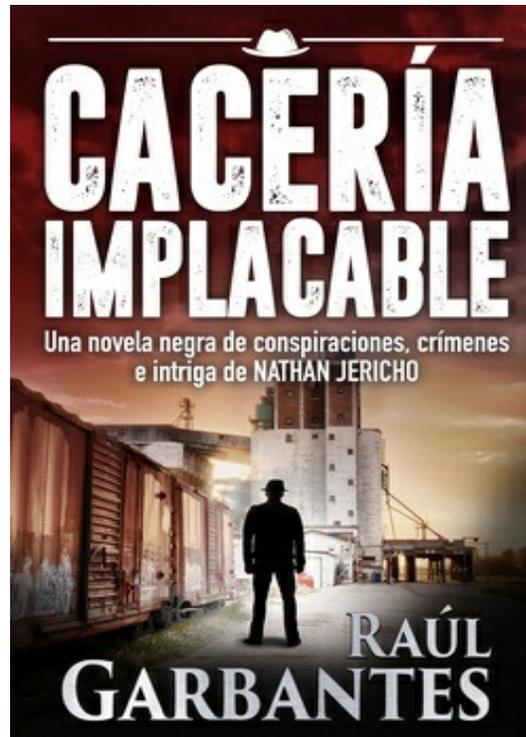
Illinois, 1968. El detective privado Nathan Jericho, hombre muy inteligente, un tanto anticuado y de mal carácter, es contratado para investigar un misterioso caso relacionado a la existencia de un proyecto conspirativo, nacido en tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Al adentrarse en la investigación, Jericho hace un descubrimiento que cambiará su vida por completo: el proyecto tiene una estrecha conexión con su historia personal y su pasado como huérfano.

Este caso llevará a nuestro detective por un peligroso laberinto de intrigas y secretos, en el que están involucrados grandes intereses y poderosos personajes. Pero para Jericho será mucho más que un desafío profesional, tendrá que enfrentarse a los fantasmas de su propio pasado y encontrar respuestas a las preguntas que lo han atormentado durante toda la vida: ¿Por qué lo abandonaron en un orfanato? ¿Qué significa el tatuaje Jericho grabado en su piel? ¿Por qué esta conspiración es denominada Proyecto Jericho?

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Cacería Implacable (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 2)



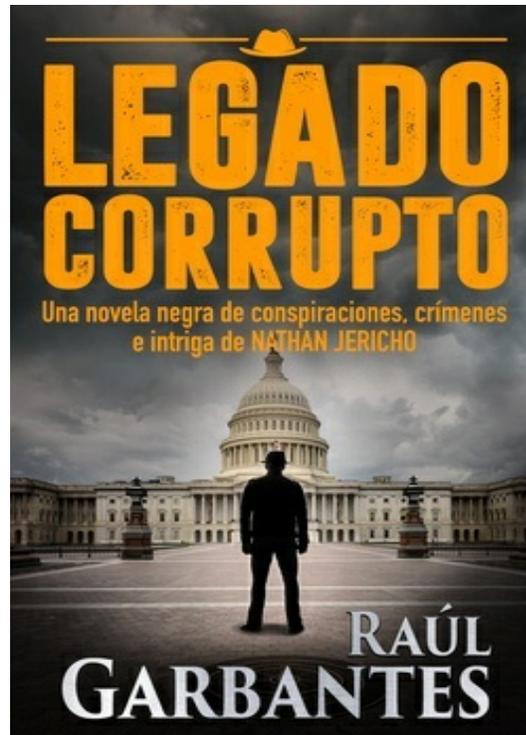
Después de sobrevivir a una explosión que le costó la vida a su jefe y compañero, el detective Nathan Jericho deberá continuar solo la investigación en torno al Proyecto Jericho, una conspiración gestada durante la Segunda Guerra Mundial, que buscaba crear armas humanas.

Jericho descubre que fue víctima de este plan macabro durante su infancia, pero no puede recordar los detalles del pasado. Para complicar aún más el caso, las personas poderosas que están detrás del proyecto le tienden una trampa y logran que la policía lo persiga por asesinatos que no cometió.

Solo y prófugo de la ley, nuestro detective tendrá que utilizar todo su ingenio para seguir adelante con la investigación más importante de su trayectoria profesional, y sin duda, la más significativa a nivel personal. Resolver este caso es un deber que Jericho tiene con el mundo y consigo mismo.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Legado Corrupto (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 3)



Tras la elección de Richard Nixon como presidente de los Estados Unidos, sus partidarios comienzan a elucubrar un plan para reactivar el antiguo Proyecto Jericho, creado durante la Segunda Guerra Mundial con el propósito de formar un ejército de supersoldados, utilizando niños como sujetos de prueba.

Ante esta tentativa, el detective Nathan Jericho y sus compañeros Damascus y Anezka, se unen a un grupo llamado Los Conspiradores, que trabaja para acabar con el mandato del presidente Nixon y evitar que aquel oscuro plan prospere.

A medida que la misión se desarrolla, Jericho y Damascus, quienes fueron víctimas del Proyecto Jericho, van dejando atrás viejas disputas del pasado y fortalecen su vínculo, dispuestos a poner fin definitivo al horror que marcó su infancia y la de muchos niños.

Las cartas están sobre la mesa y las consecuencias de una mala jugada pueden ser catastróficas. Cualquier paso en falso pondrá en peligro la seguridad del mundo entero.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

La Última Bala



Una serie de misteriosos asesinatos alteran la tranquilidad de todos los habitantes de Seattle. Al parecer, los crímenes poseen características en común y las víctimas no son elegidas azarosamente, hay historias que las unen.

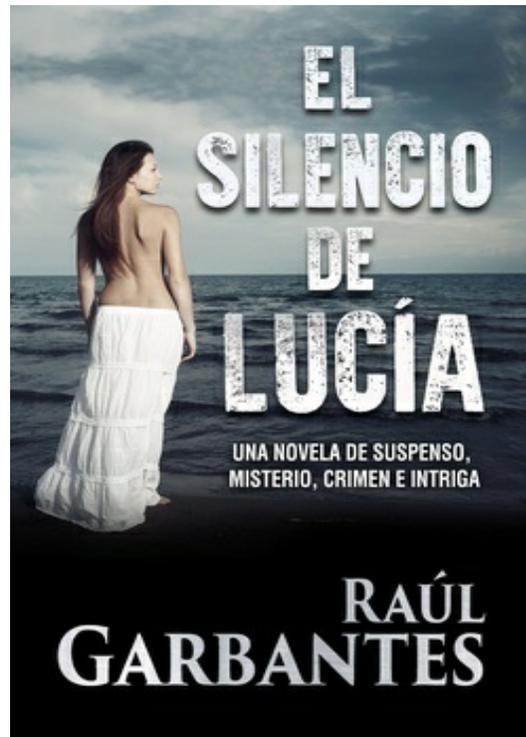
Este caso le será sin duda asignado a Olivert Crane, el detective más reconocido de Seattle.

¿Quién es el artífice de este plan siniestro? ¿Cuáles son sus razones para matar? ¿Qué demonios habitan el alma de un asesino?

Con una larga lista de sospechosos y pocas pistas contundentes, Oliver tendrá que llevar a cabo una exhaustiva investigación y descubrir la identidad de un criminal que recurrirá a los métodos más extraños para no ser atrapado.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Silencio de Lucía



Tras una fuerte pelea con Darío, Lucía comienza a replantearse el rumbo de su vida y decide regresar a la isla en la que nació.

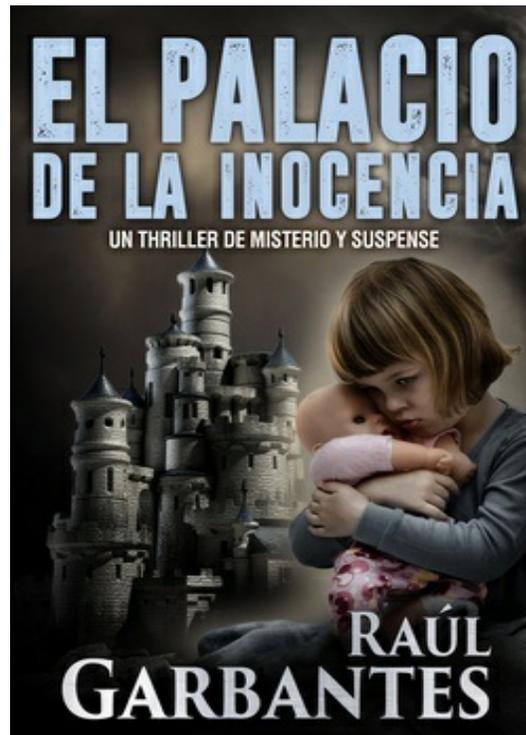
Su estadía allí transcurre entre recuerdos, dudas y reflexiones. Las preguntas existenciales que la han acompañado siempre, volverán a su mente y la obligarán a buscar nuevas respuestas, a enfrentarse a viejos fantasmas del pasado y a romper al fin el silencio.

¿Es posible vivir en la desesperación y no desear la muerte?

Esta novela de Raúl Garbantes nos introduce en un universo introspectivo, a través de historias y personajes que indagan sobre el deseo, el sufrimiento y la vida del hombre.

Disponible en Amazon – Adquiérela [AQUÍ](#)

El Palacio de la Inocencia



En medio de una noche llena de pesadillas, Diana recibe una llamada que cambiará su vida por completo. Su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue aparentemente secuestrada por el asesino.

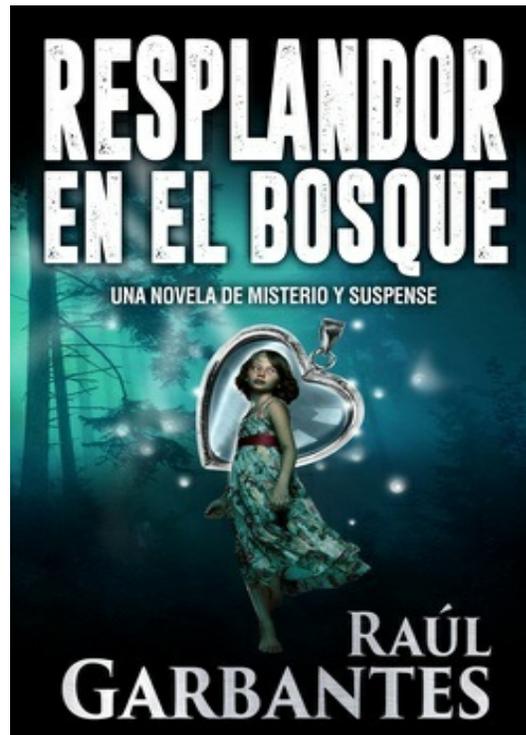
Tras estos terribles episodios, Diana y Justo, el jefe del Departamento de Homicidios, comienzan una exhaustiva investigación para poder encontrar a Mina y revelar la identidad del culpable.

En un principio, la policía no logra descubrir demasiadas pistas y la búsqueda se complica aún más por la falta de información sobre Bárbara, quien llevaba una vida llena de misterios y secretos.

El teléfono suena nuevamente. Una extraña voz deja un mensaje encriptado en un acertijo. En una carrera contra reloj, Diana deberá descifrar el enigma para poder hallar a su sobrina y desenmascarar al asesino.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Resplandor en el Bosque



La pequeña Sarah y su padre viajan en auto de regreso a casa. En el trayecto, pasan por el sombrío bosque en el que su madre desapareció hace cinco años. De repente, una sensación escalofriante recorre el cuerpo de la niña. Al mismo tiempo un venado cruza por la carretera, provocando un accidente en el que Sarah sale bruscamente despedida hacia el bosque.

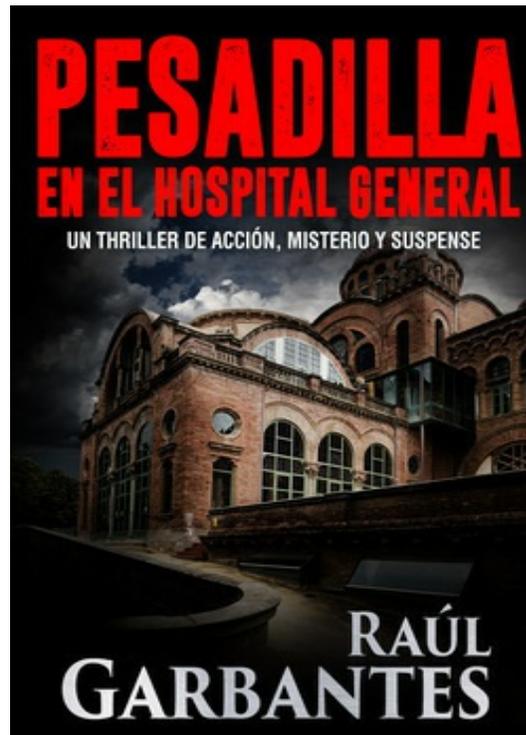
Tras abrir los ojos, la pequeña toma consciencia de que se halla inmersa en una de sus peores pesadillas: está perdida en el mismo bosque que se tragó a su madre.

¿Sera esto causa del destino? ¿Podrá Sarah sortear el temor que la invade y salir ilesa de este horrible suceso? ¿Guardará este hecho alguna relación con la extraña desaparición de su madre?

El autor Raúl Garbantes nos sorprende nuevamente con una alucinante trama, rodeada de misterio y suspense.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Pesadilla en el Hospital General



Julián Torres es un joven médico que trabaja en la guardia nocturna de un hospital de la capital, ciudad viciada por el crimen y la ilegalidad. Su vida da un giro radical cuando un extraño paciente llega a la sala de emergencias.

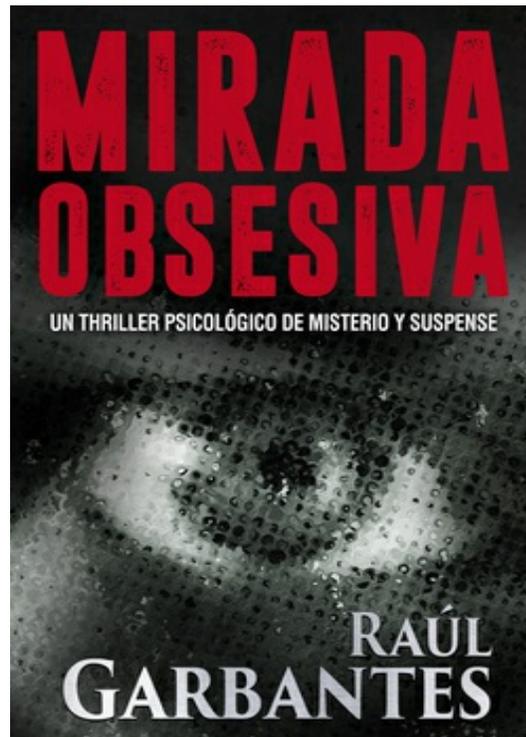
El hombre presenta golpes y heridas por todo el cuerpo pero, tras realizar los exámenes pertinentes, los médicos afirman que no hay graves problemas internos. Julián le comunica los resultados al paciente para tranquilizarlo pero éste le asegura con firmeza que igual va a morir. Luego, le pide que tome una fotografía del extraño tatuaje que lleva en el brazo y le entrega una cadena que cuelga de su cuello.

Al cabo de unos minutos, el hombre muere repentinamente, a causa de un supuesto paro cardíaco. Julián, pasmado por la noticia, recuerda sus últimas palabras: “Esta ciudad tiene la culpa. Toda esta ciudad es cómplice. Está sucia. Usted parece un tipo inteligente, sabrá donde usar la llave”.

Para averiguar las reales causas de su muerte, Julián deberá adentrarse en asuntos que van mucho más allá de su profesión, e investigar a fondo la red criminal que atraviesa la ciudad.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Mirada Obsesiva



Valeria Gómez es una mujer joven y exitosa que lleva una vida ordenada y metódica. La mueve un fuerte afán de controlar todo cuanto está a su alrededor, sin dejar nada al azar. Sus días transcurren entre el trabajo, su apartamento minimalista y el cuidado de sus plantas.

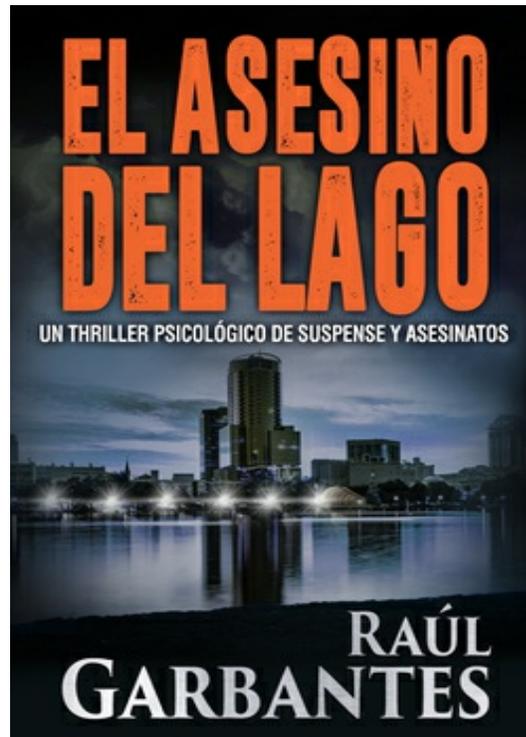
No obstante, de un momento a otro, su vida deviene en un caos: alguien comienza a observarla y a acosarla incesantemente. El acosador parece estar obsesionado con las miradas, y no para de dejarle a Valeria extraños dibujos de unos ojos.

¿Quién es este sujeto? ¿Con qué fin la atormenta?

El miedo y la angustia llevarán a Valeria a los lugares más oscuros de su mente. Descubrirlo será crucial para no terminar perdida en el abismo de la locura.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Asesino del Lago (Misterios de Blue Lake parte 1)



La familia Peterson tiene una vida aparentemente tranquila y feliz en un bello departamento con vista al lago, en una zona residencial de la ciudad. Pero este estado de calma se ve alterado cuando su vecino de enfrente es misteriosamente asesinado.

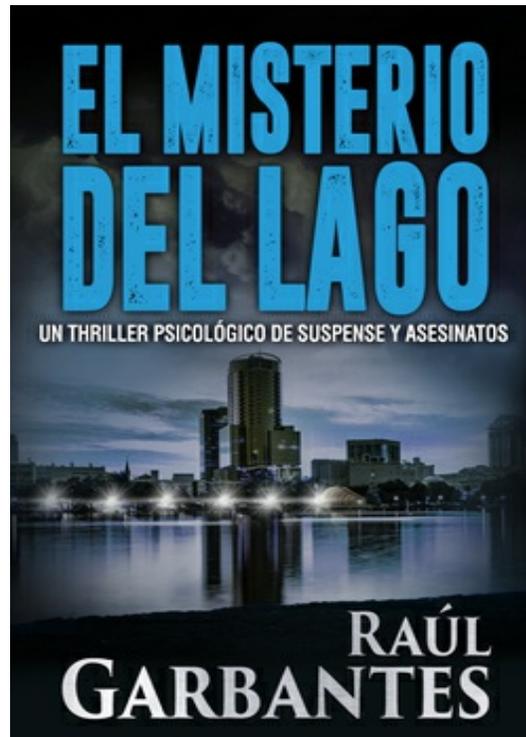
Tras este episodio, Gloria, la viuda de la víctima, queda viviendo sola y pierde completamente la cordura. Al poco tiempo, su hermana decide mudarse allí con su marido, quien es policía e investigará el caso de “El asesino del lago”.

Las dos familias vecinas, los Petersons y los Clarks, comenzarán a acercarse y a hacerse amigos, pretendiendo restablecer la calma y volver a la normalidad. Pero en Blue Lake, la paz y la felicidad parecen ser más una fachada que una auténtica realidad.

Después de aquella trágica muerte, se desencadenarán una serie de acontecimientos extraños alrededor de los miembros de estas familias, que no dejarán de intranquilizarlos hasta que se descubra la identidad del asesino.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Misterio del Lago (Misterios de Blue Lake parte 2)



Después de recibir la fatal noticia del asesinato de su mejor amigo, el detective Paul Riviera decide regresar a su ciudad natal para investigar el caso y desenmascarar al famoso “Asesino del lago”.

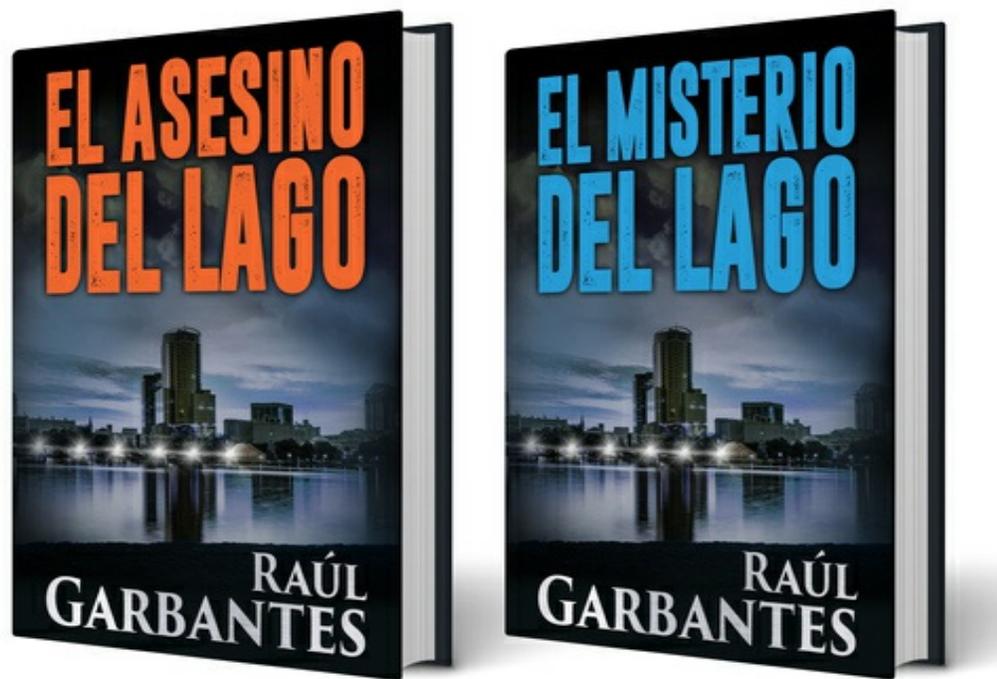
Con la ayuda de sus compañeros del departamento de homicidios, Paul se adentra en una búsqueda incesante por caminos confusos y misteriosos, llenos de pistas falsas y callejones sin salida, que muchas veces parecen acabar con las esperanzas de encontrar al verdadero culpable.

Este caso llevará a Paul hacia lugares inesperados. Recorriendo las calles en las que creció, se irá encontrando con viejos fantasmas del pasado y con ciertos secretos reveladores de su infancia, a los que tendrá que hacer frente para poder continuar con la investigación.

Su fortaleza, astucia y la firme convicción de justicia, serán sus mejores aliadas para descubrir la identidad del asesino.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinatos, crímenes y misterios



En esta colección encontrarás dos novelas de asesinatos crímenes y misterios que te harán estremecer: El Asesino del Lago y El Misterio del Lago.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de misterio, intriga y conspiraciones



Esta colección contiene las tres novelas de la serie Nathan Jericho: Conspiración Marcial, Cacería Implacable y Legado Corrupto.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Colección Completa de Misterio y Suspense (8 novelas)



Una colección completa con ocho de las mejores novelas de misterio y suspense de Raúl Garbantes.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Diez de las mejores novelas de Raúl GARBANTES en una sola colección

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Sombra Infernal



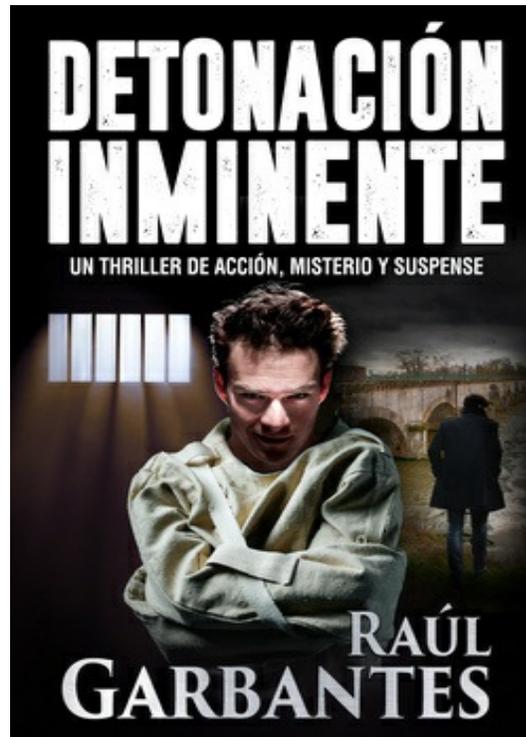
El sonido de la hélice de un helicóptero perturba la tranquilidad de la noche. Las balas de una ametralladora atraviesan el cristal de una ventana, destrozando todo a su paso. El sicario Thomas Tanner se levanta del suelo y ve con espanto el cuerpo acribillado de su novia.

Rápidamente, Tanner abandona la habitación, lleno de rabia y de dolor, tratando de imaginar quién o quiénes podrían estar detrás de este brutal episodio y por qué habrían querido matarlo. Un nombre viene a su mente: La Sombra, un mítico asesino sin rostro, que mata por motivos más oscuros de los que cualquiera puede imaginarse.

Antes de aniquilarlo, La Sombra intentará debilitarlo mental y moralmente. Para sobrevivir, Tanner tendrá que analizar sus extraños métodos y jugar su propio juego. El duelo es a muerte y cualquier paso en falso podría arrastrarlo hacia el infierno mismo.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Detonación Inminente



Una llamada desesperada advierte a la Policía Metropolitana de Londres sobre la pronta explosión de una bomba.

El aviso proviene de una profesora de escuela que realiza tareas humanitarias en la prisión de Woodhill. Uno de los presos con los que ella trabaja se atribuye la autoría del plan: Leonard Matheson, un psicópata con un complicado pasado militar, que está recluido en el pabellón de enfermos mentales.

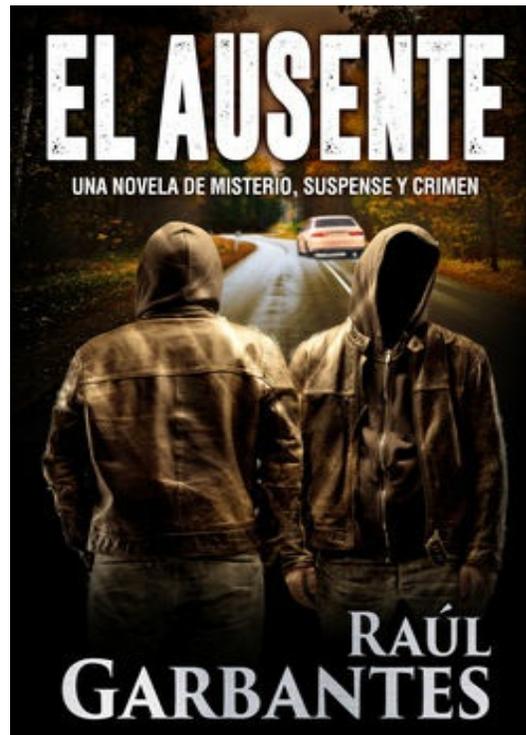
¿Dónde tiene Matheson escondida la bomba? ¿Quiénes son sus cómplices? ¿Qué objetivos se ocultan detrás de este plan?

El agente secreto Ernest Harris y su compañera Lynn, deberán resolver estos interrogantes y actuar rápidamente para rastrear el paradero de la bomba y desactivarla antes de que el tiempo se agote.

Cada minuto que pasa aumenta la tensión en esta fabulosa novela de Raúl Garbantes, que nos atrapa en una trama llena de intrigas, misterio y suspenso.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Ausente



Cansada de la falta de compañerismo de sus colegas en el trabajo y afectada por una dolorosa ruptura de pareja, Lydia Chen, terapeuta para personas con necesidades especiales, deja su puesto en la Universidad de Emory y decide mudarse a las afueras de Savannah, un pequeño poblado en el sur de los Estados Unidos.

Al llegar al pueblo, es invitada por las autoridades a colaborar en el extraño caso de Stanley, un joven autista que regresa a casa de sus padres después de haber estado desaparecido durante una década.

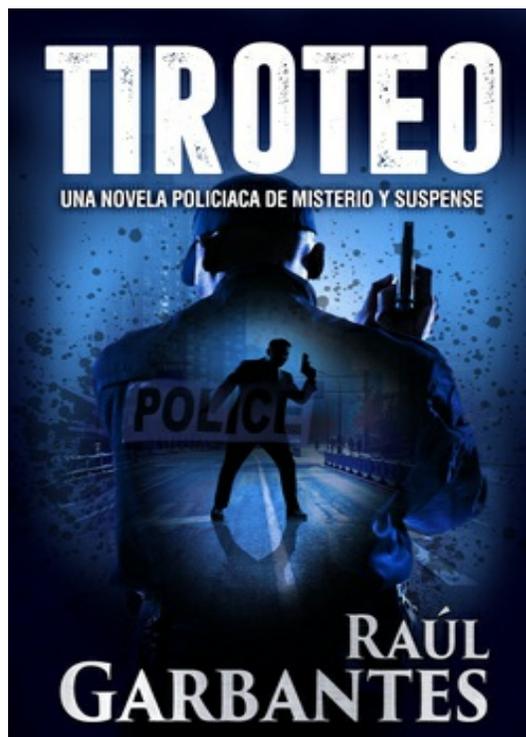
Lydia, con la ayuda del detective David Wilson, deberá adentrarse en el misterioso mundo de Stanley, tratando de descifrar todas las señales para reconstruir así la historia de los pasados diez años.

¿Cuáles fueron los motivos por los que desapareció Stanley? ¿Qué ocurrió realmente durante su ausencia? ¿Tienen sus padres algo que ver con todo lo sucedido?

A medida que la investigación avanza, Lydia descubrirá que la historia esconde muchos más secretos de los que cualquiera podría haber imaginado.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Tiroteo



Seward es un pequeño y apacible pueblo donde todos se conocen y la tranquilidad reina en las calles, pero una trágica noticia cambia el rumbo de las cosas: Mason, el hijo de la familia Powell, muere en un tiroteo con la policía. Para sorpresa de la gente, a nadie se le permite recoger el cadáver, ni entrar en la zona del incidente.

Annie Peterson, una reportera joven y ambiciosa, decide investigar el caso con el objetivo de lograr reconocimiento en todo el país, y se propone utilizar todos los métodos que sean necesarios para resolverlo antes que el resto.

En el proceso de su investigación, rodeada de secretos y misterios, Annie notará que el asunto es mucho más peligroso de lo que sospechaba y que Seward no es el pueblo tranquilo que muchos pretendían hacerle creer.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Atentado en Manhattan



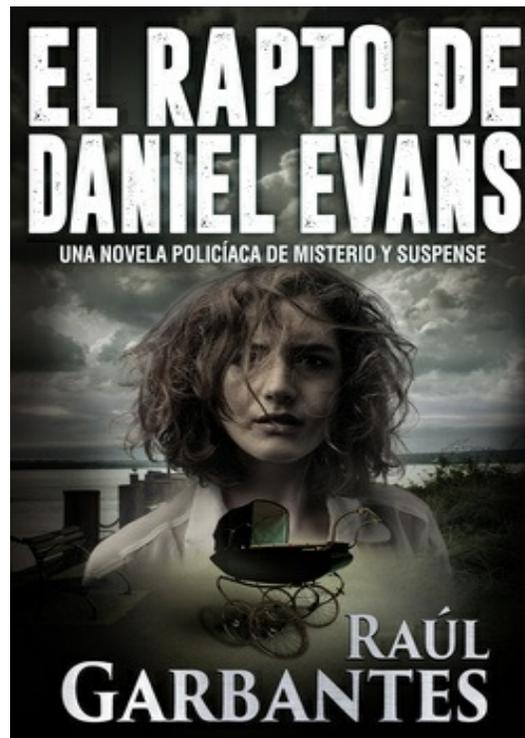
El teléfono suena y nadie contesta. Phillip yace tendido en el sofá, borracho como siempre desde que regresó de combatir en Irak. Las noticias en la TV anuncian la alarma en la ciudad de Manhattan: una explosión hizo volar por los aires al emblemático edificio postal James A. Farley.

La información no es clara, sin embargo, Phillip ve el fuego que aún no se extingue en la diminuta pantalla de la TV. Luchando con la resaca, él se da cuenta de todo: Atrapada entre los escombros, llena de heridas, se encuentra Lillian, su mujer embarazada, quien había ido al correo con los papeles que él había olvidado llevar.

Este suceso no sólo cambiará por completo la vida de Phillip, abrirá además, una herida profunda en la ciudad de Nueva York.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

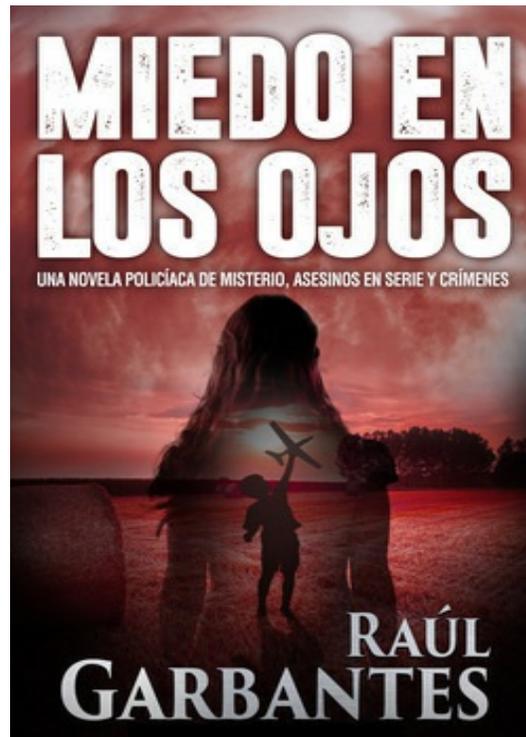
El rapto de Daniel Evans



Vancouver, Canada. George Devon es un detective obsesionado con resolver casos asociados a desapariciones de niños o maltrato infantil. Su nueva asignación es la denuncia por el secuestro de un bebé. Las dos denunciantes son dos hermanas con características diametralmente opuestas. Diana Evans es la madre del niño y está muy enferma. Sheila Roberts es la tía y fue la última persona que vio el niño antes de que desapareciera.

Este nuevo caso confronta a Devon con los demonios de su pasado como huérfano cuando fue un niño vendido por sus padres drogadictos. Debido a su propia experiencia, el detective comienza a tener sus propias sospechas al margen de los testimonios oficiales y comienza a imaginar la posibilidad de que alguien no está diciendo toda la verdad. Un drama detectivesco con secretos familiares en donde la belleza de Vancouver se ve ensombrecida por la delincuencia de los bajos fondos.

Miedo en los Ojos



Alexis Carter, una terapeuta que reside en la ciudad de Topeka, Kansas, está aburrida de su trabajo. Siente que necesita más acción en su vida, así que decide entrar a trabajar como perfiladora criminal en la policía de la ciudad.

Lo que Alexis no sabe, es que justo en ese momento, un asesino serial de niños está aterrorizando la ciudad.

¿Será Alexis la encargada de descubrir al criminal? ¿Podrá resolver los espantosos crímenes que la ciudad ha visto en años? Tal vez. Pero, para hacerlo, ella pondrá muchas cosas en juego. Incluso su propia vida.

Juegos Mortales



Charles Denver ha comprado la mansión Hunting Downs, una emblemática residencia ubicada en el pueblo inglés de Ambercot. Charles se la pasa encerrado en su estudio, leyendo sus libros y tratando de escribir uno propio. Eso cuando no se dedica a pasar el tiempo con su prometida: Louise Default.

Es justamente Louise quien convence a Charles de abrir su mansión a los habitantes del pueblo, y ofrecer una fiesta. Esto coincide con dos envíos postales de procedencia dudosa: una carta inquietante que recibe Charles, y un equívoco folleto que recibe Louise. El folleto habla de «La búsqueda del tesoro», un juego en apariencia inocente. La carta habla de unos «restos del pasado» ocultos en Hunting Downs.

Al momento de celebrar la fiesta, la tragedia golpeará las puertas de la casa. Y las supuestas casualidades y errores empezarán a revelarse como lo que realmente son: oscuras manipulaciones, pasadizos que llevarán a los investigadores del caso a un pasado cruel y tortuoso.

Como todo pueblo, Ambercot tiene sus secretos y sus miserias. En lo más recóndito de Hunting Downs, el pasado está más vivo que nunca, y se abre paso a través de los años y del olvido.

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)